PÓSTUMO

EL TRANSMIGRADO

HISTORIA DE UN HOMBRE

QUE RESUCITÓ

EN EL CUERPO DE SU ENEMIGO

POR

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA

MADRID
IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
Calle del Cid, núm. 4 (Recoletos)

1872

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO.

En que se dán á conocer los principales personajes de esta historia.

Póstumo era hijo de su padre y de su madre; es decir, que logró tener desde la cuna lo que todo el mundo: padre y madre. Nació en Madrid y fué bautizado en una de sus parroquias. Ignoramos si fué ó no confirmado. Era soltero, y no porque le hubiesen faltado ocasiones de casarse, sino porque no llegó á hacerlo.

Todos estos informes, bastante precisos y curiosos, los tenemos de muy buena tinta, así como lo que diremos despues acerca de este personaje, que, atendido su nombre, parecia destinado á vivir despues de muerto.

Estaba para casarse; pero esta vez, aun cuando hubiera querido hacerlo, habríale sido imposible, porque pocos dias ántes de verificarse la boda se murió, lo que no dejó de ser un fin bastante trágico.

Pero no anticipemos; y si la muerte se llevó á Póstumo, traigámosle otra vez á este mundo, aunque sólo sea porque así conviene á nuestra narracion.

Reanudando esta, diremos, que murió por la primera vez. Veamos cómo pudo verificarse este accidente de modo que quedase algo para otra ocasion.

Póstumo era jóven, y hubiera seguramente dejado de serlo á haber vivido más años; pero entiéndase que sólo hablamos de la vejez del cuerpo; pues por lo que atañe al espíritu, el de nuestro héroe estaba llamado

á ser siempre niño, como lo veremos más adelante. Era uno de aquellos seres que sueñan despiertos, y que parecen dormidos en lo muy fácil que es llevárselos de encuentro en las faenas y malicias de este mundo. Sus planes no eran para este escenario; pudiendo decirse que, destinado á otro globo, habia venido á este por equivocacion. Sucedíale con frecuencia, que creyendo hacer dramas sólo hacia entremeses, en los cuales, á lo mejor, dejaba ver su tipo peculiar; verdadero despropósito para esta mundanal escena, con risa de los concurrentes, que proclamaban su insuficiencia en achaques de caracterizar otro personaje que el suyo. Si representaba el papel de comerciante, era el párvulo Póstumo á quien solo tocaban los cargos en la cuenta de ganancias y pérdidas. Si queria hacer del galan amoroso, todo el mundo exclamaba: «Ved á Póstumo engañado.» A ser diputado, hubiérase quedado sin turron; á sentar plaza de escritor público, habria tenido el poco tino de escribir siempre la verdad; á ser ministro, sus deseos del bien le habrian convertido en espinas de un dia la poltrona que para otros dura floridos meses. Póstumo soñaba con la Edad de Oro, como si no fuese esta fruta extraña á la estacion de invierno en que vivia.

Tenia, pues, los ojos en lo infinito, en el vacío.

Esto, por lo que toca á su ánimo; por lo que atañe á su físico, era Póstumo bastante guapillo y agraciado: vistiendo con natural elegancia, aunque un tanto al desgaire, cual convenia á un soñador con los mundos imaginarios. Alguna vez hubo que sacarle de zanjas ó pozos, en donde cayera por ir mirando al cielo; verdadero observador de la region etérea.

Estaba enamorado por la vez x de su vida, razon de más para que no supiese dónde ponia los pies. La no-

via era bella y discreta, segun él decia; pues parece que todos los enamorados miran por un mismo anteojo telescópico lo bueno de sus amadas. El heliómetro de los enamorados seria capaz de centuplicar el diámetro del sol.

Póstumo anhelaba el matrimonio; su novia le juraba un amor eterno, un amor á lo Julieta, á lo Eloisa, á lo Isabel de Segura. Era para él una hurí, una diosa, un ángel, pues con todos estos nombres la llamaba suspirando. Su pecho era manantial de ayes y quejas; sus noches, un insomnio abrillantado; sus dias, deliciosas primaveras, pero con frecuencia turbadas con relámpagos de celos, truenos de sinsabores y rayos de rompimiento. Vivia en la suprema felicidad.

En cuanto á ella, suspiraba por el paraiso del matrimonio.

Pero, ¡oh desgracia!... Una calentura dió con Póstumo en el féretro, llevándose todas sus ilusiones y esperanzas. Y murió cuando ménos lo esperaban uno y otro. ¡Adios matrimonio para ella! ¡Otra vez se le escapaba la víctima! ¡Pobre Elisa!... ¡Estaba inconsolable!!

Lloró á torrentes, se quejó á gritos. Era una Dido abandonada en su dolor; una nueva Calipso que veia á su Telémaco dejar la isla de sus seducciones. Era una Safo pronta á precipitarse, y que no lo hacia, porque Madrid es tierra adentro y no encontraba un Léucade bastante poético para el caso. Pensó en el Manzanares y en el puente de Toledo, desde donde podia, abismándose, dar fin á su dolor; pero el Manzanares no bastaba á sus pretensiones poéticas, y temió que, yéndose demasiado á fondo, no diesen luego con su cadáver los gacetilleros. Decidióse, pues, á vivir, pero á vivir en eterno luto, como lo decia á cuantos querian oirla,

¡Cosa rara! Como Póstumo era póstumo, despues de dar la última boqueada, en que se le atragantó el nombre de Elisa, sintióse como vivo. Y no causaba aquel fenómeno la helada catalepsia, puesto que su muerte era positiva. De no serlo, hubiéranla hecho tal sus amigos, quienes, por retardar la corrupcion, zamparon en el estómago del muerto un par de cuartillos de cloruro; pero á pesar de esto y de todas las demas precauciones de los vivos contra el difunto, él se hallaba amortajado tan vivo, como cuando palpitaba de amor al lado de su Elisa.

¿En qué podria consistir esto? Semejante fenómeno no era de fácil esplicacion, sobre todo cuando el pobre muerto-vivo no se atrevia á hablar, sin duda estupefacto por la estrañeza de su situacion, nunca vista al parecer. El difunto callaba, porque si no lo era, por tal le daban los demas. Todos se lamentaban, ó mejor dicho, le lamentaban, y en verdad que era digno de lástima, espuesto como se sentia á morir de indigestion de palabras, si ya no hubiese muerto de calentura. Todos mencionaban sus virtudes, con el pero ó peros de sus defectos, que trataban de disculpar echándoselos en cara, como quien habla delante de un sordo.

Pusiéronle, como era consiguiente, en su ataud; oyó que le rezaban algunas preces, y sintió que le conducian al cementerio, en cuya capilla le dejaron depositado, con el fin de velarle y enterrarle á la mañana siguiente.

Todo esto se lo dejó hacer sin chistar siquiera; y quietecito se quedó allí, muy callado por pura prudencia, ya que no podia hacer otra cosa.

CAPÍTULO II.

De lo que hizo Póstumo luego que le dejaron solo con el velador de muertos.

Llegó la noche. Todo Madrid se entregaba á las delicias del Carnaval; época señalada para hacer más ostensiblemente lo que con disimulo se hace todo el año; á saber: caretas y embustes, y vestirse cada cual de lo que no es.

Habia baile en el teatro Real.

Allí estaban disfrazados al natural la mayor parte de los amigos de Póstumo, que venian del entierro y que anhelaban borrar de su ánimo, con la alegria del baile, las tristes impresiones del cementerio.

¡Qué diferente no estaria allí Póstumo, rabiando al verse muerto contra su gusto, cosa posible aunque rara, y sumido en aquel silencio sepulcral, abandonado de sus conocidos y rodeado de tanto difunto sério y circunspecto!

Esta mansion hubo de parecerle inaceptable; y viendo que el antedicho velador se habia dormido, sin duda porque nada debe temerse de un cadáver, pensó nada ménos que en salir de su féretro y volverse al mundo á sorprender en el olvido á sus amigos, ó á presenciar el llanto de aquella Elisa tan adorada, que mesándose las undívagas guedejas y arañándose el rostro, estaria verdaderamente inconsolable.

Nada hay más vivo que un muerto al llevar á cabo un plan preconcebido. Lo pensó, y zás. Trató de soltarse una mano, ¡qué sudores! Pero tanto luchó, que con lo que ántes pugnara por desatarse, logró verificarlo estando ya las cuerdas más rozadas y propias para su in-

tento. Sueltas las manos, lo fueron los piés; y con ayuda de piés y manos se echó fuera del ataud, llegándose al guardian, que roncaba admirablemente. Comenzó á atarle con sus ligaduras, lo que no pudo conseguir sin que aquel despertase; pero aterrado al ver ante sí al muerto-vivo, permitió estupefacto la dicha operacion. Escurrióse luego Póstumo, tomando la puerta y calle de Fuencarral con direccion á la de la Montera, en donde vivia su amada, y á cuyas puertas llegó á pocos momentos.

Temeroso de ser reconocido, no se atrevió á hablar á ninguno de los que pasaban junto á él, aun cuando entre ellos hubiese algunos que no le fuesen estraños.

Acababan de dar las doce de la noche: todo estaba cerrado en casa de Elisa. Iba ya nuestro difunto á llamar á la puerta de la calle, cuando retrocedió al ver que esta se abria para dar paso á dos mujeres enmascaradas; la una vieja y la otra jóven, segun las apariencias. Parecióle... más, ¡cosa increible! que la jóven era Elisa, su adorada; pero ¿quién podria buenamente imaginar que fuese aquella la mujer á quien juzgaba sin consuelo?

Era, pues, indispensable salir de dudas, y siguió á la femenil pareja, que diligente como quien va de fiesta, corrió á tomar un coche, en que subieron ambas, dando al cochero la direccion del teatro Real.

Febril estaba Póstumo al oir la voz de una de las enmascaradas, que le pareció la de su Elisa.

Ocurrióle seguirla... pero ¿cómo?

Más veloz que el viento, dirigióse á un puesto de caretas y disfraces que en la misma calle habia, en donde entró mostrando su faz pálida al dueño de la tienda. Este retrocedió, y sintió frio al verle. Era un

viejo llamado Dagoberto, que conocia más que de sobras á Póstumo, y que al saber aquel dia su muerte le habia llorado.

—¡Don Póstumo! esclamó aterrorizado.

—Calle V., repuso este.

—Yo le hacia á V. muerto desde ayer. ¿Cómo ha sido eso?

Asi hablaba el Dagoberto convulso de espanto y con cada cabello tan erizado como un asador.

—Muerto estoy, repitió Póstumo; pero guárdeme V. el secreto.

—¡Jesús! esclamó su interlocutor, y con este golpe se le erizó el blanquecino bigote á la manera del de un gato que se encrespa.

—¡Un dominó y una careta... pronto! gritó el muerto.

—Pero, alma del otro mundo, que Dios perdone, replicó Dagoberto, ¿para qué más dominó que ese?

Póstumo vió, que en efecto su sudario podia servirle, aunque no lo bastante.

—Pero con esto solo, tendré frio.

—El frio le lleva V. en la medula.

—Silencio, y más respeto á los cadáveres, Sr. Dagoberto... Un dominó y pronto!

—Sí, en seguida, repuso este, y añadió temblando y por lo bajo:—Muy pronto, porque si este buen señor no se va, me parece que me entra calentura.

Dióle, pues, el dominó y la careta. El aparecido se puso entrambas cosas, y marchóse.

Dagoberto le despidió diciendo: ¡Adios, Sr. D. Póstumo!... ¡Requiescat in pace! y añadió luego viéndole marchar: pero se ha llevado dominó y careta, y, bien mirado... van á oler aquellos chismes á sepulcro á treinta leguas... Me los va á poner perdidos. ¿Quién alquila

despues prendas de máscara que han servido para un difunto?... Vamos, rezaré un Padrenuestro por su alma, y buen provecho le haga. Y así diciendo, colocóse detras de la puerta de la calle, á cubierto de un traje de arlequin, y entre uno de pierrot y otro de diablo, rezó por el alma de Póstumo, quedándose más tranquilo.

CAPÍTULO III.

De cómo un muerto puede dar mucho que hacer en una fiesta.

Nuestro difunto siguió corriendo á lo largo de la calle de la Montera, giró por la Puerta del Sol, y se plantó en las del teatro Real, poco despues, sin duda, de la pareja tras que venia. Mas, ¿cómo entrar allí sin billete, ni con qué comprarlo? En esto percibió, casi con alegría, que por completo no le era dado sentirla en aquellos momentos, que uno de los encargados de la puerta era tambien conocido suyo.—Audacia, pues, se dijo, y encarándosele y mostrándole su rostro, exclamó casi á su oido: «Soy Póstumo el muerto.» Estupefacto quedóse el portero, y aprovechándose nuestro héroe de su estupor, colóse y escabullóse por entre las mil máscaras del concurso.

¡Qué gresca! ¡Qué animacion! Tocaban y bailaban una polka. ¡Qué acordes de aullidos mascariles y trompetazos!

Póstumo comenzó á buscar en medio de tan atropellados grupos la pareja enmascarada.

Para lograrlo, se afanaba sin echarlo de ver, y atropellaba á los concurrentes. Una vez quiso desfilar por entre una payesa y un templario que charlaban; luego turbó la plática amorosa de un Cefirillo y la No-

che; interrumpió la furiosa reconvencion de celos que una Diana descargaba contra su Endimion. Una manola y un inglés le dieron un empellon de los de activa, por haberles querido convertir en la pasiva; una hija del Bétis le arrojó media docena de denuestos por haberla roto al paso una guarnicion de su *faralá*; el Pierrot que la acompañaba estuvo á punto de darle de mojicones como castigo de su imprudencia. ¡Jesus, qué frio! exclamó una dama de Luis XV, en cuyo acento y maneras se revelaba la cruda moza de Triana.

Todos estos estropicios los hacia nuestro Póstumo saltando de aquí para allá como picado por la tarántula.

—¡Canario! murmuró, nunca me he visto tan ligero ni sutil como desde que estoy muerto. ¡Creo que podria colarme por el ojo de una aguja!

En esto metió el pié entre las guarniciones de una matrona ataviada á *la derniere*, enredose allí, y hubiera caido á no asirse de un bastonero, á quien amostazó tal desacato.

—¡Diablo! exclamó, ¡qué hombre tan tormentoso y tan saltarin!

—¡Ah, qué frio siento! añadió una modista disfrazada de Semíramis. Está el baile que parece una nevera.

Y todos repetian lo mismo.

Conociendo Póstumo que él era la causa de este paso de Madrid á la zona helada, tembló por su vida, ó mejor dicho, por su cadáver, diciendo:—¡Cáspita! ¡Si no ando con tiento, van á descubrir que soy un cadáver prófugo y á llevarme por fuerza al cementerio! Allí habrá mucha paz, mucho órden público; pero maldito lo que me gusta semejante morada.

—¿No sientes un olorcillo particular? preguntó una

que iba vestida de Norma á su Polion,—cualquiera diria que huele á muerto.

—¡Hum! murmuró Póstumo, ¡ya estoy vendido! Contengamos la respiracion... Y no extraño que esta gente sienta frio. No parece sino que estamos en la Siberia. Razon tienen los que dicen que Madrid se va poniendo inaguantable. En mi vida sentí un invierno tan crudo... y eso que llevo doble abrigo: Sudario y dominó.

Y al decir esto, trataba de contener la respiracion para evitar que cundiese aquel olorcillo á muerto que él se atribuia, como era natural.

—¿Si será que ya comienzo á podrime! continuó diciendo para sí,—yo tomaria alguna cosa hervida para entrar en calor; pero mi aliento, mi sudor, que no dejarán de trascender á cementerio, acabarian por hacerme traicion. ¡Está visto que llevo en este maldito hálito mi cédula de vecindad! No, no puedo seguir así; tengo que buscar un medio... ¡Ah, qué idea! Un par de copas de aguardiente podrian dar calor á mi cuerpo, y hasta evitar mi corrupcion interna. El alcohol ¿no es gran medio de preservar cadáveres? ¡Feliz ocurrencia! ¡Viva Noé!

Y así diciendo, dirigióse á los pasillos; llegóse á una cantina, y apuró varias copas de aguardiente. Hecho esto, volvióse al salon, resuelto á arrostrarlo todo por averiguar lo que deseaba saber de una manera terminante: si su amada Elisa estaba en el baile.

En efecto; allí, á dos pasos, vió á la pareja que buscaba; acercóse cuanto pudo, y colocándose en una silla que habia detras, oyó el diálogo siguiente:

Máscara jóven:—¡Ay, mamá, qué tristeza! ¡qué dolor! Me estoy muriendo de pena; estoy desesperada. Quisiera bailar para distraerme.

Máscara vieja:—¿Y quién va á invitarte, con esa cara de angustias?

—¿Cara de angustias, mamá? ¿Cómo pueden verla?

—Es verdad; pero la careta no impide que se trasluzca esa desazon moral que desde ayer está minando tu existencia.

—Y acabará con mis dias; por eso quiero olvidar mi horrible pesadumbre; por eso quiero distraerme.

Supóngase el lector cuál seria la sorpresa de Póstumo al oir tales discursos. Pero fué mayor su ira al ver que se acercaba á Elisa un galan, su amigo Sisebuto, el mismo que debia sucederle en el empleo que á su muerte dejó vacante, y que, á juzgar por el modo halagador con que era recibido por la dama, le reemplazaba tambien en el corazon de esta.

Presentóse á su mente la historia de Hamlet, y comprendió que le tocaba allí el papel de sombra del difunto; y ¿quién podria mejor representarla que un cadáver animado?

Invitada Elisa por Sisebuto á bailar una polka, salió precipitada, como quien anhela ardientemente ahogar en saltos y brincos el furioso dolor del alma.

Delirante estaba Póstumo al verse así traicionado por quien ménos creyera.

—Muérete y verás, se dijo: ¡oh! ¿qué fué de aquella fe jurada, de aquella pasion de todos los dias y todas las noches?... ¿Y en quién creer? repuso más pálido de lo que solia estar desde que murió.

Sintió que le acometia un vértigo, se le iba la cabeza... ¿Seria efecto del aguardiente?... ¡Qué disparate! Era el dolor que le abrumaba. Verdad es que no habia comido desde que espiró, y luego la dieta durante la enfermedad... Pero acaso todo esto, unido al dolor que

sentia en aquellos momentos, le puso á los bordes del sepulcro, de donde acababa de salir, y exclamó:

—¡Estoy desesperado, quiero vengarme, suceda lo que suceda; quiero bailar!

Y al decir esto, asió de la primera máscara que se le puso delante, que fué una matrona romana, tal vez la esposa de Caton, y se puso á danzar una polka de una manera tan febril, que parecia lo que era: cosa del otro mundo.

En esto, la matrona gritó:—¡Ay, que me muero de frio, suélteme V., suélteme V! ¡Qué olor á muerto embalsamado con aguardiente! Suélteme V., porque siento que mi cabeza se desvanece... Ese tufo á muerto embalsamado que V. despide y ese frio con que me está usted helando... ¡Ay! gritó de nuevo al sentir que resbalaba por su cuello una cosa fria: tomóla, y examinándola, la arrojó al suelo con tal expresion de horror, que erizaba los cabellos de los circunstantes.

—Ese gusano es de V., caballero... V. está muerto. ¡Qué horror! ¡He bailado con un muerto!

—¡Un muerto! aullaron todos, huyendo sin saber hácia dónde, y todo fueron empellones, y caidas y tumulto.

Paró la música. Por todas partes se repetia aquella palabra aterradora. ¡Un muerto!

Difícil fué á los bastoneros restablecer el órden.

Aprovechóse Póstumo de aquel momento para refugiarse en uno de los pasillos, acurrucándose y anulándose en lo posible.

—¡Van á descubrirme!—se dijo con verdadera pesadumbre.—Ahora que queria vivir ó quedarme en el mundo, aunque fuese muerto, para vengarme de aquella ingrata, para ser su sombra, su remordimiento vivo... Pero ¡ah! tendré que irme, y ¿á dónde? ¿al ce-

menterio?... *Abrenuncio!*... Y ¿dónde alojarme con este olor que sienten salir de mi estómago? Sin duda podria transitar por esos mundos con este aliento, pues no le tienen más perfumado muchos que pasan por vivos; pero si este olor es síntoma de putrefaccion, pronto vendrá la disolucion de mis miembros, iré lanzando brazos y piernas por donde quiera; y sin cuerpo no sé cómo andar entre las gentes... ¡Y luego ese bichillo que sin duda me salió de la nariz!... Sí, de la nariz, porque de la boca buen cuidado tenia yo de mantenerla muy cerradita. ¿Cómo diablos vivir despidiendo huéspedes de tal linaje?... ¡Cómo me voy pudriendo! exclamó con amargura, sí; pero todo ántes que el cementerio... ¡y mañana que piensan enterrarme!

En estas angustias se encontraba nuestro amigo, y en ellas le dejaremos mientras referimos lo que pasó en la capilla del cementerio, poco despues de haberse él escapado.

CAPÍTULO IV.

En que se verá que los muertos tienen tambien policía.

Tan luego como la persona que custodiaba á Póstumo en el cementerio se sintió amarrada por éste, comprendió que la idea del mismo era escaparse, como lo verificó, para volver al mundo á dársela de vivo.

Entonces el guardian recordó que era *espiritista*, y con arreglo á lo que el caso requeria, evocó el espíritu de un polizonte afamado en Madrid por el olfato de sabueso y la índole pesquisidora que le caracterizaban.

—Veamos,—se dijo el guardian de muertos,—si es posible que un difunto se burle de mí impunemente.

No sabemos si el tal guardian era *medium mecánico* ó *intuitivo*; ignoramos de qué se valió, puesto que no tenia papel ni lápiz á su disposicion en aquellos momentos, ni podia, con las manos atadas, como se las habia dejado Póstumo, aplicarlas á mesas ni á mueble alguno; pero es lo cierto que la evocacion, aunque hecha de una manera puramente mental, fué tan eficaz y perfecta, que á poco se dejaron ver un tricornio y un baston, luego unas narices, y por último, la figura completa del famoso esbirro.

Es decir, que allí no hubo golpecitos ni cosa por el estilo, sino la presentacion en cuerpo y alma de la entidad evocada. ¿Puede darse mayor prodigio?

El polizonte, mostrando, como hemos dicho, su cara triforme; á saber: de zorra, de gato y de huron al mismo tiempo, expresó:

—¿Qué me quieres?

—Acaba de escapárseme el muerto que velaba y que se llamaba en el mundo D. Póstumo, hijo de su padre y de su madre, natural de Madrid, vecino de uno de sus distritos, y empleado en no sé qué parte, con la categoría, goces y derechos consiguientes á un sueldo de 30.000 rs. Con señas y datos tan positivos, no dudo que usted, que tanto se distinguió en el mundo por su olfato, sabrá dar con él ahora mismo y salvar de este modo mi responsabilidad.

—Te serviré, respondió el espíritu, con verdadera eficacia; pues esbirro por vocacion, me place servir al órden y al santo principio de autoridad. Por eso estoy muy bien pagado en el planeta donde ahora vivo.

—Y si está V. encarnado en otro mundo, ¿cómo ha podido obedecer á mi voz?

—Dormia, y como todo se hallaba tranquilo, me

dije: Vamos á hacer algo por no estar ocioso, y puesto que me llaman de Madrid, será para darme el solaz de otras veces... Le tengo mucha aficion á la coronada villa. ¡Desempeñé allí tan á gusto mi oficio! Perseguir malhechores es empresa ruin; mi fuerte es la política; husmear motines y pillar sospechosos.

—Pues bien, señor polizonte fantasma,—añadió el guardian,—deseo saber dónde se encuentra á estas horas el difunto prófugo.

—Te diré, exclamó el evocado, y abismándose en éxtasis profundo, á manera de quien anhela ver en lo invisible, expresó luego: Sí, le veo; ahora se encuentra en las máscaras del teatro Real; lleva un dominó negro, con el que pretende encubrir su blanco sudario. Casi le toco con la mano.

—Pues atrápele V.

—¡No, de la apariencia al hecho!... Es preciso que yo vaya en persona.

—Entonces, vaya V. presto, señor tricornio, que aquí le aguardo dispuesto á amarrar al prófugo para que no torne á las andadas.

—Voy corriendo, repuso el de ultra-tumba. Nunca estoy más contento que cuando hago mi oficio.

La sombra esbirro desapareció de allí, y á poco, en alas de su voluntad, se halló en la plazuela de Isabel II, frente por frente de la estatua de Talía.

—Reflexionemos, se dijo. Veamos si encuentro por aquí alguno de mis conocidos del ramo. No sé si me habrán olvidado.

En esto presentóse uno de ellos.

—Hola, Pachon, exclamó, ¿y Podenco?

—Allá está con Mastin y Perdiguero;—pero ¿quién es V.?

—Vuestro antiguo jefe.

—¡Jesus me ampare!... *Vade retro!*... ¿Qué pretendes, alma infeliz de mi difunto jefe? ¿Quieres misas? las pagaremos. Así podrás salir de ese lugar en donde estás penando, que no te faltará por qué, atendido lo que fuiste en este mundo.

—Nada de eso; estoy tan bien ó mejor por allá que por acá. Se trata de coger á un muerto prófugo del cementerio, y que está en ese baile.

—¡Para el diablo!—exclamó el polizonte vivo.—Líbreme Dios; no tengo jurisdiccion sobre los muertos.

—Entónces, dijo el fantasma, llamaré á los mios del otro mundo, y no os quejeis de que invado vuestras atribuciones; si bien es verdad que para pescar á un espíritu prófugo hay que valerse de la policía espiritual, ya que la vuestra es puramente corporal.

—¡Corporal!... No del todo, expresó el esbirro terrestre.

—Sí, ya sé, repuso el del otro mundo, que con frecuencia invadís la jurisdiccion del espíritu; pero siempre procediendo corporalmente y contra los cuerpos; á saber: ¿deseais proceder de la manera que llamais preventiva? Entonces os vais al cuerpo del prójimo para atrapar en él las intenciones de su espíritu. Eso es lógico, porque pillar el cuerpo es pillar la madriguera: nada más natural que irse al bulto de las cosas, al ménos, así lo hacia yo cuando estaba entre vosotros.

—Cuidado con murmurar de nuestras instituciones, Sr. Lobizorro; que aun cuando haya V. sido mi jefe y tenga que respetarle, primero es mi deber. Está V. murmurando de nuestra conducta y atacando el sagrado principio de autoridad que represento. No puedo permitir esa crítica. Nosotros procedemos siempre con nuestras razones.

—Esas son precisamente á las que me refiero. Y ¿cómo harias para realizar en mí vuestras amenazas en caso de que mi crítica continuase?

—Con todo el respeto debido á la categoría de V., le llevaria preso.

—Recuerda que soy Espíritu.

—Pero tiene V. cuerpo en estos momentos.

—Estás equivocado; pálpame y verás.

Intentólo el polizonte vivo, y retrocedió aterrado no encontrando bulto. Era impescable aquel Espíritu insolente y sedicioso; no tenia agarraderas.

Lobizorro habia desaparecido, dejando al esbirro amostazado y como lelo, ni más ni ménos que el gato que, al entrar cauteloso en la despensa, atraido por el olor del queso que hubo allí, encuentra que se lo comieron los ratones.

CAPÍTULO V.

De cómo no es siempre oportuno evocar á un espíritu.

En tanto que fuera del teatro Real pasaba lo que hemos contado, veamos lo que ocurrió dentro de aquel templo de Momo y de Terpsícore.

Póstumo habia permanecido acurrucado en su escondite hasta que pasó la tremolina que su presencia ocasionára en el salon. Quiso volver á este, cuando, con la lucidez del Espíritu, divisó por entre la concurrencia al polizonte de ultra-tumba, acompañado de otros dos subalternos de igual naturaleza, quienes, con la ductilidad de lo incorpóreo, aunque con su correspondiente uniforme, por el buen parecer, se deslizaron hácia él desde el otro extremo del salon. Entonces pensó refu-

giarse en el café; pero, ¡oh diablura! en este, varios amigos suyos, sentados alrededor de una mesa, pretendian que girase, segun la moda, al influjo de la cadena que sobre dicho mueble formaban con sus manos.

—Evoquemos el Espíritu de nuestro amigo Póstumo, dijo uno, y que nos cuente cómo le han recibido por allá.

—Y qué tal se encuentra sin la carne de este mundo.

—¡Buena idea! esclamó un tercero.

Y á poco empezó á dar vueltas la habladora mesa.

—Ya responde, gritó el primero.

Póstumo, al oir que evocaban su Espíritu, sintió que una fuerza poderosa lo arrastraba hácia el grupo.

—¿Qué le preguntamos? dijo uno.

—Preguntémosle si está satisfecho de la consecuencia que le ha guardado su Elisa, quien, segun él, tanto le adoraba.

—A propósito, añadió otro, ¿la has visto esta noche danzando con Sisebuto? Sin duda cree que no la hemos reconocido.

—Por eso lo digo. Ella sabe que es de buen pescador hacerlo con dos anzuelos. Faltó el pez Póstumo, y ahora muerde Sisebuto.

Póstumo, que á su pesar se hallaba más cerca, y oia este para él desagradable diálogo, sintió crecer su mortificacion al ver que su desgracia era conocida de sus amigos. Deseaba caer sobre ellos á bofetones; pero hubo de contenerse, considerando que con este grave esfuerzo, sus miembros, ya casi desligados por la muerte, pudiesen del todo desencajarse.

—De suerte, exclamaba uno de aquellos en el instante de hallarse el difunto más próximo á la mesa, que

nuestro amigo Póstumo era un zopenco, puesto que así se dejaba engañar.

—Veamos lo que dice, añadió otro. La mesa anda de nuevo.

—¿Quereis saber lo que dice? gritó Póstumo poniéndoseles delante y dejándoles estupefactos... ¡Pues sabedlo, aunque me desbarate!

Y así diciendo, ¡zás! ¡zás! comenzó á repartir bofetones á uno por barba, que, como dados con mano de muerto, es decir, bastante pesada, iban echándoles por tierra respectivamente.

Ante esta lluvia de cachetes, alborotóse la concurrencia del café, y hubiera continuado el huracan, á no haberse presentado los polizontes de ultra-tumba, asiendo á Póstumo del cuello y gritando:

—¡Difunto prófugo, date preso en nombre de la Eternidad!

Con tales voces acabó de aturdirse todo el mundo, y cuando Póstumo salió de allí hácia el salon del baile conducido por los polizontes, oyó que gritaban por todas partes: ¡Un muerto, un cadáver que se ha escapado de su sepulcro! ¡Acaban de cogerle!

Redoblábanse con estas voces la algazara y confusion.

En esto llegó el aparecido con los esbirros sepulcrales á donde estaba Elisa, quien, oyendo hablar de un muerto prófugo, y al verle luego, pues el dominó de este, desgarrado en la refriega y perdida la careta, la permitieron reconocerle, lanzó una série de ayes en distintos tonos, y se desmayó en brazos de Sisebuto.

—¡Mujer inicua, exclamó Póstumo enfurecido, Dios te dé larga vida bajo la tutela del diablo!... ¡Y tú, amigo pérfido, muérete y verás!

Y esto dicho, dejóse conducir al cementerio.

Grave escena de agitacion y espanto quedó reinando en aquel concurso, en la que tomaban no poca parte los polizontes de Madrid, que, al ver invadidas sus atribuciones, pedian favor para la ley, clamando contra aquellos salvaguardias de la eternidad.

—Si los muertos, decia un cesante, se meten en las cosas de acá, donde no cabemos ya los vivos, ¡buenos vamos á estar! ¡Ya que de por sí eran tan pocas las tajadas!

—¿Y quién era ese? preguntaba un curioso.

—Un tal Póstumo, hijo de su padre y de su madre, empleado con 30.000 reales, respondió un hablador.

—Hijo del presupuesto, querrá V. decir, añadió un pagano.

—Era uno que contábamos de ménos y que ha resucitado, á lo que parece, repuso un empleado.

—¡Estaria bien, añadió un pretendiente desvalido, que ahora viniesen los de otra parte á disputarnos el turron!

En cuanto á Póstumo, como hemos dicho, lleváronle al cementerio, y no pudo dejarse el entierro para la mañana, porque con las bofetadas que habia repartido en el café, las violencias que le hicieron los polizontes de la eternidad, y demas accidentes de tan alborotada trapisonda, rotos ya los tegumentos que ligaban sus miembros, se estaba desvencijando. Procedióse, pues, inmediatamente á la inhumacion, de lo que se alegró no poco el guardian ó velador de difuntos, aunque sólo fuese por espíritu de venganza. Los polizontes, en vista de lo que les dió que hacer para volverle al cementerio, juzgaron, que como más seguro podia estar un muerto tan traviesillo, era enterrado.

CAPÍTULO VI.

Que trata de lo que hizo nuestro hombre despues de sepultado.

Una vez aprisionado Póstumo debajo de la tierra, sintió libre su Espíritu, y abandonando aquel cuerpo á su pesar, pues desvencijado y todo le amaba tanto, partióse aéreo y puro á las regiones de lo infinito.

Pero no concluye aquí su historia.

Disgustadísimo iba el Espíritu de Póstumo por haber dejado nuestro planeta en sus peculiares circunstancias, pues, muerto ó vivo, con tal de residir en él, podria vengarse de su inconsecuente novia, aunque solo fuese á manera de remordimiento perseguidor. Pero ¿cómo transitar por el mundo no teniendo cuerpo? Desconsolado estaba y vagando sin saber hácia dónde dirigir sus espirituales pasos, sin que, atendida su turbacion, pudiese dar con la morada ó lugar á que habia de encaminarse. ¡Debe haber tantas sendas y vericuetos en lo infinito!

Esto aumentaba su pena, porque aquella soledad tan absoluta era aterradora, cuando vino hácia él su Angel custodio con la mira de guiarle por aquellas regiones ilimitadas.

El Angel.—Ven á la mansion de los Espíritus hasta que encarnes de nuevo.

Póstumo.—Es decir, que voy á estar como cesante ó de reemplazo.

El Angel.—Poco más ó ménos.

Póstumo.—Y cuando encarne de nuevo, ¿en dónde será?

El Angel.—En donde haya lugar. Yo veré el modo de buscarte una buena colocacion.

Póstumo.—Pero yo quisiera volver al mundo que he dejado: á Madrid, si es posible.

El Angel.—Muy preocupado vienes con las cosas de allá abajo, y eso podria perjudicarte en tu nueva encarnadura. Conviene que todo lo olvides.

Póstumo.—Y ¿cómo olvidar?

El Angel.—La muerte es á propósito para el caso. ¿Para qué pensar en un mundo á donde quizá no habrás de volver, ó al que, si volvieses, seria pasando por el nacer y la edad de niño, en cuerpo nuevo, con familia y educacion distintas, y acaso hasta en un país antípoda del que dejaste? Y de volver allí sin haber olvidado, como lo previene la ley natural, pues Dios, en su infinita sabiduría, ha querido que al nacer se beban las aguas del Leteo, ¿qué habria de sucederte? Que andarias llevando acuestas tu vida anterior y todos tus recuerdos en lucha con las impresiones y pensamientos nacidos en otro estado muy distinto. Entonces ¡qué confusion para tu espíritu, luchando con dos vidas incoherentes!

Póstumo.—Aun cuando así fuera, querria vengarme de una ingrata y de un falso amigo que allí abusaron de mi bondad; probarles á todos, comenzando por probármelo á mí, que con la experiencia que la tumba me ha proporcionado, no seria tan fácil engañarme.

El Angel.—Pero la culpa fue tuya, pobre Póstumo, que todo lo veias color de rosa. ¿No te lo dije yo desde que te puse en el mundo, ó mejor, desde que despertando tu razon, pudiste comprenderme? Solo que mi consejo te pareció impertinencia, y le desechaste, sin pensar que desechabas en mí tu propia razon. Debes por lo tanto persuadirte de que el mal estuvo en tu propio carácter, y que si volvieras á nacer en idénticas circunstancias y condiciones á lo pasado, te sucederia lo propio,

aun cuando pusieses en juego la esperiencia de que hoy blasonas. No; te quiero demasiado para consentir que nazcas de nuevo en el mismo mundo que acabas de dejar. Yo te buscaré otro planeta más en armonía con tu índole y circunstancias esenciales.

Póstumo.—Sin embargo, no estoy satisfecho. Llevaria, no una vida, sino ciento, acuestas, con tal de dar en cara con mi presencia á aquellos miserables. Despues consiento en morir y olvidarlo todo. Porque ¿de qué me serviria volver al mundo habiendo olvidado mis antecedentes? ¿De qué me serviria volver al mundo, si ya no era el mismo? Eso estará bien para los que quieran prescindir de lo que fueron; pero para los que están conformes y encariñados con su existencia pasada, ¿por qué habrian de querer otra distinta y sin vínculo consciente con la anterior? La muerte es entonces una manera de saldar cuentas con que no estoy conforme, puesto que el legítimo acreedor lo pierde todo, y el deudor, con el hecho de sobrevivirle, resulta ganancioso.

El Angel.—Veo que eres muy tenaz, y voy á contarte una historia que acaso te sirva de ejemplo para no pretender semejantes locuras.

CAPÍTULO VII.

En que el Custodio refiere á Póstumo las aventuras de Cósmico.

El Angel comenzó su narracion de la manera siguiente:

Cansado (si es posible que el Ser Omnipotente necesite descanso) se hallaba el Creador con las pretensiones que de igual naturaleza que las tuyas le hacian la mayor parte de los espíritus. Anhelaban volverse al mundo

sin olvidar los hechos y conexiones de su vida anterior, acaso por iguales motivos que los que expresas; y para evitar de una vez tan improcedentes solicitudes, cual si pudiesen barrenarse á cada paso sus leyes eternas é inmejorables, ó como si la divina omnisciencia fuese falible y caprichosa como los mortales; consintió, con la mira de probarles lo absurdo de sus pretensiones, que una de aquellas criaturas consiguiese sus deseos. Otorgóle la impertinente demanda de transmigrar sin olvidar. Y ¿qué aconteció? Voy á contártelo, aunque con la brevedad posible, mucho mayor de la que mereceria tan importante asunto.

El tal espíritu se llamó en el último mundo que habia habitado, y que creo que fué Saturno, Cósmico.

Volvió, pues, á Saturno, y nació de padres diferentes y en estraño lugar al que dejó, pues no era posible trastornar todo un mundo por complacer su capricho, ni volver á crearle los mismos padres, los mismos abuelos, etc.; porque siendo los unos nacidos de los otros, segun las leyes de la materia, debian seguir unos de otros la lógica ley de los derivados; y por consiguiente, para rehacer á los padres habia que rehacer á los abuelos, bisabuelos, etc., como productores indispensables de un hombre dado.

Tampoco podia hacérsele nacer en el mismo lugar del mundo; porque no siempre habria vacantes en el propio sitio, y tú sabes que aquí, para evitar injusticias, se procede, por lo general, en la reincorporacion, con arreglo á órden y plan determinados.

Nació y murió, pues, en un mundo, apareció en otro, y despues de haber vivido en algunos, ya no podia con la pesada carga de tantas existencias, gravitando en la última de una manera intolerable. Habia sido

mujer, y bastante coqueta, en Venus, médico en Saturno, cómico en Palas, músico en Ceres, guerrero en Sirio, poeta en Urano, mercader en Marte, ministro en Júpiter, reina en Juno, y así por el estilo. ¡Qué confusion! Supon te toda esta reunion de caractéres en una sola persona, con su mezcla de recuerdos correspondientes.

—Pero todo eso, replicó Póstumo, le crearia una múltiple aptitud muy ventajosa para todas las fases de la existencia.

—Sí, repuso el custodio; pero ¿y la necesaria armonía? Todo esto perjudicaba sus facultades por falta de unidad. ¡Qué mezcla de pasiones! La formalidad del sabio, en lucha con la coquetería de la mujer; los caprichos soberbios de reina, con las veleidades de ministro; los sueños del poeta, en choque con el positivismo del negociante; la ductilidad del cómico ó del músico, con la fiereza del soldado: todo esto, unido á que en una esfera habia sido liberal, como hombre público, y en otra, por interés de su posicion, retrógrado: ¡qué *maremagnum* de contradicciones dentro de sí mismo! Recuerdo que ahora vive en Madrid, en la Tierra, y acaso le hayas conocido.

Como lo ha sido todo en otros mundos, sirve allí para todo; así es que le habrás visto siendo muchas cosas á la vez; pero ¡de qué modo! Veces hay que siendo diputado este nuevo Gil Blas del universo, recuerda que fué músico en otra vida, y desde la oposicion ha salido con un himno de alabanzas.

Al sentarse en la poltrona, suele venirle en mientes que fué cómico, y tiende con frecuencia á los golpes de teatro. Eso no impide que por no haber perdido los hábitos de mendigo que fué en Vesta, por ejemplo, se

aficione á pedir á menudo, ya que no limosna, créditos supletorios; y por no haber olvidado su anterior profesion de traficante en otro mundo, meta las manos hasta los codos en eso de empréstitos y contratas.

Coquetea en el banco azul ó en la oposicion, ya tomando varas á más y mejor, ya dándola de desdeñoso. Otras veces, que no son las ménos frecuentes, pone mano al chafarote, como soldado que fué en otra existencia, y se decide por lo terrible.

Tambien acostumbra pavonearse con sus reminiscencias de soberana, soñando golpes de Estado, ó blasfemando del parlamentarismo á que debe su cartera, por no haber logrado complaciente mayoría. Recordando que fué mujer, como ántes te dije, y que por consiguiente, visten bien en aquel sexo los moños y las cintas, siempre que baja del mando, lleva colgado algun adorno, con que se gallardea en salones y besamanos. Teniendo presente que fué mercader, rara vez deja la silla sin haber hecho negocio, y todo, despues de tomar, á fuer de ex-médico, el pulso á la situacion, para ver lo que mejor cuadre á sus conveniencias.

—Esos son hombres, exclamó Póstumo, á lo *cajon de sastre*, llenos de retazos de los distintos trajes que han llevado: verdaderos mosáicos políticos; así conozco muchos.

—Suponte, continuó el custodio, que en lo más sério de una sesion oficial; en lo más agradable de una conferencia amorosa; en lo más placentero de un banquete, lo evocan como espíritu desde otro mundo donde viviera, y tiene que hacerse el dormido mientras acude allá. Tal le ha sucedido con frecuencia en Madrid siendo magistrado, y ha fallado luego con un conocimiento de causa que sólo podia tener su cuerpo, único presente.

En ocasiones parece despierto, y está su espíritu tambien lejano. ¿Cómo, si no, explicarse algunos decretos suyos, que parecen dictados con el espíritu en otro mundo? ¿Cómo darse cuenta de aquel tejer y destejer á lo Penélope, sino teniendo en cuenta que el alma del ministro estuvo ausente, y que luego, al volver, firmó en barbecho? Ademas, como Cósmico, tiene presentes todas las existencias de una manera simultánea; se encuentra con tantas madres, padres, hermanos, primos y parientes á la vez, que sus compromisos suelen ser bastante graves. Con frecuencia tiene que crear, cuando es ministro, gangas y destinos oficiales para emplearles; pues ya se ve que no es cosa de que tan elevado personaje permita que mendigue su parentela.

—Pero, ¿tiene más que negarse á reconocer un parentesco que él solo puede recordar?

—¡Imposible! La sangre tira, y seria cargo de conciencia no hacer por los suyos. A más de que los individuos de su familia le conocen este flaco y le abordan, echándole en cara el parentesco; pues no sé qué trazas se dan ellos para averiguar que en tal ó cual mundo tuvieron deudo. Yo creo que se valen del espiritismo para investigarlo.

—Siempre, interrumpió Póstumo, habia tenido á los pretendientes de Madrid por finos y linces, de suerte que en la actualidad, con las mesas parlantes y los *medium* intuitivos, no hay forma de que se les escape nada; ya saben irse á dar con el flaco de un ministro. Pero, volviendo á Cósmico, insisto en que los conocimientos adquiridos en tantas experiencias, deben ser para él un perfeccionamiento intelectual que concluirá por hacerle un Dios sobre la tierra.

—Eso estaria bien, repuso el Angel, si la transmigra-

cion fuese de bueno en mejor, de una manera armónica; pero como Cósmico es una excepcion, no puede arreglarse todo segun su conveniencia.

Nace donde le toca, sin derecho á escoger un organismo rigurosamente apropiado á sus circunstancias. Harto ha hecho Dios en concederle la excepcion.

—Pero si todos fuesen creados así, replicó Póstumo, como yo digo; ordenándose las transmigraciones segun las circunstancias peculiares de cada espíritu, como creen algunos...

—Esos no cuentan para nada, interrumpió el custodio, ya incómodo, con el nacimiento, educacion y profesiones, cuyas influencias, contradictorias las más de las veces, alterarian la armonía preestablecida, haciendo ilusorio el tal mejoramiento gradual, salvo en las materias puramente noológicas, como las matemáticas, en què no caben apreciaciones diversas ni influencias morales de clase, ejercicio ni educacion. Esto, prescindiendo de que cada esfera individual, una vez dada, imprime en el ser sus afecciones simpáticas ó antipáticas que modifican notoriamente el modo de existir de cada entidad humana. Pon en juego tantas maneras de ser y tan diversas, todas presentes por la memoria, que seria como el archivo de las ideas acumuladas en tantas vidas diferentes, y trata de armonizarlas en un individuo. El tal seria un caos en carne y hueso, ó un D. Cósmico y nada más.

—¿Habria más que conceder á los seres, murmuró Póstumo, una sola vida, pero eterna?

—Tambien puedo convencerte, replicó el custodio, de lo absurdo de tu indicacion. Otra historia tengo que contarte á este respecto, en la via de convencerte, y es la que sigue.

CAPÍTULO VIII.

En que el Custodio refiere el caso de don Perpétuo.

Y el Angel continuó:

—Hubo un espíritu que en la tierra se llamaba Perpétuo, y sin duda, para ser digno de este nombre, suplicó á Dios, despues de muerto, que le volviese al mundo. Su Creadora Majestad accedió á su peticion, con grandes instancias apoyada, diciéndole: «Vé, pues, y vive eternamente.»

Esto lo hizo con la mira de enseñar á los demas espíritus á que no le pidan lo absurdo. Modificó la organizacion de aquel como para ser eterna, dotándola de fuerza indestructible; no debia prestarse su egregio poder á jugar como un niño, alterando de nuevo sus leyes porque variase de deseos el dicho caballero.

Volvió, pues, nuestro héroe á la tierra con cuerpo eterno. Empezó por darse á todos los goces del espíritu y materiales que pueden concebirse. Más de una vez tuvo tiempo, en su larga vida, de adquirir riquezas sin trabajar; ya porque con tiempo largo no es posible que dejen de presentarse propicios azares, ya porque, como más antiguo, tenia ocasion de llegar á buen tiempo en todas las cosas que no dejaba de conocer ántes que los otros; pero como sabia que nunca habia de envejecer ni enfermar, curábase poco de conservar la fortuna una vez adquirida.

¿Tenia un amigo? Desaparecia al quererle más. Su familia se hundió en los abismos de la tumba.

Así, ya no le inquietaba la pérdida de las personas que amaba, y que necesariamente tenia que ver sucum-

bir, estando obligado á reemplazarlas en su corazon por otros nuevos afectos, que apenas cultivados, veia caer tambien á su alrededor, como las hojas al viento del otoño. Concluyó por gastarse su corazon y por no amar á nadie, temeroso de crear afectos para la muerte. Comprendiendo que no se podia vivir sin amigos, procuraba tratar á las gentes sin predileccion, y cuando su corazon le arrastraba á una preferencia, buscaba á todo trance los defectos ajenos para contener el vuelo á su cariño.

Cansado de llorar á Lauras muertas, dedicóse á no ver en la mujer sino el lado material, y entregóse á toda suerte de placeres con desenfreno, puesto que los resortes de su fuerza vital y su salud eran inquebrantables; pero la saciedad le condujo al capricho, y este es primo hermano del hastío. Sin amor no hay goces que duren, y la posibilidad de poder gozar siempre de lo mismo, le convertia en insípidas todas las mujeres. Y ¿qué mujer podria resistir á la constancia de un hombre eternamente jóven y enamorado? Si el obstáculo que motivaba la repulsa era material, tenia que ceder con el tiempo: si era nacido de antipatía, ¿qué mujer no cambia en este concepto ante una vida tan larga?

A veces acontecia que las tales mujeres morian sin satisfacer los anhelos de Perpétuo; pero muy presto le curaba el olvido, en que habia ejercitado tanto su corazon. Si la distancia era el inconveniente para lograr sus fines, estaba en posibilidad de allanarlo con el tiempo, siempre que la dama perseguida no sucumbiese ántes. Sucedíale que sorprendia la vejez á la mujer que anhelaba, pero esto le era tambien de fácil consuelo, pues no hay aspiracion que no ceda ante las arrugas de una Vénus. El podia decir á todas: Ó muerta, ó vieja, ó mia.

Así es, que no sintiendo desconfianzas graves en sus pasiones, el capricho se entibiaba. ¡Luego, habia visto envejecer, desaparecer ó ceder á tantas! En una palabra: las mujeres no eran ya gran atractivo para él, desde que no queria ó no sabia preferir á ninguna ciegamente. El amor no existe sin la absoluta preferencia y el entusiasmo.

En una de sus reacciones hácia el bien, se propuso casarse y fundar familia: «Los biznietos suplirán á los nietos,» se dijo, «y así tendré siempre á quien querer.» Pero si los biznietos le amaron, los biznietos de aquellos no le reconocian ya; ántes bien les inspiraba horror, pues veian en él tan sólo un monumento, alrededor del cual habian caido tantas generaciones.

—¡Qué fastidio! exclamaba, ¡qué horrible fastidio ver salir el sol por un mismo lado todos los dias!

Para distraerse, recorrió el mundo á pié y en todas direcciones; todas las lenguas, leyes y costumbres llegaron á serle familiares. Variaba sin cesar de paises. Lo que el Judío Errante hacia como obligado por un decreto del Altísimo, él lo ejecutaba por deseo de no parar. Estaba tan cansado de vivir en un punto cualquiera, como lo estaba Ahasuero de andar errando. La tierra le parecia pequeña y se ahogaba. Intentó mil veces el suicidio... ¡Imposible! Era un impenetrable paquidermo, y sus miembros más fuertes que el escudo de Atlante. Tan fácilmente rechazaba su cuerpo el hierro de un puñal como la bala de un cañon. Despeñado de las más horrísonas alturas, quedaba ileso. Los más activos venenos, eran inocentes para él. Intentaba morir de hambre ó sed, y parecia que su cuerpo, como Rabican, el caballo de Astolfo, vivia del aire. Pensó una vez que acaso seria así, y no logró asfixiarse; sus pulmones hubie-

ran absorbido el azoe y demas gases mofetas cual si fueran oxígeno. Buscó y rebuscó en su cuerpo algun punto vulnerable como el talon de Aquiles, el cabello del moro Ferragus ó el ombligo de Orlando; pero ni la más leve aguja podia penetrar en aquel cuerpo de una porosidad incomprensible, y que parecia haber resumido en sí toda la indivisibilidad del átomo. Procurábase indigestiones; su estómago hubiera digerido balas; las enfermedades todas le eran igualmente imposibles. Hacia esfuerzos inauditos para relajar sus músculos, pero eran como de acero; las impresiones más profundas no aceleraban el ritmo de sus nervios. Pero ¿á qué tanto intentar? Convencióse de que la obra que Dios habia hecho en él era indestructible.

Ya he dicho que la tierra le parecia pequeña. Anhelaba, por lo tanto, hallar en la ciencia un camino para salir de aquel mundo, burlando, ya que no podia morir, la obra de Dios, sin destruirla. Estudió, atesoró todos los conocimientos humanos; pero no encontró el modo de salir de la esfera terrestre. No se ha descubierto todavía en aquel mundo camino alguno para los astros. Aquella ciencia, cuyo estudio habia hecho su encanto ínterin se prometió de ella una solucion á su problema de escapatoria ó fuga de su planeta, perdió todo su atractivo, y cerrando los libros, tornó á su vida tediosa y amarguísima.

Como no esperaba otra existencia, no la temia. No temia tampoco castigo alguno material en su vida, porque ¿qué males podrian sobrevenirle? A nadie amaba, ni aun á sí mismo, puesto que si existia era ya contra su voluntad, rabiando de envidia cuando veia morir á los demas, como quien vé en cabeza ajena un beneficio que ambiciona y de que no le es dado disfrutar.

Cansado de todo, puesto que todo formaba parte de una existencia que cada vez odiaba más, siendo así que lo que hace amar las cosas es el temor de perderlas, y lo que aflige á los humanos cuando las pierden, es el temor de que la vida sea sobrado corta para recobrarlas, razon por qué en la edad madura se aprecie todo más y es mayor la afliccion por lo que se pierde; acostumbrado á verlo todo sin ilusiones, puesto que habia visto ir y venir tantas cosas; sin estímulo, como he dicho, del bien y ventura en otro mundo que le era negado, ¡qué hacer! Se hizo cada dia más egoista á su manera, y cada vez más inmoral. Los vínculos de su alma con el sentimiento de la perfeccion, desaparecieron. Una vez así, como por puro recreo, entró en las luchas de la política: su falta de fé le desencantaba. Intrigó, se afanó, se divirtió con la suerte de una nacion por algun tiempo; pero una vez alcanzados los más altos puestos, colmado de todos los honores, habiendo saboreado todos los néctares del poder, desde la satisfaccion del amor propio hasta la de la venganza, habiéndolo corrompido todo con su contacto más de lo que lo estaba, volvió el fastidio.

—Pero ¿tenia más, interrumpió Póstumo, que servir los intereses del progreso y marchar con el mundo, siendo el progreso eterno y su fuente inagotable? Es tanto lo que queda por hacer aun en la sociedad más adelantada de la Tierra, que esto hubiera sido para él un encanto mayor que el de viajar por los demas astros. La locomotora de la civilizacion tiene ante sí una senda infinita, y recorre tantos paises desconocidos, panoramas tan variados, que hallaria siempre novedad en ellos el espíritu más ambicioso; habria maravillas y placeres para un ser eterno.

Y aquí enseñó Póstumo la punta de sus orejas de vi-

sionario. La muerte no le habia sanado de sus sueños de mejoramiento y perfectibilidad humana: su locura parecia incurable.

—*Eccolo*, respondió el Custodio, que, por lo visto, conocia sus palabritas de la lengua del Dante; eso mismo aconteció al referido D. Perpétuo. Díjose así: «Sin duda está mi mal en que no he cumplido el fin que me propuse, al pretender de Dios el permiso de volver al mundo. Amaba la ciencia y el progreso del espíritu humano en todas sus manifestaciones, y era tanto mi anhelo en este punto, que lamenté mi muerte porque quedaban pendientes infinitas soluciones. ¡Gozaba tanto mi espíritu al ver el desarrollo de ese gusano que se llama hombre y que cada dia adquiere nuevas facultades, y que de enano se agiganta sin añadir un miembro más á su cuerpo, ni una potencia más á su alma! ¡Y luego el descogimiento de ese mundo que se agranda en el yunque de la ciencia, sin añadir un átomo á su volúmen, ni alterar en un solo ápice su movimiento y marcha planetaria! ¡Victorias del Espíritu, siempre infatigable y siempre triunfante, despues de una lucha encarnizada y gloriosa de todos los momentos; evoluciones de la Eternidad dentro de la Temporalidad, de lo Infinito dentro del Espacio! No podia resignarme á dejar el espectáculo. Lloré, pues, al morir, y acogí con júbilo inefable la concesion de Dios de hacerme vivir eternamente, como medio de continuar en mi pasmoso estudio. Pero apénas me contemplé eterno y capaz de abarcarlo todo con igual fuerza, cuando el progreso humano parecióme lento en comparacion de lo mucho que yo debia vivir, y como por otra parte, no temia perder la contemplacion de un espectáculo que si ántes me embriagaba, ahora amenazaba ser eterno como yo, me hastié y me dormí,

esperando á que alguna notable peripecia ó el cuadro final me despertaran. ¡Es tan morosa en responder Naturaleza! Al millon de preguntas que se la hacen en cada siglo, responde perezosamente con una sola palabra, con un monosílabo que á su vez demanda otra serie de preguntas para descifrarle. El drama de un dia me deleitaba; pero desde que se tornaba eterno perdia para mí su gracia, puesto que esta gracia me era ya tan familiar como propia. ¿No era yo tambien maravilla rara y única en la creacion? ¡Eterno dentro del tiempo! ¡Cosa anhelable y encantadora cuando me parecia imposible ó acaso inconcebible!»

Hizo lo que otras veces habia hecho; despues de recorrer ávidamente los demas pueblos, volverse á España, á cuyo cielo y naturaleza estaba acostumbrado.

No amaba su pais; le necesitaba por hábito, como el gato el hogar á que se acostumbra.

Reconoció que estaba ya viejo, aunque en cuerpo de mozo, y que las ideas nuevas han menester cerebros nuevos que, por no tener sobre si la enorme piedra de las tradiciones, puedan comprenderlas llevándolas á cabo. Toda entidad de antaño merece respeto; pero en materia de adelanto, suele ser tan solo un monumento que sueña con su buena época, un poste miliario que mira siempre hácia atras contando la distancia andada, cuando no se constituye en valla de impedimento al carro ó locomotora de la joven humanidad. Sea esto dicho sin faltar al respeto debido á los años; pero es la pura verdad. Por eso toda idea necesita arrullar la cuna del pueblo ó de los hombres que han de predicarla ó hacerla efectiva. Cada paso de lo relativo á la verdad absoluta, hiere y lastima infinidad de relaciones y puntos de vista añejos que pugnan por oponerse á su carrera.

La muerte, no el homicidio, es en este caso elemento de progreso.

D. Perpétuo vive hoy como estóico ó no sé qué; indiferente á todo y enfermo de saciedad del tiempo, no sabe cómo matar á este enemigo.

A pesar de ser su forro juvenil é indestructible, es una momia, un espíritu fósil, ó mejor dicho, una vejez sin canas y sin arrugas.

El debió comprender que la Eternidad no puede caber dentro del Tiempo.

CAPITULO IX.

En que se trata de otro personaje muy peregrino.

—Desengáñate, amigo Póstumo, continuó el Angel custodio; las cosas están así bien ordenadas. Otro disparate fué la pretension de un tal D. Horóscopo, que anhelaba volver al mundo con la facultad de conocer lo porvenir. Y ¿qué le aconteció? Lo que no podia ménos. Sabia que habia de vivir sesenta años. Al principio todo iba bien, pues el capital de años de que podia disponer le parecia bastante, y malgastó sin conciencia su juveutud, dejando los cuidados para despues, ya que tiempo le sobraba para la enmienda. Con su lucidez natural, no dejaba de ver allá en lontananza el tardío arrepentimiento; pero estaba por entónces demasiado engreido con sus sesenta para privarse de los goces que habian de acelerarle la vejez. La vida parece tan larga cuando comienza, como corta para quien la ve desde la edad madura. Créese sin fin al principio, pero cuando comienza el decaer de las fuerzas y va haciendo mella en el ánimo la

muerte de los demas, hecho en que se fija más el espíritu en razon á que los finados son todos aquellos que vimos crecer junto á nosotros, concluye uno por contemplar en cada año una concesion arrancada á la tumba.

Tan de priesa vivió Horóscopo sus primeros años, que á los treinta parecia viejo, y agrióse su carácter con el conocimiento de que su término estaba ménos lejano; razon para que su medrosa fantasía le creyese más próximo. La vejez comienza para el espíritu desde que empieza á pensar en la muerte. La verdad entonces borra las ilusiones de la engreida juventud; y aunque Horóscopo no ignoraba que debia vivir otros treinta, le pareció aquella suma tan corta desde que empezó á contarla todos los dias, que cada uno de estos antojábasele un soplo. Volvióse, no ya económico, sino avaro de sus horas, y mientras más las contaba, menores le parecian. Llegó á no poder vivir tranquilo. Odiaba el reloj, porque le marcaba de continuo la ruina de su caudal de existencia; y sin embargo invertia las horas en contar sus pulsaciones: los golpes del péndulo que resonaban en su corazon, aumentaban su mortal angustia. Parecíale cada vez más lúgubre aquel ritmo acompasado; y tan impresionado le tenia, como si aquel inflexible medidor del tiempo estuviese pegado á sus oidos.

Hoy tiene cuarenta años.

Como está cada vez más agriado su carácter y sabe lo futuro, complácese en profetizar á los demas los accidentes dolorosos que deben sobrevenirles; y así, todos le temen y le huyen, aislándole cada dia más. No hay quien quiera jugar con él en Madrid, donde mora, porque todos saben que gana infaliblemente. Fueron tantas las loterías que acertó, que las administraciones tienen

prohibida expresamente la venta de billetes á semejante brujo, cosa que es fácil de ejecutar, atendido á que todos le conocen y saben su dote de adivinacion.

Ha vivido casi siempre bien, gracias á aquella facultad, pues halla el medio de utilizarla en su provecho de una manera cuantiosa; pero esta facilidad de adquirir le ha hecho pobre con frecuencia: ¿qué es la hacienda para quien sólo se cuida de huir de la muerte, que cada vez se le antoja más cercana?

—Todo eso está bien, replicó Póstumo; pero como yo no pretendo saber lo porvenir, ni vivir sin olvidar, ni mucho ménos perpetuar mi existencia en el mundo, sino únicamente tornar á él como habia de encarnar en otro, y hacerlo por una sola vida con fin determinado, no me encuentro en los casos que citais. Haced, pues, ¡oh ángel de mi alma! que logre mi anhelado objeto, y os viviré agradecido eternamente. Interceded por mí con el Altísimo, siempre tan misericordioso.

—Ya que de tal modo y tan tenazmente insistes, voy á tratar de complacerte, aun cuando pudiera tachárseme de flaqueza por semejante bondad. Veré al Eterno y le suplicaré encarecidamente. ¡Ojalá que Su Divina Majestad no castigue mi impertinencia, que tal habrá de parecerle mi peticion!

Dice, y vuela en compañía del Espíritu de Póstumo hácia las regiones del Empíreo.

Detuviéronse ante las puertas celestes, y el Angel añadió.

—Pues no eres todavía tan bienaventurado que puedas traspasar los dinteles de la mansion inmortal, dirígete al Limbo de los Espíritus y aguarda allí el resultado de mi instancia.

—Prefiero aguardar á la puerta, si no os estorbo.

—Si prometes no dejarte llevar de curiosidades imprudentes...

—Lo haré lo mejor posible, dijo Póstumo: y quedóse en el vestíbulo, sentado ó de pié, puesto que las crónicas no dicen cómo.

Entróse el Angel, y despues de hacer la debida reverencia al Apóstol que guarda los umbrales de la mansion augusta, comenzó á oir los conciertos angelicales al compas de salterios, arpas y chirimias, que derramaban en torno sus sones divinos.

Tambien los escuchaba Póstumo, aunque vagamente por la distancia, y percibia tambien, cada vez que la puerta giraba sobre sus goznes, el ambiente perfumado con que los ángeles turiferarios aromatizan perennemente la morada del Rey de los reyes.

Sintióse hechizado nuestro héroe, ó su espíritu mejor dicho, con tales encantos, y moríase de envidia y curiosidad, si un Espíritu puede morirse. ¿A quién no hubiera sucedido lo mismo? Sentia vivísimos deseos de violar la consigna, pero el respeto, no exento de temor, le detenia Su espíritu contaba en sí aún los resabios de anarquía en que se educara allá en su bella patria.

Así, pues, no deberia sorprendernos que el aguijon del deseo pudiese más en Póstumo que el temor de la repulsa ó del castigo; y como no habia guardia, creyó que la entrada seria lícita, acostumbrado á ver en su tierra la guardia por todas partes.

En las puertas del cielo no veia centinelas, lo que le sorprendió, tratándose del palacio más augusto, y del monarca que está sobre los mundos. Creyó que el Angel no decia la verdad al prohibirle la entrada, ó que le habia dejado haciendo antesala por darse importancia

y mostrarle superioridad en punto á categoría ó celestial predicamento.

Pretendió colarse.

—¿Y qué?—se preguntó.—La casa del Señor, ¿no es templo abierto á todos los fieles? El Paraiso, ¿no es la verdadera casa del Señor?

Recordó aquello de «llama y te abrirán.» Tomó audacia, y llamó.

Abrióse la puerta y entró sin vacilar; pero á poco vino un Querube, que sin duda hacia las veces de conserje, y le pidió sus credenciales de bienaventurado, y como no las tenia, á pesar de haber sido tan manso en el mundo, pretendió echarle fuera.

La lumbre expléndida de aquellos portales y la mirada del Angel le habian deslumbrado, y sentia renovarse su temor, pesándole ya infinito su osadía; pero arrodillóse y suplicó que le dejasen ver, aunque fuese desde lejos, al Invisible.

En esto, el apóstol San Pedro, que allí junto se hallaba, salió del éxtasis contemplativo en que yacia, y al ver aquel osado intruso, le mandó apartarse de lugares tan sagrados.

Al oir esta órden Póstumo, imaginó despertar en favor suyo la bondad santa del Apóstol, y besando la orla de su túnica, le hizo presente que en todas ocasiones habia sido en la Tierra uno de sus devotos más ardientes, y que, aunque liberal y soñador, por especial veneracion hácia él, habia defendido siempre la santa legítimidad de su patrimonio en Roma.

—Señor Apóstol, añadió, yo soy una pobre criatura que desea alcanzar del Altísimo una leve concesion. Me llamo Póstumo, fuí hijo de mi padre y de mi madre, natural de Madrid, bautizado en una de sus parroquias,

y sanguijuela del Estado con 30.000 rs. de sueldo; habiendo quizá evitado á la nacion, con esta perenne sangría que le hice por algunos años asidua y eficazmente, la plétora monetaria que, sin tales desahogos, hubiera padecido. Ya veis que fuí para ella un servidor constante y provechoso.

No sabemos cómo pudo tener aquel espíritu tanta elocuencia, ni de dónde logró sacarla; pero es lo cierto que parecia en lo retórico y persuasivo, diputado de aquellas complacientes mayorías que defienden fervorosas la necesidad de los votos de confianza y autorizaciones.

El Apóstol hubo de conmoverse, porque siempre fué benévolo, y así le dijo:

—En vista de la defensa que aseguras haber hecho en todas ocasiones de mi sagrado patrimonio, ¡oh Póstumo! que fuiste en la Tierra hijo de tus padres, natural de Madrid, etc., y miembro desangrador del Estado con el sueldo de 30.000 chupadas por año, te permito la permanencia en esta sacra portería, ínterin torna tu Angel custodio con la resolucion que esperas. Quedas bajo mi proteccion, y voy á recomendarte al Ser Supremo.

Al decir esto, San Pedro escribió dos líneas, llamó á un Angel, y le encargó que fuese volando á deponer aquella súplica á los piés de su Majestad Divina.

De buena gana llevaríamos al lector hasta el trono del Altísimo, no tanto por darle la gloria, cuanto por disfrutarla tambien nosotros; pero no nos es dada esta doble ventura. Confórmese, por ahora, el lector con haber podido introducirse hasta la portería de aquella mansion egregia. Resígnese á la compañía de Póstumo, quien aguarda en tan buen lugar la vuelta de su

custodio y el resultado de su instancia, robustecida con la recomendacion del santo Apóstol.

No se hizo esperar demasiado el Angel, y ya era tiempo, porque Póstumo impacientábase de sobra, procurando en vano husmear al traves de las cortinas celestes que velaban á sus miradas curiosas tantos primores.

Llegó por fin el custodio, y le dijo:

—El Eterno, en su bondad infinita, y gracias á la intercesion de su muy amado Pedro, te otorga la merced que demandas, pero sin ejemplar; desea probarte que volviendo al mundo el mismo, tornarás á ser engañado como lo fuiste ántes. Besa el pié del santo Clavero y vámonos.

Hízolo Póstumo, mudo de contento, y recibiendo la bendicion del Santo Apóstol, partiéronse de allí para los limbos.

Despues de divagar un tanto por el espacio, llegaron á un limbo en donde se hallaba el Angel acomodador de los espíritus, con su oficina correspondiente.

CAPÍTULO X.

De lo que aconteció en la Direccion general de Encarnadores.

Entraron Póstumo y su custodio en la oficina que acabamos de mencionar, guardando el debido acatamiento al jefe de la misma, quien contestó á su saludo con cierto desden oficinocrático.

Una vez allí, pidiéronle un cuerpo conveniente á las miras de Póstumo.

Movió la cabeza el jefe de acomodadores en son de imposibilidad.

Mostráronle la augusta órden, apresuróse á obedecer, aunque no sin murmurar: «Es difícil.»

El acomodador obedecia siempre de mala gana las órdenes excepcionales, por el mayor trabajo que le ocasionaban.

—¡Caprichos de mortales!—añadió entre dientes.—¡Nunca están contentos!

Sin duda el oficio era sobrado fastidioso, hasta el punto de haber agriado un tanto el carácter angelical del acomodador. ¿Qué no seria obligándole á prescindir de la oficial rutina?

—Se quiere, expresó el Custodio, un cuerpo recien muerto, sin descomposicion aún, en que la lesion orgánica, si la hubiese, pueda ser pronto reparada. Ha de ser en Madrid, España, y que el difunto haya pertenecido al presupuesto del Estado, en categoría, por lo ménos, de 30.000 rs.

—Casi imposible es hallar lo que pedís, respondió con aspereza el acomodador. ¡Impertinencias! gruñó despues.

—Buscadle, replicó el Custodio inflexible, mostrando de nuevo la órden suprema.

—Supongo, añadió Póstumo, que aquí no habrá aquella fórmula de «se acata, pero no se cumple, que se usa en mi tierra de la Tierra. Eso seria traer á la Eternidad las extravagancias de la pobre gente de allá abajo, ó de allá arriba; porque, en verdad, me hallo tan desorientado, que no sé por dónde queda mi bendito planeta.

Examinó con mal gesto el acomodador de almas los registros terrenales, y ya perdia la esperanza de hallar lo que buscaba, cuando ¡zas! el telégrafo que unia misteriosamente aquel lugar con millones de mundos, y que

estaba comunicando de continuo los distintos fallecimientos, hasta el punto de no bastar millones de ángeles para tomar nota en aquellos registros, trasmitió desde la Tierra el telégrama siguiente:—«España. Madrid. Sisebuto 30.000 reales; repentina; vaso del cerebro roto.»

—¡Cómo! exclamó Póstumo, ¿ha muerto mi rival?

—Ya encontramos lo que conviene, añadió el Custodio; un cuerpo casi intacto, de tu categoría y lugar, y calentito aún.

—Pero ¿cómo ha sido eso? replicó Póstumo estupefacto.

Y el Custodio le mostró un cristal á manera de espejo, de los muchos que habia en aquel inmenso Limbo, y vió en él sin sucesion de tiempo y de una manera simultánea, lo que anhelaba saber.

Sisebuto habia ocupado su empleo, se habia casado con Elisa, y en grave camorra que le armaron esta y su madre doña Facunda, en cuyo lance estuvo á punto de ser arañado suegrilmente, rompiósele un vaso del cerebro, muriendo en el acto. Aconteció esto en la calle, ocasionado quién sabe por qué asunto de joyas que Elisa queria comprar á toda costa y nada á gusto de su marido.

Habian llevado el cuerpo al hospital de San Cárlos para hacerle la debida autopsia. En el momento en que Póstumo le vió, se hallaba aquel tendido en el anfiteatro, tan desnudo, mondo y lirondo como sin duda le parió su madre.

—Van á hacerle ya la autopsia, gritó Póstumo; mandad que aguarden, que suspendan.

—Tiene razon mi ahijado, añadió el Custodio; porque, una vez abiertas las tres cavidades, como se prac-

tica en tales casos, quedaria el cuerpo todo estropeado y muy difícil de soldarse sin que se conociera.

—Ved, repuso el acomodador, el trabajo que dan las excepciones. Ante todo debe oficiarse al director general de encarnaduras para que borre del escalafon de aspirantes á este caballero; enviar inmediatamente á la Tierra un soldador de cuerpos que aderece el vaso roto, y un introductor de almas bastante hábil para que introduzca en un cuerpo ya formado y duro el espíritu de este buen señor.

—¿Hay más que hacerlo ántes que el muerto se enfrie, y cumplir al pié de la letra la suprema órden? replicó el Custodio de Póstumo, amostazado ya con tantas dificultades.

En cuanto á Póstumo, feliz con haber hallado un cuerpo en las condiciones que lo apetecia, y que fuese el de su rival, fijábase tan sólo en las peripecias favorables que le prometia aquella circunstancia, sin caer por lo pronto en los inconvenientes que semejante sustitucion pudiera ocasionarle.

Llenáronse todos los trámites con la presteza que los sucesos requerian, y dirigiéronse á la capital de España, Póstumo, su Custodio y un Espíritu cirujano soldador, llegando al hospital de San Cárlos más veloces que la luz, y sin ser vistos, gracias á su espiritualidad.

El cirujano soldador, que hará tambien las veces de introductor, por haberse brindado á cumplir ademas estas funciones, es el espíritu de Dupuytren, á quien por su ciencia se le ha reservado en los Limbos para casos idénticos. Verdad es que allí, con la lucidez propia de su naturaleza, ha podido aprender mucho más, extendiendo en gran manera sus conocimientos quirúr-

gicos. Ahora sabe y puede verificar operacion tan delicada como la que se le confía.

Olvidábamos decir que, ántes de emprender el viaje á la Tierra la espiritual comitiva, pasó lo que vamos á referir, pues de no hacerlo así, apareceria tal vez como incompleta nuestra verídica, aunque increible, narracion.

Póstumo indicó al Angel, que acaso habria sucedido á Sisebuto lo que á él, que despues de muerto se halló por muchas horas dentro de su cadáver y como vivo. Convino en esto el Custodio, manifestándole que tenia razon y que hacia bien en haberlo advertido á tiempo, porque así acontecia con algunos espíritus remolones, que no querian dejar buenamente el mundo; cosa que se les consiente, ya por no ser necesaria su pronta presentacion en los Limbos de cesantes, ya porque al cabo tienen que abandonar, hora más ó ménos tarde y por inútil, el cuerpo en que habitaron.

—Haremos la evocacion de Sisebuto, añadió el Angel custodio.

—Sí, evocadle; replicó Póstumo. Yo fuí evocado en la mesa del café, y acudí con mi cadáver; por cierto que mi mano, por lo pesada, dió testimonio de que era carne, aunque muerta, y no *periespíritu*, como se llama en los Limbos á esa *carne aparente* que en la Tierra no conocí.

—La evocacion aquella, replicó el Angel, fué hecha desde el mismo mundo; pues si te la hubieran hecho desde los Limbos, habrias tenido que dejar el cuerpo en el baile y acudir al llamamiento extramundanal en el instante.

—Pues entónces no le evoqueis aún, porque no querria encontrarme aquí con él; me veria precisado á dar un escándalo en estas sagradas regiones, si bien no al-

canzo cómo podrian dos espíritus puros irse á las manos en son de pelea.

—Sea como gustes, dijo el Angel.

Referida esta conferencia, que, como se ha dicho, verificóse ántes de salir de los Limbos, vamos á contar lo que pasó luego que llegaron los tres Espíritus al hospital de San Cárlos de Madrid.

CAPÍTULO XI.

En que se verá una operacion quirúrgica como cosa de magia.

Tendido y enteramente desnudo se hallaba el cuerpo de Sisebuto sobre la mesa de diseccion, si bien á la llegada de los tres seres etéreos, aún no habia comenzado la autopsia, gracias á la presteza con que aquellos anduvieron, ó porque el doctor, dispuesto ya para ejecutar la operacion, entreteníase en preparar á sus discípulos con aquellas disertaciones de lucimiento en tales casos. La muerte repentina es siempre asunto de grave interés para la clínica. La falange de alumnos escuchaba atenta, y rodeaba al profesor, estrechando cada vez más el círculo. El doctor iba ya á poner manos á la obra.

En este instante fué cuando llegaron al anfiteatro los etéreos, que muy previsores anduvieron en no llevar *periespíritus*, pues hubieran podido ser reconocidos por algun *vidente*, que, tan comunes ya, no faltan en ninguna parte.

El espíritu de Dupuytren se coló por un oido del difunto y alojóse en el encéfalo. A poco exclamó con voz del otro mundo y en lengua límbica ó limbáica:

—Ya está soldado el vaso; voy á dar curso á la sangre.

—Listo, dijo el Angel á Póstumo.

—Pero aquí, añadió Dupuytren, está todavía el Espíritu del muerto. ¡Fuera de aquí! gritó como si luchara con aquel dentro del cadáver.

—Señores, dijo el doctor de San Cárlos á sus discípulos, me parece que he oido hablar dentro del muerto; lo juraria.

—Así es, exclamaron varios.

—Y áun parece que se mueve el cadáver, añadieron otros.

En efecto, el cadáver se movia; y era el espíritu de Sisebuto que no queria salir de la humana concha.

—¡Tate! dijo el doctor pulsándole. ¡Hay pulso y la sangre circula.

—Sr. Custodio, exclamó Dupuytren desde dentro, llame V. á ese caballero que se ha metido en un rincon del occipucio y no quiere salir.

El Angel comprendió lo que pasaba, y comenzó á evocar á Sisebuto *límbicamente* y con empeño.

—¡Pronto! venga dentro el nuevo espíritu, gritó Dupuytren, que voy á poner en movimiento la vida de relacion. Ya están en juego los hornillos pulmonales, y el corazon va á entrar en juego inmediatamente.

—¡Y va calentándose! repuso el doctor de San Cárlos lleno de admiracion. ¡Es singular!... ¡Creo que está vivo!...

—¡Es verdad! exclamaron los discípulos estupefactos.

—¿Por dónde me meto? preguntó Póstumo con ansiedad.

—Por la boca, por la nariz, por un poro cualquiera; por el conducto más próximo y expedito.

—Señores, ¿qué es esto? dijo el doctor vivo. Este

cadáver tiene dentro á más de uno, porque hace rato que estoy oyendo más de una voz; un diálogo, ó mejor dicho, un altercado perfecto. Los pulmones del muerto se mueven; el corazon se agita: ¡está vivo!

El espíritu de Póstumo, ayudado por el Custodio, se coló por la abertura que encontró más próxima, y salió Dupuytren trayendo consigo al espíritu remolon, que en vano queria desobedecer á la evocacion del otro mundo.

—No me iré, exclamaba Sisebuto ya fuera del cuerpo en que se removia su rival.

Sin duda intentaba promover escándalo aquel espíritu aragonés, ó vizcaino por lo terco.

El doctor vivo continuaba auscultando el cuerpo, cuando de pronto recibió tal golpe con el pecho de este, que hubo de apoyarse en las piernas del mismo para no caer.

El cuerpo de Sisebuto acababa de sentarse abriendo tamaños ojos y diciendo á los atónitos circunstantes:

—¡Caballeros, buenos dias!

—¡Vivo, vivo! gritaron retrocediendo todos con espanto.

—¡Ese cuerpo es mio! clamó el espíritu de Sisebuto; pero el Angel le arrastraba á su pesar.

No era la primera vez que los doctores y estudiantes de San Cárlos presenciaban aparentes resurrecciones; pero ninguna tan extraña. Por poco superticiosos que fuesen; que no suelen serlo mucho los cirujanos, tan desconocidos incidentes, como todo lo inexplicable, despertaba en sus ánimos la *maravillosidad*. Excitada esta, el terror se abrió paso, y no faltó quien murmurase que allí andaba suelto aquel en quien tal vez no creian: ¡el diablo!

—Sí, señores, continuó el resucitado, soy nada ménos que Póstumo, natural de Madrid y ex-empleado con 30.000, que vuelvo al mundo, merced á la bondad de Dios y con su real permiso.

—¡Se ha vuelto loco! ¡delira! gritó uno de los presentes.

—Á sangrarle, añadió el doctor.

—Ni por pienso, rugió el resucitado, lanzándose fuera de la marmórea mesa en que habia estado tendido.

—¡Amarrarle! exclamaron varios; ¿pues no dice que es Póstumo, cuando todos sabemos que se llama Sisebuto?

—Eso es lo que no podeis comprender, replicó Póstumo.

—¡Está loco! ¡amarrarle! gritaron todos.

Póstumo, al ver que iba de veras lo de amarrarle, saltó, derribó á los más próximos, y desnudo como se hallaba, salió corriendo de la sala y del hospital.

En esto, ya fuera del mundo y arrastrado el Espíritu de Sisebuto por el Custodio de su rival, decia resistiendo con indignacion y llanto:

—¡Lanzarme de mi cuerpo! Tanto vale un alma como otra, y tales preferencias son injustas. Si no era más que por un vaso roto, bien podian haberle soldado para mí. Voy á apelar de esa providencia.

Así bufaba el incorpóreo ó desincorporado Sisebuto, perdiéndose con su Angel conductor en el espacio.

En cuanto á Póstumo, corria á puto el postre por la calle de Atocha hácia la de Carretas, produciendo por calles y plazas el alboroto que es de suponerse.

No era la primera vez que los buenos vecinos de la coronada villa habian presenciado la carrera de un

Adan; pero desde que el amante de la bella Salada hizo su inesperada excursion en traje del Paraiso, anterior, por supuesto, á la comida de la manzana, no se habia vuelto á ver otro loco callejero en traza semejante.

Acaso convendrá decir, sin que se tache de inverosímil nuestra historia, que ya comenzaba á ocasionarse grande alarma, parecida á la que produjo Adan, el susodicho, cuando se apoderaron de Póstumo dos salvaguardias. Metiéronle en el portal que más cercano habia, ocultándole de este modo á las miradas de la multitud curiosa. Harto plugo al fugitivo esta detencion inesperada, corrido ya de verse examinar y perseguir de aquella manera por los desocupados.

Al principio sólo habia pensado en correr instintivamente hácia su casa, temeroso ante todo de las gentes del hospital, que imaginaba le seguian amenazándole con sangrías y ligaduras, que no eran en manera alguna de su gusto, y que juzgaba no merecer. Luego pensó refugiarse en alguna casa ó tienda de las muchas que hallaba al paso; pero las unas se le cerraban, repelianle de las otras, y de algunas le dispararon muebles para ahuyentarle; así, pues, cedió con grandísima voluntad y hasta con gratitud á la presion de los salvaguardias, quienes le procuraban un refugio que tanto habia menester.

Era la hora en que la multitud ociosa, que en Madrid no es grande que digamos, suele irse de paseo; hora que se extiende á todo el dia. ¡Qué rubor para tanta señorita casta y tanta matrona púdica, sorprendidas de mala manera en medio de la calle por aquel hombre al natural, verdadero Adan sin atavíos! ¡Cuánto grito de espanto! ¡Cuántas Evas fugitivas! ¡Cuántas Evas desmayadas! Desde que por haber comido la manzana homicida per

dieron aquellas la inocencia innata, sustituyéndola con las rosas del pudor... ¡qué escándalo, qué escándalo!

En cuanto á los varones, gritaban y corrian sin asustarse, y hasta reian muchos impúdicos; empero los papás, siempre severos, exclamaban afanosos: «Niñas, volved la cara; ¡qué indecencia! Y ¿qué se ha hecho la policía?»

Llenáronse las casas de socorro de damas estropeadas, temerosas y pudibundizadas. El mayor número de las que se desmayaron por acceso de rubor fueron matronas. ¡Un loco desnudo! ¡Qué horror! Estaban tan alteradas y enrojecidas, que fué forzoso aplicarles la sangría. Todas exclamaban: «Yo no le he visto,» y luego añadian: «En mi vida he visto cosa semejante; ¡qué escándalo!»

Allí estaba quizá la mujer del regidor de que habla el Diablo Mundo, pero ¡eran tantas á quienes podia decirse: ¡oh incansable virtud de la matrona!

No es pecadillo nuestro si da en parecerse tanto en este punto la inaudita historia que narramos al poema, por desgracia no acabado, de Espronceda. Siempre que se trate de algun rejuvenecido ó de algun resucitado en cuerpo ajeno, habrá de acontecer lo propio. Tal podria decirse tambien de la novela de Soulié *¡Si la jeunese savait!* cuyo protagonista es exactamente el viejo hecho jóven del Diablo Mundo. Uno de los dos ha plagiado al otro, ó ambos han plagiado á Goethe. Llámese esto imitacion más ó ménos intencional; nada echamos en cara á los imitadores, absueltos por su ingenio sobradísimo. Nuestro Póstumo no tiene de comun con el susodicho Adan otra cosa que las carreras al desnudo por las calles de la muy heróica villa. ¡Ojalá pudiese compararse siquiera remotamente á algunas de las infinitas bellezas

que á manera de piedras preciosas esmaltan los fragmentos del Diablo Mundo, bellísima corona del cisne de Extremadura! Tampoco lo pretendemos, conformándose nuestra relacion con sus modestas aspiraciones.

Volviendo á Póstumo, arrepentíase ya de haberse vestido el carnal ropaje de Sisebuto. Jadeante, magulladas sus espinillas por algun taburete arrojádole en la carrera, aguardó, tranquilizándose en lo posible, la inquisitiva del juzgado, que no tardó en constituirse allí, en vista del escándalo que se habia producido.

CAPÍTULO XII.

Curiosa série de preguntas, resueltas con estupendas revelaciones.

El Juez:—¿Quién es V. y cómo se llama?

Póstumo:—Soy evidentemente un hombre, me llamo Póstumo, hijo de mi padre y de mi madre, natural de Madrid y vecino de idem, empleado en Administracion con la categoría, goces y derechos concernientes á un sueldo de 30.000 reales.

El Juez:—¿Su domicilio?

Póstumo:—Viví en la plaza de Oriente, núm. 7.

El Juez:—¿Y ahora?

Póstumo:—En ninguna parte.

El Juez:—¡Cómo!

Póstumo:—Soy recien llegado, y no he tenido tiempo de buscar habitacion.

El Juez:—¿De dónde viene V.?

Póstumo:—Del otro mundo.

El Juez:—Usted se burla. Cuidadito con el Saladero. A ver su pasaporte.

Póstumo:—No se usan en el Limbo de donde vengo.

Allí, como en otros paises, hay completa libertad de locomocion.

El Juez:—Repito que V. pretende burlarse del Tribunal.

Póstumo:—No, señor, no me chanceo: digo la verdad cuando V. S. me la pregunta, y profeso demasiado respeto á la autoridad para no hablar en sério.

El Juez:—Entónces está V. loco.

Póstumo:—Así parece, señor; pero no es verdad. Yo me morí hace pocos dias, y el Señor, apiadado de mis súplicas, me ha permitido resucitar.

El Juez (al Escribano):—Este hombre está loco.

El Escribano:—Indudablemente, segun las apariencias.

El Juez:—Es menester llevarle á una casa de orates.

Póstumo:—Señores, estoy tan cuerdo como cualquiera otro, por más qne mis aventuras ó desventuras parezcan increibles... Ya voy palpando los inconvenientes que lleva consigo una resurreccion.

El Juez:—¿Y quién puede creerlo? ¿Pretende V. que le tengamos por un sér milagroso?

Póstumo:—No pretendo tal, pero hallo la cosa muy sencilla. Si quiere V. S. ver si estoy ó no cuerdo, sírvase mandar que me reconozcan los facultativos. Por lo pronto, puedo hacer presente á V. S., probándole con esto mi cordura, que si alcanzo poco en materia de tramitacion legal, no dejo de reconocer que está V. S. fallando respecto de mí ántes de haber evacuado citas, ántes de cerrar el sumario, y sin que haya nombrado defensor.

El Juez:—¿Cómo se atreve V. á enmendarme la plana?

Póstumo:—No, señor; pero creo que V. S. ha decidido que estoy loco y...

El Juez:—¿Qué más?

Póstumo:—Que debe llevárseme al Hospicio.

El Juez:—¿Y bien?

Póstumo:—Me parece que lo primero debe ser averiguar y lo segundo fallar; ya ve V. S. que estando todavía en el sumario, no es tiempo aún de dictar sentencia.

El Juez:—Tiene V. razon, si es que puede tenerla un loco; por tal debe tomarse á quien se da por resucitado en una época en que no ocurren esas cosas.

Póstumo:—Sí; pero es V. S. juez y no médico: estos son los que deben dar su dictámen en la materia y V. S. oirles ántes de fallar. El exámen de los hechos y las pruebas deben preceder al fallo.

El Juez:—Es verdad; pero dificulto que haya médico que asegure que está V. en su juicio.

Póstumo:—Por lo pronto, no se ha llenado la primera diligencia, que era la de buscar una capa que me cubriera. De este modo se evitarian la vergüenza y el frio para mí y el escándalo para los demas. Yo creo que cubrir la decencia pública debiera haber sido la primera diligencia de este proceso.

El Juez:—¡Me está V. reconviniendo!

Póstumo:—No es reconvenir á V. S.; es advertirle que tengo frio y me avergüenza estar llamando la atencion de tanto curioso.

El Juez (á un polizonte):—Haga V. despejar y que traigan una capa para este hombre.

Cumpliéronse estas órdenes, y Póstumo dió las gracias.

Llegaron á poco, por llamamiento del Tribunal, el portero de la casa citada como ex-morada de Póstumo y su mujer, portero-hembra.

El Juez (á ellos):—¿Conocen Vds. á este individuo?

La Portera (asustada):—¡Qué veo!... ¡Don Sisebuto!...

El Portero (horripilado):—¡Vivo!... ¡vivo! ¿Usted no se murió?... ¡Oí decir que habia V. muerto!...

La Portera (retrocediendo):—¡Jesus!... ¡Jesus! De parte de Dios te pido...

Cuadro general de horror.—Disgusto de Póstumo.—Sorpresa del juez.

El Juez:—Decididamente estos tambien están locos.

La Portera:—¡Qué! no señor... ¡El señor está ó estuvo muerto!...

El Portero:—Sí, señor... sí, señor.

Póstumo:—Pues qué, Juana, ¿no me conoce V.? Soy Póstumo, no Sisebuto.

Al oir esto creció de todo punto el terror de los porteros, y poco les faltó para echar á correr.

Póstumo:—Soy Póstumo resucitado.

Los porteros dieron á correr.

El Juez (á los alguaciles):—Detenedles, y que cese esta broma. ¡Burlas conmigo! Yo les enseñaré á jugarse con la autoridad. A ver: todos presos.

Apresurábanse á cumplir los polizontes; pero detuviéronse el portero y su mujer con cada vello como un huso, pálidos como la muerte, y en son de volver á tomar las de Villadiego.

El Juez:—Ya ve V. cómo se responde á sus citas.

Póstumo, cada vez más confuso, no acertaba á explicarse. ¿Quién habia de comprender tan disparatadas aventuras?

En vano referia los pormenores de su historia de ultra-tumba; mientras más le oian, más crecia la conusion.

¡Morirse como Póstumo, y resucitar como Sisebuto! Si hubiese habido allí algun *espiritista*, á pesar de la novedad del caso, tal vez hubiese dado alguna luz á situacion tan tenebrosa.

El Juez (enfurecido):—Ahora digo y afirmo que no está V. loco. Todo ese tejido de embustes inverosímiles me está probando que es V. un criminal que, detenido al ejecutar sus planes, pretende ahora pasar por loco, y evitar el fallo de la justicia. V. huia desnudo, porque quién sabe de dónde salia, cogido acaso infraganti en la perpetracion de algun delito. (A los polizontes.) Llevadle preso hasta que se aclaren estos embustes.

Grande era la agonía y sobresalto de nuestro amigo al verse tratar de aquel modo. Sabia lo que eran expedientes, y comprendia que iban, como suele decirse, á podrirle en la cárcel. ¿Para esto habia vuelto al mundo? Estaba escrito que éste habia de tratarle siempre mal.

Iba por tanto á ejecutarse el mandato del juez, cuando una dama, toda angustiada y llorosa, se presentó en los umbrales, corriendo hácia Póstumo.

—¡Esposo mio! exclamó.

El Juez:—¡Su esposo! ¡Otra tenemos!

Al ver Póstumo á Elisa, pues tal era la dama, y que intentaba arrojarse á sus brazos con gran vehemencia, quiso impedirlo; pero hubo de hacerlo de tal modo y tan bruscamente, que la capa, único traje que le cubria, vino al suelo, con gran rubor de la dama y de la portera. ¡Elisa! exclamó aquel confuso y sorprendido, y apresuróse á cubrirse de nuevo con la indiscreta capa.

—¡Sisebuto de mi alma! dijo Elisa intentando otra vez abrazarle.

Póstumo la rechazó, diciendo:

—No, señora; no soy vuestro Sisebuto. Soy aquel Póstumo á quien prometiais llorar eternamente.

Elisa se detuvo pálida de sorpresa y de terror.

—¡Otra peripecia! gritó el juez.

Todos los circunstantes contemplaban esta escena espeluznados.

El Juez:—¿En qué quedamos, señora? ¿Es su esposo de V. ó nó? ¿Es Póstumo ó Sisebuto? ¿Por ventura tiene V. á un tiempo dos maridos?

Elisa bajó los ojos avergonzada. No comprendia jota de lo que estaba pasando. ¿Llamarse Póstumo, Sisebuto? ¡Qué mar de confusiones en su cabeza!

El Juez.—Se acaba ya mi paciencia. Señora, ¿está usted tambien loca como ese hombre y como todos aquí?... Sí, todos, porque creo que tambien me estoy volviendo tal...

Póstumo, aunque á punto de desesperarse, resolvió pasar por lo que quisiesen, por loco ó por criminal, por Póstumo ó por Sisebuto. Al ver que Elisa le tomaba por este, haciéndole tales demostraciones de cariño, estuvo á punto de morir otra vez, de celos y de ira. ¡Y creia odiarla! ¡Misterios del amor celoso!

—Señora, exclamó, no soy Sisebuto; soy el alma de Póstumo en el cuerpo de aquel, por concesion de Dios. Los dos morimos, y Dios me permitió resucitar en el cuerpo de mi enemigo para venir á ajustar á V. las cuentas en este mundo.

Como Elisa era *espiritista*, comprendió ó afectó comprender en el momento toda esta série de inverosimilitudes. Por otra parte, ella los habia perdido á entrambos, no habia tenido tiempo de recuperarlos, y lo mismo le daba uno que otro. Para marido, segun ella,

cualquiera de los dos era bueno, y áun el tal Póstumo parecia mejor, como más cándido.

Cuando este iba corriendo por las calles, hallábase ella detras de los cristales de su balcon, á donde habia acudido al oir el alboroto. ¿No era hija de Eva, y como tal, curiosa? Pasó nuestro héroe por la calle, y como era natural, pareciósele á Sisebuto, su querido esposo; é imaginándose que este habia vuelto á la vida en el Hospital, envió á su criado Camueso á averiguar quién era aquella semejanza de Sisebuto que tal escándalo producia. Siguióle el eficaz sirviente, y averiguó que era su amo, á quien la policía acababa de apresar. Al saber esto Elisa, se lanzó á buscarle, y hallóle precisamente en el momento y forma que ya hemos visto.

—Señora, ¿qué dice V. á todo esto? exclamó el juez iracundo.

—Que de todos modos, es mi marido, respondió Elisa, y luego añadió, acercándose al oido del juez: Señor, es D. Sisebuto, como dicen estos porteros, como digo yo y como testificará todo el mundo, pero no haga V. S. caso de sus palabras. Supóngase V. S. que él ha pasado por muerto y que en el Hospital, ya desnudo para hacerle la autopsia, como acontece con los que mueren de repente, sobre todo en la calle, ha vuelto en sí. No debe, pues, extrañarse que esté su juicio un poco alterado y hable cosas incomprensibles. Permita V. S. que me le lleve á casa para prodigarle, como esposa, los cuidados que reclama.

Y volviéndose á Póstumo, le dijo: Sí, esposo mio, ven á tu casa, en donde tu buena consorte velará por tí; ya que Dios ha permitido que vuelva á verte.

Póstumo sentia contra Elisa los furores de la hidrofobia; pero comprendiendo que su apoyo era el único

medio de salir de tan embarazosa situacion, resignóse y dejóse conducir por ella, resuelto á recobrar su desdeñosa actitud luego que se viese libre de aquel penoso trance.

Conformóse gustoso el juez, al considerar las confusiones de que se libraba. Esta ocasion era harto buena para deshacerse de un negocio que, por lo extraño, amenazaba con grave exposicion su fama de entendido.

Los presenciales quedaron entre sorprendidos y estupefactos. Nada comprendian.

Elisa y Póstumo Ensisebutado, ó Sisebuto Empostumado, salieron para subir al carruaje, que en breve les condujo á casa de la primera.

CAPÍTULO XIII.

De cómo el cuerpo de Sisebuto no estaba conforme con la Empostumacion.

Cuando iban en el coche los dos esposos, si así podemos llamarles, no mostraban ambos el mismo aspecto conyugal. Elisa se deshacia en halagos, en tanto que Póstumo la rechazaba, apellidándola infiel, ingrata y pérfida, como si cada uno de estos adjetivos no bastase.

En cuanto á la dama, se decia á sí misma: «¿Quién sabe si es Sisebuto, como lo parece su cuerpo, y quiere probarme haciéndose el Póstumo celoso? ¿Si será en efecto Póstumo que se ha metido en el cuerpo vacío de Sisebuto para ponerme en confusiones?»—Ya hemos dicho que era *espiritista*, y considerada en su círculo como verdadero *medium-vidente*; en su calidad de tal, no le parecia imposible aquella rara metempsícosis.

Al ver que su adlátere, con apariencias de Sisebuto, se enfurecia cada vez que le llamaba así, resolvió no

darle ninguno de los dos nombres, para lo cual las palabras *esposo mio*, *amado mio* podian servirle eficazmente, fuese quien fuese aquel; y aun se inclinó, por último, á creer que fuese Póstumo, al observar que era mayor el encono de la víctima cuando le nombraba «Sisebuto.» Ademas, de algo habia de servirla su incuestionable perspicacia; y advirtió en aquel individuo tantos rasgos del carácter de Póstumo, que dedujo, que si el cuerpo era ó parecia de Sisebuto, el carácter estaba cortado á lo Póstumo. Dióse trazas para que éste, á pesar de su furia, le contase, aunque á grandes rasgos, y en medio de mil apóstrofes contra ella, sus aventuras de ultratumba y su prodigiosa manera de volver al mundo en el cuerpo de Sisebuto. Y ella, en su *espiritismo*, hallólo todo verisímil, ratificóse en su creencia, reconoció á su primera víctima, y consagróse á aplacar, con conocimiento de causa, los *postúmicos* furores. Contaba para ello con el inmenso amor del desdeñoso, quien al cabo se amansaria. El amor es talisman que, en manos hábiles, produce maravillas.

Y en verdad que aquel caballero tornaba al mundo tan cándido como era. De lo contrario, no hubiese anulado de aquel modo la magnífica posicion que ocupaba para vengarse de Elisa. Dejándola en la creencia de que era Sisebuto, ella hubiese sido la engañada, y él habria podido, á su tiempo, descubrirse, con verdadero chasco de la incauta. Pero optó por el apóstrofe en sério. Al hacer de nuevo el Amadeo quejumbroso ó el Otelo enfurecido, dióla de qué reir; y puesta en guardia con el conocimiento de la verdad, pudo ejecutar cómodamente y á sus anchas su papel de Armida engañadora. La verdad sincera pierde con frecuencia la superioridad ante el artero disimulo.

Pero Póstumo era demasiado leal para pasar ni un solo instante por lo que no era, sobre todo por su rival, á quien aborrecia.

Para esto hubiera sido preciso algun grave motivo, ó tal vez la desesperacion absoluta á que áun no habia llegado.

Y todavía ocurrió otro incidente curioso en este lance, y fué que en una de sus imprecaciones maldijo Póstumo á Sisebuto, y al lanzar la maldicion, sintió que se le clavaban como alfileres por todo el cuerpo, haciéndole dar un ¡ay! desgarrador.

—¿Qué tienes, esposo mio? exclamó la bella dándola de asustadiza.

—Nada, sin duda los nervios, respondió el resucitado. ¡Ya se ve! como no estoy acostumbrado á este cuerpo maldito... ¡ay, ay!—gritó de nuevo—no conozco sus mañas, que Dios confunda... ¡ay! gritó otra vez.

Es decir, que sentia el mismo fenómeno de alfilerazos cada vez que murmuraba del cuerpo de su rival, y llegó á comprenderlo así.—Tal era otra de las contras de su resurreccion en cuerpo ajeno, y sobre todo, enemigo.

En esto llegaron á la casa de Elisa ó de Sisebuto, en la Carrera de San Gerónimo, número que no importa, la cual era de buena apariencia.

Allí puso Elisa á Póstumo en posesion de todo, como dueño que era del hogar doméstico; pero él, á pesar de aquella sumision conyugal de su ex-amada, la dijo:

—Señora, no soy esposo de V., ni he vuelto al mundo como sustituto de un rival odiado. Así, me voy y la dejo á V. Lo único que aceptaré será un vestido de aquel hombre á quien llamó V. su esposo, para poder lanzarme ahora mismo á la calle en busca de otro hogar

ménos envenenado para mí. No debo ni quiero tener nada de aquel hombre, y lo devolveré, ya que, por mi desgracia, me obliga á admitirlo la desnudez absoluta en que se encuentra este maldito cuerpo... ¡ay, ay!—gritó retorciéndose y saltando convulsivo, al sentir los pellizcos y punzadas de ántes.—Está visto,—añadió,—que habré de resignarme, y no nombrar á ese diablo de hombre... ¡ay, ay!—tornó á chillar.

—Esposo mio, exclamó Elisa al ver que su esposo persistia en su plan de abandonarla,—¿te sigue la inquietud de los nervios? ¿Quieres flor de tilo, valeriana, agua de Melisa?... ¡Ay! Póstumo de mi alma, no puedo resignarme á que me dejes.

—Pues así tiene que ser... Adios, señora.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?... Mira que voy á desesperarme.

—Ya encontrarás otro infame Sisebuto... ¡ay, ay!... que te consuele... ¡Adios, adios!

—¿Conque no te veré jamas?... ¿Ahora que Dios te restituyó á la vida?... ¡Ah, desdichada de mí! ¡Has vuelto al mundo para hacerme más desgraciada!... ¡Ingrato!

—Sí, anda, vete al baile; allí podrás aturdirte bailando, dejándote hacer el amor para consolar tus penas... ¡Oh! para curarlas, para el olvido, nada mejor que el baile y un pretendiente.

Entónces salió la madre de Elisa enfurecida.

—¿Quién profiere contra mi hija tales injurias?... ¿Qué veo? ¡Sisebuto!—gritó la vieja, y cayó desmayada haciendo la cruz con el índice y pulgar de entrambas manos.

Elisa estaba demasiado ocupada con Póstumo, quien se aprovechaba del desmayo de la suegra para huir de aquella casa y evitar una escena suegril que le repug-

naba, por lo que no pudo atender á su madre. Al ver esta que nadie la hacia caso, volvió en sí, cuando Póstumo, sin aguardar los vestidos, y envuelto en su capa, se deslizaba por la escalera, lanzándose á la calle en pos de un almacen de ropa hecha. Vestirse era lo principal. ¿Cómo presentarse en traje de Adan en ninguna parte?

En cuanto á Elisa, volvióse á su madre, desesperada y reconviniéndola de este modo:

—Usted tiene la culpa, mamá: ¿no la dije que era demasiado pronto el dia de su muerte para ir al baile, sobre todo cuando no estaba enterrado aún?

—¿Qué dices?

—Me vió en las máscaras del Teatro Real.

—¿Quién?

—Póstumo.

—¿Cómo Póstumo?

—Póstumo que acaba de resucitar en el cuerpo de Sisebuto.

—¡Imposible!

—No, señora... Todo lo puede Dios.

—Eso no se ha visto nunca.

—No lo han visto los ciegos.

—¿Yo ciega? A pesar de la edad, mis ojos ven lo que pocas.

—Pero no es V. *medium-vidente*. Para ellos no hay nada oculto, y perciben estas cosas singulares que á los demas parecen imposibles.

—Pero...

—Es Póstumo. Su carácter lo está diciendo.

—Yo juraria que es Sisebuto.

—Error; puro error.

—¡Cómo!

—Pura apariencia.

—Y en fin...

—Me vió en el baile del Teatro Real, como V. tambien pudo verle; pero se empeñó V. en que habia de casarme con Sisebuto inmediatamente.

—¿Y quién habia de imaginar que resucitaria, y sobre todo en el cuerpo del otro? Queria yo que tuvieses monte-pío, y no era cosa de dejar que el novio se muriese sin ser marido, como aconteció con Póstumo. Ya que habia en cántaro un Sisebuto que atrapaba, por muerte de aquel, los 30.000 reales, tanto valia uno como otro; el sueldo y categoría eran los mismos. No parecia justo dejar que la muerte se le llevase por casualidad tambien sin ser marido. Ya, en siéndolo, era otra cosa. Fué, pues, cariño maternal y nada más. Con el primero nada te quedó; el segundo te ha dejado una pension que mañana mismo voy á reclamar. No habia muchos Póstumos ni Sisebutos en el mundo, y si éste tambien se moria ántes de la boda...

—¿Cree V. que no hay muchos Póstumos y Sisebutos en el mundo? Pues á una mujer que sabe pescar con dos anzuelos, como yo, no es fácil dejarla para tia. Pero tanta precipitacion me ha traido este disgusto.

—Dí lo que quieras; con mi experiencia te voy sacando adelante.

—Muy bien me saca V. adelante. Ya V. ve: si Póstumo no cede, voy á quedarme viuda y casada á un tiempo. Todo el mundo le tendrá por mi marido que murió de mentirijillas. ¿Querrán creer que un Sisebuto sea un Póstumo en el cuerpo de aquel?

—¿No dices que hay tantos *videntes* para quienes tales cosas son naturalísimas?

—Por desgracia, muy pocos. Ahora, no sólo me que-

do sin marido, sino que, vivo éste, me quedo sin pension.

—Ya arreglaremos eso. ¿Pues qué? ¿No hay más que quitarle á una viuda sus derechos adquiridos? Sostendremos que Sisebuto murió, y puesto que este mismo dice que no es tu esposo, seguirás siendo viuda.

—¿Y si por hacerme mal, afirma que es el verdadero Sisebuto mi esposo? ¡Se muestra tan ansioso de vengarse!...

—El es un gaznápiro, un candidote, y no se le ocurrirá semejante cosa.

—¿Y si le ocurriere?

—Sostendremos que está muerto, ó que es impostor.

—¿Y si no podemos probarlo?

—Entónces, puesto que afirma que es Sisebuto, tiene que ser tu marido, como consta ante la Iglesia; exigiremos que te pase los alimentos, y tu monte-pio está asegurado. El no puede rechazarte ni probarte falta alguna.

—Pero miéntras tanto viviré sin marido; muerta de tristeza en un rincon.

—Y yo, ¿cómo vivo?

—Pero V ya no es jóven, mamá. ¿Cómo podré vivir con la tercera parte del sueldo, ó con la mitad, cuando me formaba la ilusion de que volveria á tener marido y sueldo entero?

—En fin, es preciso conformarse. Por lo pronto, has debido hacer que el criado le siguiese, para saber á dónde va á parar y qué pasos dá.

—Voy á hacerlo, mamá; tiene V. razon.

Y Elisa, llamando al fiel criado, le dió las oportunas instrucciones. Era todo un buen servidor el excelente Camueso, que así se llamaba; el mismo que ántes habia

practicado otra comision semejante. Camueso echóse á andar con toda diligencia.

CAPÍTULO XIV.

Gran mojiconada ocurrida por haberse alojado un alma proba en la carne de un tramposo.

Luego que Póstumo se vió en la calle, comenzaron de nuevo los apuros. ¿A dónde ir en semejante estado de desnudez y sin un cuarto? Porque claro es, que del otro mundo no se trae diacro; siempre de un modo ó de otro, se viene desnudo; y en este orbe y probablemente en todos, el dinero es artículo de primerísima necesidad. ¿A dónde ir, pues, tan doblemente desnudo; es decir, de cuerpo y de bolsillo?

Amostazado estaba ya de que al atrevesar calles tan concurridas, todo el mundo le mirase, y por mucho que quisiese cubrirse con la capa (que, sea dicho de paso, fueron los polizontes á buscar á casa de Elisa y tuvo ella que pagar), no podia ménos de dejarse de fuera las piernas y piés completamente desnudos; y como iba asi mismo sin sombrero, llamaba mucho más la atencion pública.

Comenzaba á seguirle una turba de chicos y de ociosos de todas clases, sexos y cataduras, quienes, juzgándole demente por lo ménos, hollaban ya sus talones, aumentándose aquellos á manera de alud.

Quiso tomar algun simon, pero ¿con qué dinero alquilarle? Las capas no suelen tener bolsillos.

Pensó en irse á su antigua casa; pero ya podia convencerse de que allí no le reconocian. Ademas, el portero de la misma se habia apropiado su ropa, y áun te-

nia puesta parte de ella cuando fué Póstumo con el juez. En cuanto á su dinero y demas alhajas... ¿cómo habian de aceptarle por vivo sus herederos, cuando tanta cuenta les tenia darle por muerto?

Trató de ver si hallaba entre los transeuntes algun rostro amigo... ¡Disparate! Sólo sorpresas ofrecia, y esto á los amigos de Sisebuto, quienes no veian otra cara que la de éste. Entónces, al asegurarles él que era Póstumo en tal facha y en cuerpo ajeno, retrocedian, tomándole por loco, cuando no le comian á preguntas embarazosas.

Soplaba á todo esto un fresco cefirillo de Guadarrama, muy propio de la estacion primaveral en que pasa esta positiva historia, lo que no dejaba de hacer tiritar á nuestro hombre, dado su ligero atavío.

Si para evitar tan poco gratas impresiones trataba de embozarse demasiado, exponíase á dejar al descubierto mayor parte de las piernas, si es que al correr con el fin de calentarse un tanto y librarse del tropel de curiosos que le acosaba, no se veia expuesta la persona corporal de Sisebuto á una exhibicion completa causada por el violento desembozo.

En fin, resolvió escurrirse hácia la calle de Preciados, pues todo esto pasaba en la mismísima Puerta del Sol, casino de laboriosos, con intento de llegarse á un almacen de ropas que no le era desconocido. Entróse allí, siendo menester que la presencia de algunos salvaguardias ahuyentase la multitud. Esta, pertinaz como casi siempre, pretendia no abandonar aquel extravagante objeto de sus miradas y rechiflas.

Un dependiente (con gran sorpresa).—¡Sr. D. Sisebuto!.. Anoche leimos en *La Correspondencia* que habia V. muerto de repente.

Póstumo.—Está V. equivocado; no soy D. Sisebuto; soy Póstumo su antiguo conocido.

Dependiente (con ojos espantados).—¡Cómo!!

Póstumo.—Si, señor; no se fie V. de las apariencias.

Dependiente.—¿Pero está V. vivo?

Póstumo.—Tan vivo como V. Pálpeme, si gusta.

Dependiente (aterrorizado.)—¡Dios me libre!

Póstumo.—No hay que asustarse. Todo ello es muy natural, y debe V. creerme, á pesar de esta apariencia que aborrezco... ¡ay! ¡ay!.. ¡otra vez los alfilerazos!..

El dependiente retrocedió horrorizado al ver las convulsiones de Póstumo.

Póstumo.—No se alarme V.: son los nervios... estos nervios malditos... ¡ay! Sin duda ha quedado en este cuerpo algun trozo del espíritu de aquel miserable... ¡ay! ¡ay!

El dependiente estaba á punto de pedir socorro.

Póstumo (fastidiado.)—En fin, sea yo quien sea, déme V. un traje completo de caballero.

Dependiente.—Corro á servir á V. (A ver si se va pronto este buen señor, ó voy á dejarle la tienda.)

Sacó alguna ropa, probósela Póstumo, y aceptóla mala ó buena: no estaba para calmas.

Dependiente (con los dientes castañeteando.)—Apropósito... Sr.... D. Sisebuto...

Póstumo.—Póstumo, querrá V. decir.

Dependiente.—Como V. guste. Ambos veníais aquí á vestiros algunas veces; por cierto que en más de una ocasion pagó el uno por el otro... ¡Erais tan amigos!

Póstumo.—¿Uno por otro? Dice V. mal: yo por él... miserable... ¡ay!

Dependiente.—Si, eso es... Pues bien, aquí tiene V.

una cuentecita... seis mil y pico de reales que nos quedó V. debiendo.

Postumo.—¿Quién, yo? Pagué todas mis cuentas ántes de morir.

Dependiente.—Lo encargaria V. á sus albaceas, y no han cumplido su mandato.

Póstumo.—¿A ver?.. pero aquí dice...

Dependiente.—D. Sisebuto... eso es.

Póstumo.— ¡Siempre ese maldito! ¡ay! ¡ay!

El hortera retrocedió de nuevo.

Póstumo.—Yo no debo nada; no, señor. Pues bueno fuera que le pagase tambien sus deudas. No, señor: esto á los albaceas ó viuda de ese caballero, que Dios confunda... ¡ay! ¡ay!

Dependiente (en el colmo del terror.)—Caballero, disimule V. si insisto... pero...

Póstumo.—¡Cómo!

Dependiente (para sí.)—Sin duda esta es una treta del tal D. Sisebuto para no pagar. ¡Venirse dando ahora por su amigo, que de bastantes apuros le sacó! Vaya, pues, el terror á un lado, y que pague. *(A Póstumo.)*—Creo, caballero, que V. debe pagar esta cuenta.

Póstumo.—¿Qué dice V.?

Dependiente.—Que no me parece que debe V. tratar de engañarme, diciéndome que es su amigo D. Póstumo.

Póstumo (indignado.)¿—Por quien me toma V? ¿Tengo cara de tramposo?

Dependiente.—No, señor; le tomo por quien es: por D. Sisebuto. No me cuela eso de que sea V. su amigo D. Póstumo. Conocí bien á entrambos, y les distinguiria muy bien, aunque se hubiesen muerto cien veces. V., D. Sisebuto es más guapo de figura; pero el D. Póstumo era más exacto en el cumplimiento de sus compromisos.

Toda comparacion es odiosa. La superioridad moral no consoló á nuestro hombre de su inferioridad física. Así, replicó más furioso aún.

Póstumo.—Pues no le pago á V. esa cuenta.

Dependiente.—Pues no saldrá V. del establecimiento sin dejar esa ropa. Llamaré al principal, pediré auxilio á la policía.

Conoció Póstumo que arreciaba la tempestad, sin blanca en los bolsillos ni en el mundo para conjurar sus efectos. Era forzoso pagar la ropa que tenia puesta, ó quedarse otra vez desnudo. Chasco sobre chasco. ¡Y él que contaba con que allí le reconocerian por Póstumo, tan acreditado como buena paga! ¿Qué le valia su fama de honrado, si al cambiar de carne la veia sepultada con su antiguo cuerpo? Si la honra es un mérito del alma, ¿por qué no habria de servirle dentro de cualquiera cuerpo?

El dependiente.—Conque á pagar, caballero. Vea usted lo que hace; pero la ropa que ahora lleva no se apunta como de fiado. No estamos para fiar á V. más, ya que tan difícil es el cobro, y hasta niega V. su persona para rechazar la deuda.

Póstumo sudaba, se enfurecia y reflexionaba.

En esto presentóse Camueso, el criado de Elisa.

Camueso.—*(Queriendo abrazarle.)* ¡Amo mio!

Póstumo.—No lo soy, aunque lo parezca.

Dependiente.—¡Hasta con los suyos pretende guardar el incógnito!...

Póstumo.—*(Estallando de cólera.)* Basta ya. V. me insulta, y voy á probarle que no soy manco.

Y así diciendo, empuñó una vara de medir que por allí habia, y atacó al dependiente, quien á su vez trató de defenderse pidiendo auxilio á sus compañeros. Caye-

ron estos sobre Póstumo con tal granizada de puñetazos, que no bastaba la voz del principal ó dueño de la tienda para aplacar sus iras. Desgañitábase aquel en vano por restablecer el órden, que tanto convenia á un establecimiento público. Rodaba ya alguno medio estropeado, pues Camueso se habia puesto de parte del que juzgaba su amo Sisebuto, y secundaba la lluvia de palos que aquel repartia á manera de molinete. Formábase ya un monton de muebles rotos, previas algunas descalabraduras por ambas partes. Pisoteadas yacian las piezas de ropa en que abundaba el almacen, y que, como armas arrojadizas más á mano, se habian comenzado á tirar unos á otros, teniendo el mismo principal que emprenderla á palos con sus propios dependientes, que, léjos de mirar por los intereses de la casa, arrebatados de furia, trataban aquello como campo realengo. Y gracias que no ocurrió á alguno poner mano á las tijeras, de tanto uso allí; pero casi todos estaban harto empeñados en la lucha, sin que Póstumo y Camueso les diesen lugar para tomar otras armas que las ropas y taburetes, que eran lo más próximo, ya atacando, ya en defensa, ya en son de mediadores. Y si á alguno ocurrió empuñar aquel arma sastreril, hízolo sin duda para mantenerse á retaguardia y puramente á la defensiva; porque el dueño de la casa, que en todo estaba, trató de impedir, en lo posible, la efusion de sangre, con el consiguiente proceso criminal á su costa. ¡Oh! ¡maravillosa serenidad de propietario! Y cuéntase que desde el principio habia enviado por algunos salvaguardias, que no tardarian en presentarse.

En tanto, continuaba la gresca, y en vano trataban ya algunos, incluso Camueso, de poner la paz. Nuestro ex-difunto tenia un ojo aporreado, la cabeza estropeada,

y magullada una espinilla; pero bien habia vengado estos descalabros con más de cuatro roturas y otros daños por el estilo.

Camueso no estaba del todo mal: tenia tambien su media docena de chichones, comenzando por la frente, en cuyo centro le habian plantado uno tan peregrino, que, semejando un nuevo ojo, le hacia aparecer como verdadero Cíclope.

Llegaron los salvaguardias, y despues de un altercado en que todos se daban la razon, se convencieron aquellos de que el ataque habia partido de Póstumo. No lo negó éste, gritando: «que todavía estaba dispuesto á hacer más en toda ocasion semejante.» ¡Haberle llamado petardista, á él, al honrado Póstumo!

Lleváronle al juzgado. El juez, al ver á Póstumo otra vez ante su presencia; al enterarse de su nueva fechoría; y sobre todo, al oir que se expresaba siempre con los mismos *quid pro quos*, empeñado en sostener que era un hombre resucitado en cuerpo ajeno, y que estaba en contradiccion hasta con su criado; el juez, decimos, que no era ni con mucho espiritista y que por lo tanto no se explicaba tales misterios, exclamó:

—¡No decia yo que estaba loco este hombre!

En seguida puso por auto la convocacion de facultativos para su reconocimiento.

Una vez enterados los médicos de cuanto habia pasado con el juez en su primera entrevista y despues en la tienda de ropas; pero sobre todo al ver la tenacidad de Póstumo en sostener que era un ser de ultra-tumba, et cétera, con todos aquellos guiños y contorsiones cada vez que nombraba de mala manera á Sisebuto, convinieron en lo que el juez decia, y estamparon la siguiente declaracion, que puso el escribano por diligencia.

«En el mismo dia se presentaron á virtud del auto y notificacion que preceden, los doctores en medicina y cirugía D. José Matasanos, alópata, D. Roque Globulillos, homeópata, y D. Pedro Quiebrahuesos, burrópata, y despues de haber examinado al individuo que motiva estas diligencias, que dice llamarse Don Póstumo, hijo de su padre y de su madre, que afirma ser procedente de la eternidad, resucitado, segun dice, en el cuerpo que fué de un Sr. D. Sisebuto, empleado en rentas nacionales con la categoría, goces y derechos concernientes á un sueldo anual de 30.000 reales, ya difunto, y como tal, cesante en dicho empleo, por haber pasado en calidad de muerto al otro mundo, declararon los susodichos facultativos: que el mencionado D. Póstumo Sisebutado, ó D. Sisebuto Empostumado, se halla demente monomaníaco, con propension á accesos de furioso cada vez que se le contradice en su manía, tendiendo á la epilepsia, como puede verse por sus continuos saltos y contorsiones, cual si le clavasen alfileres en las carnes. Esto contribuye á explicar su monomanía, indicando desde luego un estado espasmódico general ó neurósis completa, producido ó sostenido por alguna lesion ó excitacion del cerebro y médula espinal; por lo cual opinan que convendria llevarle á una casa de orates y someterle allí al tratamiento indicado para tales dolencias. Así lo declararon los expresados doctores, ante mí el escribano, de que doy fé.—Toribio Papelones y Mascostas.

Con este motivo, el juez dictó auto de sobreseimiento, ordenando que se condujese á Póstumo á una casa de locos, con apercibimiento al dependiente que motivó la reyerta. Condenóse al pago de costas y perjuicios á quien correspondiese, dejando á salvo á la verdadera víctima,

al dueño del almacen, su accion para reclamar los últimos, con arreglo á derecho.

Condújose á Póstumo al hospital de locos, y en cuanto al criado, se le dejó libre con los golpes y magulladuras sufridas, en atencion á no haber tomado parte en la riña sino con la intencion y objeto de mediar y evitarla. Marchóse á participar á su ama lo acontecido, no sin despojarse con ojos llorosos de afecto, de su mal reloj y de algunas monedas que contenian sus bolsillos, para ponerlas en manos de Póstumo, diciéndole:

—Usted necesita más que yo de dinero en estos momentos, señorito, y le doy lo que tengo; yo se lo contaré todo á la señorita, para que haga cuanto pueda por usted.

—Lo acepto, buen Camueso, como prestado. Por rigurosa necesidad admito te despojes de tu corto peculio; pero ten entendido, que no soy tu amo sino en la apariencia.

—¡Siempre lo mismo! murmuró el pobre Camueso con tristeza. ¡Qué lástima, tan buen juicio como tenia!

Y se alejó suspirando.

Luego que llegó Póstumo á la casa de locos, entregó al jefe del establecimiento, en calidad de depósito, el reloj y las monedas que le habia dado Camueso.

—Ya se conoce que es cuerdo al tratarse de su hacienda, balbuceó el dicho jefe.

Por lo que hace á las contusiones que Póstumo habia recibido en el almacen de ropas, quiso curárselas el cirujano de la casa; pero él no lo consintió, aunque le dolian. Consolábase con que al cabo era el cuerpo de Sisebuto el que las habia recibido. Con esto se acabaron de convencer los circunstantes de que estaba loco rematado.

Cortáronle el pelo al rape, y comenzó el tratamiento hidropático, sometiéndole al chorro de las duchas dos ó tres veces al dia; operacion desagradable, sobre todo en la estacion de primavera en que esto pasaba. ¡Pobre Postumo, cuál tiritaba demandando piedad bajo el potente chorro de agua fria! Esto sin contar otros fuertes revulsivos ordenados por el dicho tratamiento.

CAPITULO XV.

Continuan las consecuencias de la resurreccion en cuerpo ajeno.

Varios eran los socios de nuestro amigo Póstumo en aquel establecimiento, quienes vinieron sucesivamente hácia él, que triste en un rincon cavilaba sobre su suerte y lamentábase de haber vuelto al mundo para salir más trasquilado que la vez primera. En el corto tiempo que llevaba de nueva existencia, tan sólo disgustos, contrariedades, humillaciones, desengaños, porrazos y chorros habia recibido. Su única satisfaccion, si así podia llamarse, era la de haber rechazado á la ingrata Elisa, teniendo ocasion de echarle en cara su infame inconsecuencia; pero ¡cuán doloroso no habia sido esto mismo para él! Áun la amaba, y más que ántes al verla tan hermosa y bajo el prisma de los celos que tanto embellecen al objeto amado. Miéntras más queria olvidarla y despreciarla, más tiranizado se hallaba su corazon por aquel diabólico influjo: siempre le ejerce la mujer voluble y astuta sobre un espíritu débil y apasionado. Y aquella satisfaccion, que así la llamaba para consolarse, ¿á costa de cuántos disgustos no habia sido comprada? Condenado á vivir en el cuerpo de su enemigo, estaba en guerra consigo propio, pues ya aquel cuerpo era

suyo, aunque sólo fuera para atormentarle. Lo que debe extrañarse es que él, que la echaba de filósofo á la fuerza en muchas ocasiones, no se hubiese convencido de que aquella guerra con su cuerpo era inútil martirio, resignándose á adoptarle por amigo. De este modo, y reconciliado su espíritu rebelde con la carne que habia servido á otro sér, se estableceria al cabo una armonía que no pudo ser preestablecida. Entónces, aceptada como natural consecuencia y sin esfuerzo su nueva situacion, acaso todo le saldria bien, ó por lo ménos al derecho, sin estar expuesto á pasar por loco y sin esperanza de ser feliz en el mundo.

Sobre todo, ¡si pudiese olvidar á Elisa! La memoria de ésta le absorbia mal de su grado, entristeciéndole y debilitando sus propósitos de desdeñarla.

En estas meditaciones melancólicas se hallaba sumido, cuando vió que se le acercaba un consocio; es decir, otro loco, casi desnudo, y cuyo aspecto revelaba antecedentes de persona bien avenida con las delicadezas de una buena posicion social. Tales eran sus maneras en los momentos de reposo, la blancura de sus carnes y la gentileza de sus facciones, á pesar de las consecuencias del extravío mental y estado deplorable en que se encontraba su persona. Su barba y cabellos largos y enmarañados estaban ya casi blancos, no por la edad, que podria ser como de cincuenta años, aunque al pronto representaba mucho más.

—Buenos dias, amigo, dijo á Póstumo. Parece que no está V. contento, añadió al notar que aquel tenia los ojos anegados en lágrimas; y luego, viendo que callaba, se sentó á su lado y comenzó á hablarle en esta forma:

—Que mujer pobre acepte la mano de hombre opulento, cuando el enlace ha sido aconsejado por los Espí-

ritus, lo comprendo, y así debiera ser; pero ¿cómo calificar á la tonta de mi sobrina que se ha empeñado en casarse, y se ha casado la muy ingrata con un hombre tan pobre como ella? ¡Desairar de ese modo el porvenir que mi mano y riquezas la ofrecian! ¡Qué! ¿Nada me dice V. á esto? ¿Cómo calificar semejante conducta? ¿No es ella una verdadera tonta y hasta infame?

—No estoy enterado, caballero, de sus cuitas, respondió Póstumo, que bastante tenia con las suyas.

Sin embargo, como su natural era bueno y estaba triste, creyó ver en su interpelante un compañero de infortunio, acaso como él tomado por loco injustamente, y concluyó por prestarle alguna atencion.

—Ya se ve que no está V. bien enterado, insistió el desconocido. De lo contrario, habríame concedido la razon. Sepa V. que soy muy rico y mi sobrina muy pobre. Yo la amaba, ó mejor dicho, habiendo consultado á los Espíritus, el de Kaifás, que es grande amigo mio, pues cada vez que le invoco me responde, me aconsejó que debia casarme con la tal sobrina por convenir á ella y á mí, y que de no hacerlo, nos sobrevendrian muchas desgracias. Se lo propuse y se negó á la boda; insistí y se negó de nuevo, manifestándome que preferia casarse con un tal Iro, otro tan badulaque y desvalido como ella. Esperaba la muy necia ser más feliz con él que conmigo; con él que es un pobre diablo; y esto, á pesar de las predicciones del Espíritu mi amigo. ¡Desairarme así; y lo que es más, burlarse de las predicciones espiritualistas! ¡Que obcecacion! Ni ruegos ni amenazas valieron, y casóse al cabo la muy taimada. Dejóme abandonado á las iras de los Espíritus. Desde entónces no he tenido momento de reposo; mi tristeza mermaba mi vida, y un dia, despues de consultar á mi benévolo Kaifás,

intenté matar á entrambos pérfidos. Impidiéronlo algunos por desgracia, y... asómbrese V., me han traido aquí por loco, como si no fuese más cuerdo que aquel bribon que me ha robado la felicidad, y aquella necia que ha preferido la pobreza con un badulaque, á la riqueza y felicidad conmigo.

Calló el viejo, y al ver que Póstumo guardaba silencio, le preguntó:

—¿No es verdad que son unos infames?

Póstumo, que era naturalmente generoso, sintió algun interés hácia aquella que tan poco se parecia á Elisa, y exclamó:

—Ya veo que todas no son como esa mujer fatal, pero hay otros mucho más afortunados que yo.

—¿Fatal dice V?.. Infame, digo yo; gritó el viejo.

—No hablo de la sobrina de V., repuso Póstumo. Me refiero á una falsa mujer que ya quisiera parecérsele. Admiro su desinterés, y no veo que tenga V. motivos para llamarla inicua, cuando ha sido tan leal con el que adora. ¿Que cosa más natural? ¡Que es V. rico y su rival pobre! ¿Qué estimacion mereceria de los hombres honrados, si optando por las riquezas de V. le hubiera preferido? Es V., por lo tanto, injusto en no ver las cosas como debiera. Ella es una joya rara que sólo bendiciones merece. ¡Ojalá que otras se le hubiesen parecido!

El viejo le oia y le miraba miéntras estuvo hablando Póstumo, y sus ojos se iban enrojeciendo y creciendo hasta ponerse como dos nueces; sus facciones se fueron alterando, y de sus labios brotó la espuma del hidrófobo; y cuando Póstumo, sin fijarse en estos pormenores, concluyó su relacion, el viejo exclamó furioso:

—Ella es una infame, y tú tan odioso como mi rival.

Y cayendo sobre Póstumo, atrapóle por el cuello y

dió con él en tierra. Nuestro amigo, poco ménos que ahogándose, rugía; el loco apretaba más y más, y aquí terminára nuestra historia con la segunda muerte de su héroe malhadado, á no intervenir á tiempo los loqueros.

Póstumo, aunque asaz maltraido, juzgóse resucitado de nuevo al verse libre de aquellas feroces garras.

Luego que hubo pasado la tormenta, resolvió esquivar el peligroso trato de aquellas gentes, y con tales miras trató de aislarse en un rincon de la espaciosa galeria; pero áun allí fué á perseguirle la desgracia. Esta tenia la forma de hombre como la anterior. Frisaba en edad, al parecer, con los cuarenta años.

Seco y avellanado como el héroe de la Mancha, casi desnudo, habíase hecho de la manta un vestido, á manera de clámide, y encorozado su cabeza con un gorro de papel á guisa de sombrero apuntado, que con plumas de gallo por adorno, se tornaba más grotesco. Decíase Felipe II de España, quien, segun sus explicaciones, habia vuelto á la tierra á continuar su obra de hacer felices á los españoles.

Siempre habia sido aquel hombre inclinado á lo maravilloso y muy dado á la admiracion de los héroes y glorias nacionales. Desde el momento en que, por su desgracia ó su felicidad (pues no sabemos si ciertos semilocos son más felices, cuando pasan por cuerdos que cuando se declaran rematados), se puso en boga el *espiritismo* con sus mesas parlantes y sus demas *medium* intuitivos y videntes, sintió halagada su maravillosidad por estos fenómenos sorprendentes, y hubo de tomarlo con tal empeño, que no se hacia revelacion *espiritista* que no convirtiese en sustancia de su gusto, que en todo cabe la exageracion.

Acaso sus amigos, por via de mofa, contribuyeron á

exaltar su locura; pero es lo cierto, que al cabo de algunas sesiones, quedó verdaderamente trastornado su cerebro; consultada una vez la mesa respecto de su primitivo estado, los Espíritus hubieron de revelarle que en otra época habia sido ni más ni ménos que su augusto héroe D. Felipe II. Creyólo á pié juntillas. ¿Cómo dudarlo, cuando quizás sus simpatías por aquel personaje y su amor decidido hácia el siglo XVI, no eran otra cosa que reminiscencias de su antiguo sér? Concluyó por creer que era en efecto Felipe II que volvia á España en son de reclamar su trono y realizar sus sueños de monarquía universal. Desde entónces no dió pié con bola, como suele decirse, y trató de mostrarse como tal Rey, dispuesto á imponerse á palos, si necesario fuese. ¡Y cómo se pavoneaba cuando pasaba los umbrales del Escorial, recreándose en su obra! ¡Y cómo se lamentaba de que los sucesores no hubiesen sabido mantener tradiciones tan gloriosas! ¿Qué habeis hecho, preguntaba en todas partes y gritando como un energúmeno, de aquella armada invencible, de aquel Santo Tribunal, de aquellas gabelas y alcabalas que os impuse y de aquellos dominios en que no se ponia el Sol?

Con escándalos tales, desconociendo los infieles vasallos á su más glorioso rey, dieron con su cuerpo augusto en aquella casa, en donde él se juzgaba en su palacio.

Iguales apóstrofes dirigió al aporreado Póstumo, quién al ver delante de sí á aquel caballero de tan tristísima figura, tembló de piés á cabeza recordando las uñas del anterior orate, y temiendo la renovacion de una escena tan penosa.

—Bien venido, le dijo el de las plumas con cierta orgullosa benevolencia, á los piés del monarca del uni-

verso, mantenedor de la fe católica en todos los lugares que alumbra el Sol. Si vienes á pedir que haga la paz con la loba libidinosa, con el hereje Enrique, ó con los vencidos en Lepanto, te equivocas. Nada de paz con los enemigos de mi trono, con los que se oponen á que yo extienda mi cetro del uno al otro confin del universo. Las hogueras del Santo Oficio darán respuesta á tus necias pretensiones. ¿Vienes á pedirme clemencia para el rebelde Nassau ó para sus heréticos secuaces? Que venga Alba á darte tu merecido; ¡pronto! de lo contrario, ¡pobre de tí!

Y así diciendo, lanzóse sobre el asustado Póstumo, que á no gritar desesperado, hubiera sucumbido entre las manos de aquel furioso! Casi estuvo por creerle verdaderamente el espectro del terrible monarca al sentir en el cuello sus garras formidables.

Y decia furibundo el loco:—Muere, villano; hereje, malandrin, muere; apretando á más y mejor; y Póstumo exclamaba semiahogado;—No soy hereje, sino cristiano viejo y buen católico; nunca he sido rebelde; soy, por el contrario, Póstumo, aunque no lo parezco.

—Confiesa que eres hereje, gritaba el loco.

—Si, todo lo que quiera Vuestra Sacra Majestad; soy hasta... Sisebuto.

—¡Sisebuto!.. ¡Un rey godo!

—Posterior á Recaredo; replicó Póstumo casi espirante.

—Eso dices tú, arriano pertinaz, muere mil veces.

Y hubiera muerto, que poco faltaba, á no haber venido el loquero, látigo en ristre, á ahuyentar al rey presunto y á todos los demas que acudian en son de guerra, embravecidos contra Póstumo. Este, como loco más

moderno en el hospicio, parecia tener ménos títulos á su furiosa consideracion.

Cada cual se fué á su escondrijo; pero apénas se hubo retirado el loquero, cuando he aquí que se presenta á nuestro hombre otro loco, cuya manía no era ménos singular que las anteriores, si bien era más pacífico su aspecto.

—Oye, le dijo á Póstumo su nuevo interlocutor, ¿eres Espíritu?

—Así lo creyera, repondió aquel, á no sentir tan magullado este infame cuerpo... ¡ay! ¡ay!

—¿Qué te pasa? exclamó el loco; ¿Tienes sabañones en todo el cuerpo, ó qué diablo de tarántula es esa que te acomete?

—Son estos odiosos nervios... ¡ay!

—Mira, yo no tengo nervios, ni nada de eso. Yo soy un Espíritu... ¿No crees en los Espíritus?

—Recuerdo que mi novia creia. Por lo que á mi hace, soy capaz de creer ya en todo, desde que veo las maravillas que me están pasando.

—Espera, dijo el loco. ¿No oyes? Me están evocando... Como soy Espíritu, penetro á traves de los cuerpos. ¡Allá voy! gritó, y dando á correr inesperadamente, llevóse de encuentro á Póstumo. Este cayó sin sentido, sirviendo de pavimento al hombre-espíritu, quién fué á romperse la crisma contra la próxima pared del patio, que intentaba atravesar.

CAPITULO XVI.

La señora de Doble Anzuelo tiende su caña.

Cuando el asendereado Póstumo volvió en sí, se halló en la enfermería, y allí á su lado, compasiva y afectuo-

sa... ¿á quién? ¿Quién, lectores?... Su Elisa, nada ménos que Elisa, que venia á sacarle de aquel encierro: su ángel salvador, que por segunda vez le libraba de las uñas que le oprimian.

Veamos cómo ocurrió esto.

Apénas supo Elisa que su esposo (en cuerpo si no en alma) habia ido á parar á la casa de locos, cuando calando su elegante mantilla, y ataviándose de la manera más seductora que pudo, se dirigió á casa del señor don Cósmico, alto funcionario á quien no conocia personalmente, pero que era el llamado á servirla en esta ocasion.

La entrevista se verificó de la manera siguiente:

Despues de las salutaciones de estilo, sentóse la bella, y Cósmico, perdiendo un tanto de su gravedad oficial, hízolo á su lado.

Luego que D. Cósmico, el mismo que con el propio nombre figuró en el relato del ángel Custodio, examinó con curiosa mirada á la beldad suplicante, reconoció en ella, con su memoria omnipotente, á la hermosa Fiametta, heroina de Boccacio, de aquel famoso cuento que transcribe Ariosto.

Elisa:—Caballero, aunque no tengo el gusto de conocer á V...

Cósmico:—No diré yo á V. otro tanto, puesto que la tengo por una antigua é íntima amiga mia.

Elisa:—Ignoro cómo puede ser eso; pero para el caso tanto mejor. Le vengo á pedir merced, y debo alegrarme de no dar con un desconocido. Así estará V. más obligado á servirme.

Cósmico:—Bien, ya lo veremos.

Elisa:—Yo soy Elisa de Doble Anzuelo, familia ilustre de España, que desciende en línea recta de Tubal,

aquel que, segun dicen, fué el primero que vino á esta hermosa tierra.

Cósmico:—Usted se llamó Fiametta en otra parte.

Elisa:—Si lo fuí, no lo recuerdo. Los espíritus, á quienes he consultado más de una vez acerca de mi procedencia, no me han respondido satisfactoriamente; todo lo más que en esto han podido declararme, es que procedo de este mismo mundo, y que fuí pescador en no sé qué otro lugar.

Cósmico:—De ahí le vendrá á V. alguna aficion á los mariscos.

Elisa:—En efecto; no me desagradan.

Cósmico:—Y será V. aficionada á pescar con caña.

Elisa.—No niego que me guste la pesca; pero como tengo el genio algo vivo, y para el caso se requiere sobrada calma, yo siempre que me doy á este género de solaz, lo hago con dos.

Cósmico:—¡Con dos!

Elisa:—Sí, señor; con dos anzuelos, aunque sólo fuera por guardar la debida consecuencia á mi apellido.

Cósmico:—Es verdad. Continúe V. consultando á los espíritus, y verá V. como se llamó Fiametta. Luego de averiguado esto, indague V. si Fiametta recordaria á su amante, y si tiene presente la triple aventura que de aquella se cuenta.

Elisa:—Bien, así lo haré. Pero por ahora me limito á tratar del asunto que me ha traido aquí.

Cósmico:—Estoy á las órdenes de V. y deseo servirla con toda eficacia.

Elisa:—Soy la esposa del Sr. D. Sisebuto, empleado en el ramo de V.

Cósmico:—¡Cómo! ¿No murió?

Elisa.—Fué sólo un accidente en que le dieron por tal; pero ha vuelto en sí.

Cósmico:—¿Y bien?

Elisa:—Espero que V. no habrá aún provisto su plaza.

Cósmico (*tirando del cordon de la campanilla):*—Ahora lo veremos.

Elisa:—Yo creia que debia V. estar bastante informado.

Cósmico:—¿Qué quiere V? Un ministro no puede estarlo. Harto tiene que hacer con sostenerse. Hoy se me prepara una gorda en el Congreso, que acaso me obligue á hacer dimision.

Un portero entrando.

Cósmico :—(*Al mismo.*) Al Señor Bucólica.

Sale el portero.

Cósmico :—Pues no crea V., Señora, que la hago poco favor en creerla á V. la metensícosis de Fiametta, pues aunque no fuese dama del tono de V., era sin embargo hermosísima. Tengo gratos recuerdos de ella, y al advertir en V. ciertos traeres parecidos á los suyos, he sentido renovarse en mí la simpatia que aquella me inspiró en otra época. De esto hace tiempo. Supóngase V. que entónces vivia yo por la centésima vez, y ahora cuento doscientas existencias más.

Elisa:—Es decir que vive V. ahora su vida número *trescientos*.....¡Trescientas vidas!...

Cósmico:—Y todas ellas á cuestas.

Elisa:—¿Cómo?

Cósmico:—Todas ellas presentes por concesion de Dios.

Elisa:—¿Y no le produce confusion una multiplicidad semejante?

Cósmico:—Algunas veces; pero el manejo del Estado es tan fácil para un hombre tan dúctil como yo! Si el alma pudiera ser de alguna materia, juzgara que la mia es de goma elástica.

Elisa:—De suerte que sabrá V. mucho. Eso de no olvidar lo aprendido en tantas existencias! Yo, ¡mísera de mí! que no he vivido más que una sola! Y aunque así no fuera, ¿de qué me sirven las anteriores si no las recuerdo?

Cósmico:—Sin embargo, al ver la discrecion de V. se creeria que no ha bebido las aguas del Leteo.

Elisa:—Es V. muy galante.

Cósmico:—Justicia para con la perspicacia de V., visible en esos bellos ojos y en la manera inteligente con que brota la palabra de esos labios de rosa.

Elisa:—Muchas gracias, amigo mio; pero insisto en creer que con tantas experiencias acumuladas por parte de V., con el ejercicio de su inteligencia al traves de tantos mundos, sin que las repetidas veces que ha muerto hayan podido ofrecer la solucion de continuidad que es un verdadero Leteo, será V., como se dice vulgarmente, un pozo de ciencia.

Cósmico:—Tengo la suficiente para manejar estos negocios; aunque la circunstancia de vivir con tantas vidas en una sola, no deja de ofrecer algunos inconvenientes. Por lo pronto, mi carácter es tan complexo, que con dificultad podria determinar su base.

Entró el Sr. Bucólica, jefe de seccion.

Era hombre gordo; sentábale harto bien el pasto oficial, segun las apariencias.

Cósmico:—Amigo mio, necesito saber si se ha provisto la plaza del marido de esta señora.

Bucólica:—¿Y quién fué ese caballero?

Elisa: — Don Sisebuto.

Bucólica: — Ah! sí señora, porque eran tantos los pretendientes!

Elisa: — Pero eso es insufrible.

Bucólica: — Como murió........

Elisa: — No señor, fué sólo un accidente, y hoy está tan vivo como V.

Bucólica: — Ya supe que resucitó.

Elisa: — Y entónces, ¿por qué ha provisto su empleo?

Bucólica: — ¡Qué queria V., señora! Se descuidó, y el que se muere de broma, de broma pierde el puesto. No estamos para despreciar la vacante de un empleo, ni los pretendientes bien recomendados, aguardan á saber si se murió á medias ó del todo. ¡Hay tantos compromisos!......

Elisa: — Pero eso no puede ser.

Cósmico: — Vea V., Sr. Bucólica, el modo de complacer á esta señora, con cuya amistad me honro hace muchísimos años. Tengo el más vivo interes en ello. Es preciso servirla.

Bucólica: — Yo estoy dispuesto á complacer á V. E.; pero es el caso que no hay medio.....

Elisa: — Bien; por ahora lo que me interesa es sacarle de la casa de locos.

Bucólica: — ¡Cómo! ¿su marido de V. está.....

Elisa: — En Leganés. De resultas del accidente ha quedado algo alterado su juicio; y yo quiero que ante todo, se me autorice para sacarle de allí y llevarle conmigo á casa, en donde me prometo curarle.

Bucólica: — Voy inmediatamente á servir á V.

(Vase Bucólica.)

Cósmico: — Ya ve V. que pronto será complacida,

Elisa: — Sí, en eso sí; pero en lo del empleo....

Cósmico:—Tambien se hará.

Elisa:—¿Pero cómo, si no hay vacante?

Cósmico:—En eso se para V.?... La habrá.

Elisa:—¿Cómo?...

Cósmico:—¿Olvida V. que un ministro es un Creador en pequeño? El que quiera convencerse de ello que venga, y le mostraré cómo se puede hacer algo de nada.

Elisa:—Pero está V. para dimitir su cargo, y...

Cósmico:—No importa: le tendré presente en mi testamento ministerial.

Elisa:—¿Aun cuando no haya recobrado del todo la razon?

Cósmico:—¿Para qué se necesita eso? ¿V. no ha leido en algunos periódicos todos los dias, que la Razon no vale cosa mayor, y que suele extraviar al género humano? Además, sin ella se puede servir bien al Estado; la intencion es lo que vale. La obediencia pasiva es el principio del deber. No; yo no quiero empleados que tengan más Razon que la de sus jefes. El que manda, manda; y cartuchera en el cañon. ¿Opinioncillas aquí? No, señora. Por consiguiente, su marido de V. será repuesto.

Bucólica (*entrando*):—Todo está arreglado, y dentro de dos horas tendrá V. en su casa la autorizacion de quien corresponda para llevarse consigo á su señor esposo.

Elisa:—Bien; muchas gracias. Carrera de San Gerónimo, número... oye V.?

Bucólica:—Si señora, no lo olvidaré.

(Vase el je e de seccion.)

Elisa:—Ahora Sr. D. Cósmico, me despido fiada en su promesa respecto á la reposicion de mi marido.

Cósmico:—Descuide V., señora, pues mal podria olvidar sus negocios, quien la tiene tan presente y queda penando por V.

Elisa:—Está V. muy lisonjero, y olvida mi estado y mis deberes.

Cósmico:—Muy al contrario; siempre hallará V. respetuoso á quien como yo anhela encadenar los impulsos de su corazon, si le es posible.

Elisa:—Yo celebro por mi parte esta entrevista que me proporciona la adquisicion de un buen amigo.

Cósmico:—¿Amigo?

Elisa:—Es lo único que puedo ofrecer á V. sin sonrojarme: ¿no es así?

Cósmico:—Como V. guste. Pero ya que es lo único que V. se digna ofrecerme, aunque estimo en mucho semejante favor, espero que no se negará V. á que frecuente su amable trato. La amistad se quejaria mucho de semejante abstencion. Ya sabe V. que el campo inculto se torna estéril.

Elisa:—De ningun modo consentiria en ver morir por falta de trato una amistad tan preciosa para mí. Ya que V. se digna estimarla en tanto, debo decirle que me tendré por muy dichosa, si tiene V. á bien favorecer una modesta casa cuya posesion le ofrezco. Adios.

Despidióse coquetona y halagüeña.

El ministro la despidió en la propia forma.

—Es Fiametta, no me queda duda. ¡Qué tiempos aquellos!—dijo, y preparóse á salir para la sesion del Congreso, que prometia ser muy borrascosa.

CAPÍTULO XIII.

Cae de nuevo nuestro héroe en poder de la señora de Doble-Anzuelo.

No tenia el Sr. Bucólica, jefe de seccion, palabra de sastre; y por lo tanto, la cumplió exactamente, envian-

do á Elisa, á las dos horas, como lo habia prometido, la autorizacion necesaria para sacar á su esposo del hospicio de Leganés. Sin duda influyeron en esta exactitud dos cosas: la proteccion del ministro y los ojos de la dama; de lo contrario, es posible que hubiese habido mucho más *expedienteo* y muchos *vuelva V. mañana.*

Apénas se vió Elisa en posesion del permiso oficial que anhelaba, tomó un carruaje, y dirigióse á la casa de locos, en donde encontró al pobre demente, que ya lo parecia, con tanto llevarle al estricote.

Estropeado y lloroso estaba, cuando divisó al traves de la reja á su ángel perseguidor ó salvador, que tal papel hacia en estos momentos; vióla, y vióla sin disgusto por la primera vez, despues de resucitado.

—¡Esposo mio, pobrecito! Vengo á librarte, le dijo con los ojos anegados en lágrimas, que parecieron á Póstumo las del cocodrilo; pero como su situacion era tan penosa, comprendió en seguida que, á no tener la dama corazon de pantera, no podia ménos de compadecerse ante su estado miserable.

En esto entró un empleado de la casa, y le comunicó el permiso de salir con aquella señora.

Hízolo él así diligente, reservando para despues las reflexiones, ya que era ella el único ser que por él velaba, y que venia á sacarle de aquel lugar, en donde, á más de la pena de pasar por loco, que no creia ser, estaba en peligro de dejar la osamenta, como habia ya dejado parte de sus vestidos y pellejo.

Siguió, pues, á Elisa, no sin recoger en la conserjería del establecimiento las prendas que allí dejara. Mucha falta le habia hecho el dinero para que ahora se descuidase.

—¡Ay, esposito de mi alma!—exclamó la bella, desde

que, solos en el carruaje, habia este emprendido el camino de Madrid.

Y áun quiso arrojarse en sus brazos; pero él la contuvo diciéndola, aunque ménos enojado que ántes: «Señora, ya he dicho á V. que entre nosotros no puede haber el amor que en un tiempo me hizo su víctima.

Elisa:—¿Y qué, Póstumo mio, estás celoso?

Póstumo:—¡Me llama V. por mi nombre, como si esa palabra en sus lábios no fuese injuria! ¡Celoso!... lo estuve, sí; pero ya sólo indiferencia siento por V.

Elisa:—¡Imposible! tus ojos, tus palabras, tu mismo resentimiento me prueban que tu Elisa no puede serte indiferente. Si las apariencias me condenan, examina y verás que fué mi madre quien me obligó á bailar y á casarme con Sisebuto.

Póstumo:—¡Otra vez ese maldito nombre... ¡ay, ay!

Elisa (*llorando y queriéndole besar las manos*):—Sí, le detesto, detesto á Sisebuto. Cometí un error, una falta de consecuencia; pero perdóname, perdóname.

Póstumo (*retirando las manos*): — ¡Maldigo mi condescendencia!

El lector observará que la bella, con su sagaz instinto, habia comprendido que era Póstumo en forma de Sisebuto; cosa que no extrañaba, pues, como *espiritista*, encontraba posibles tales fenómenos; por lo que se decidió á prescindir ya de Sisebuto y á empostumarse por completo. Al cabo, Sisebuto no estaba en este mundo.

En cuanto á Póstumo, temblaba al percibir el ascendiente que sobre su ánimo ejercia aquella mujer. Veia con pesadumbre que Elisa tenia razon, pues lo que él juzgaba ódio, era despecho, derretido su corazon al contacto de aquel fuego de Satanás. Empero recordó que no habia vuelto al mundo para dejarse engañar de nuevo.

Póstumo:—Me ha librado V. dos veces: una de la cárcel y otra de la jaula; pues bien, á pesar de tales beneficios, que agradezco, no cederé á sus caricias ni falaces sugestiones: una vez engañado y basta.

Elisa:—¿Pero tú no me amas, no te sientes conmovido ante estas lágrimas de arrepentimiento, ante el furioso dolor que por tu culpa y tus desdenes sufre tu Elisa?

Póstumo:—Mi delicadeza, mi amor propio, mis propósitos no me permiten manifestar á V. esa compasion que pretende, ni mucho ménos interes amoroso de ningun linaje.

Elisa:—Por ahora comprendo que, resentido como estás, Póstumo de mi corazon y de mis ojos, te niegues á manifestarme el amor que en un tiempo sentias por mí; pero, ¡negarte á la compasion que merece mi quebranto!...

Póstumo:—Ni una cosa ni otra, señora; gratitud, y ya es bastante, si bien, llevándolo todo al cálculo, como usted acostumbra, poco tendria que agradecerle. Todo lo que V. ha hecho por mí, en apariencia, no tiene otras miras que las de encadenarme á sus fines, sabe Dios cuáles; ó porque no existiendo ya aquel pérfido... ¡ay, ay! (*Acompañamiento de contorsiones.*)

Elisa:—¿Quiéres que te dé una pildorita de valeriana? ¡Mi boticario las compone tan bien!... ¿Una tacita de flor de naranjo?... Luego que lleguemos á casa, ¿no es así? ¡Pobrecito! ¡Cómo te molestan los nervios!

Póstumo:—Esa es otra gracia de las suyas. Quise volver á este mundo para vengarme de V., y hasta ahora es V. quien parece que se venga, porque sólo malos trances he sufrido, con más esta lindeza de endiablados nervios...¡ay!... que ántes no conocia, y que tambien la debo.

Elisa:—¡Todavía más cargos contra esta infeliz! ¡Sea por Dios! ¿No he purgado aún bastante mi culpa? ¿Te niegas á perdonarme?... Gratitud es algo, pero no basta; necesito que me perdones.

La bella le miraba, y con el llanto aguaba sus propósitos.

Póstumo:—Pues bien; te perdono, pero amor nunca.

Elisa sonrió de gozo y áun de esperanza.

En otros diálogos como éste, en que Póstumo se abandonaba sin ceder y ella insistia ablandando, llegaron á su casa.

Subieron; entraron en la sala. Póstumo no se habia visto al espejo en su nueva vida. En el gabinete de Elisa habia una hermosa luna veneciana. Nuestro héroe pasó, reflejóse en ella, y vióse... Sisebuto.

Grande fué su furia: dióse por primer impulso un par de cachetes por dárselos á su rival, y como le dolieron, reconoció su error: puso manos á una silla, y con ella hizo pedazos el espejo.

La suegra salió iracunda, gritando: «¡Amarren á ese loco! Elisa, ¿para qué has traido á casa á ese furioso?

Póstumo, que vió la cosa mal parada y que en aquel momento sufria en su ánimo la renovacion de su despecho, reconviniéndose por su condescendencia en haber vuelto á aquella casa, dió á correr escalera abajo.

Elisa intentó detenerle, diciéndole suplicante: «Rómpelo todo, todo es tuyo; pero no rompas mi corazon.»

El marido, la víctima, emprendió la fuga.

Con la actitud colérica de la madre y el llanto de la hija, que cayó apesadumbrada en un sillon, hubo el *tableau* correspondiente.

CAPÍTULO XVIII.

De la manera que tuvo Póstumo de reconciliarse con el cuerpo de su rival.

Ya tenemos de nuevo á nuestro amigo en campaña, recorriendo calles, aunque ahora no llamaba la atencion pública, por ir vestido.

Lo que más le aguijoneaba era, como debe suponerse, la necesidad de encontrar acomodo que le diese pan; pero estaba en Madrid, y hé aquí lo grave. Allí se cuenta una baraja de pretendientes para cada empleo, y él no conocia otra industria, profesion ni oficio que el presupuesto, como acontece á tantos. Hélo, pues, allí sin comedero, por habérselo limpiado su reemplazante. Con favor todo se hubiera allanado; pero en su calidad de ex-muerto, el oportuno apoyo le faltaba. ¿Quién de los amigos que tuvo ántes de *ensisebutarse* le reconoceria por el antiguo Póstumo? No accediendo á pasar por Sisebuto, ¿qué relaciones podria contar? ¿Qué antecedentes podria aducir? Su puesto se hallaba en Leganés; allí, de donde le sacó Elisa, único sér que le aceptaba en cualquier forma, pues siempre era para ella uno de los dos; pero no queria pasar por loco, siendo así que sólo hacia locuras. Compadezcámosle, como á todo el que vuelve á la Tierra por su gusto: es ciertamente animal de poquísimo escarmiento.

Nuestro D. Póstumo era buen patriota y ardia en deseos de servir á la nacion; por eso buscaba empleo. El caso era conseguirlo, con tantos que anhelaban igualmente prestar sus servicios á la patria.

¿Pero tenia más que presentarse con el nombre de su

rival, y dándose por él, lo que no seria difícil visto su exterior, reclamar su antigua plaza como cesante?

¡Juzgue V. por apariencias! ¿Cuántas almas no habrá por ahí solicitando con méritos ó antecedentes de cuerpo ajeno? «Pero tal pretension de mi parte, pensaba Póstumo, fuera pasar por las horcas caudinas y dar lugar á que Elisa presentase sus derechos de esposa... ¡Pasar por mi rival! ¡Oh vergüenza!... No, no quiero que crea aquel indigno... ¡ay!... que he necesitado de sus servicios despreciables... ¡ay! ¡ay!... ¡malditos nervios!... ¡ay! ¡ay! Si esto continúa tendré que reconciliarme con este infame cuerpo... ¡Ay! ¡ay!... ¡Pues no digo, la cosa sigue!

En estó pasó por su lado, pues Póstumo iba de calle en calle haciendo su monólogo, una mujer sumamente guapa, que le miró cariñosa.

—¡Oh!—se dijo—¡si esta no fuese otra Elisa! Ahora todas me parecen pérfidas. La seguiria, la amaria, porque necesito amar, necesito un afecto que llene mi corazon y le consuele en su soledad; necesito llenarle para ver si desalojo de él á esa Elisa miserable que áun en sombra le ocupa y me persigue. ¿Será que todavía la amo? No; voy á seguir á esa mujer, que al verme ha simpatizado conmigo, que me ha mirado con afecto, y que es hermosísima... y si es verdad que le ha gustado mi persona... pero ¡qué diablos! No soy yo quien le ha gustado, sino este cuerpo que no es el mio. Bien pudiera ser alguna conocida de mi rival, y á la presencia de su cuerpo se deba semejante simpatía.

Y diciendo así, nuestro hombre se dió por despecho un par de bofetadas, que por dárselas á Sisebuto no dolieron ménos á Póstumo; al paso que el cuerpo de aquel, conociendo la intencion de éste, protestó á su

vez con media docena de pellizcos y otras tantas contorsiones.

—Se ha vuelto loco ese hombre, dijeron los transeuntes.

—¡Siempre esa palabra!—murmuró el cuitado.—No hay remedio; al fin tendré que reconciliarme con este... bendito cuerpo.

Como comprenderá el lector, no era *bendito* la palabra que iba á pronunciar; pero reflexionó á tiempo y articuló la contraria de la que tenia en mientes, procurando emitirla sin sarcasmo ni ironía, ántes bien, de una manera natural; lo que no hubo de pesarle, pues como por via de aprobacion ó gratitud de aquel cuerpo, sintió interiormente una fruicion muy agradable. Comprendió entónces por experiencia que, si bien no debe darse al cuerpo todo el gusto que demanda, porque seria engreirle demasiado, no conviene estar con él en constante guerra, si con él se ha de vivir y no en poco íntima compañía.

Y hasta se dijo: «¡Cáspita! ¿No seria bueno que en lugar de contrariarle me diese á complacerle? Al fin y al cabo, este cuerpo es ahora mio, y tan mio, que no podria disputármelo su antiguo dueño, quien, sea dicho entre paréntesis, no rabiará poco al verse sin él y contemplándole en poder de su enemigo. Por lo tanto, y ya que observo que al abofetearle es á mí á quien duele, bueno seria satisfacer de vez en cuando sus exigencias y tenerle contento, si soy yo quien ha de recibir el solaz y beneficio. Tambien así me vengaré de mi enemigo haciendo gozar á mi alma en su cuerpo y usándole en paz, como si fuese mio, cuando mi rival quisiera que solo espinas tuviese para mí. ¡Qué rabia no tendrá al ver que me paseo, y gozo y me relamo en su carne, como

si fuese en su camisa! Y esto, sin que él pueda estorbármelo ni disputármelo... ¡Canario! ¡Me parece que he dado en el clavo! ¡Y luego dirán que la experiencia no aprovecha! ¡Si creerian que siempre iba yo á ser el bobalicon de Póstumo!

Al pensar en todo esto, que no se atrevia ni á decírselo, temeroso de que el cuerpo que trataba de amansar, se le rebelase de nuevo, sintió en su orgullo cierta satisfaccion, y hasta imaginó volver hácia Elisa y aceptarla por esposa, ya que ella se arrepentia de su inconsecuencia, tenia la delicadeza de no llamarle Sisebuto, y era el único medio de recobrar los 30.000 realitos anuales del empleo.

Ante todo, quiso probar si lograba destruir la solidaridad de afectos que existia, al parecer, entre el cuerpo y el alma de su rival, y fué la tal prueba la siguiente exclamacion:

—¡No mereció este bendito cuerpo la maldita alma de Sisebuto!

Y al ver que por más que repetia esta exclamacion, no hubo alfilerazos interiores, ni las convulsiones dolorosas de otras veces, añadió triunfante:

—Eso es. La carne tiene tambien su amor propio, y no es extraña á las nuevas amistades. La carne se adhiere á quien la da gusto, y prefiere los que son á los que fueron.

CAPÍTULO XIX.

Póstumo entabla conocimiento con un personaje ya mencionado en esta verdadera narracion.

Acababa de tomar Póstumo las resoluciones que hemos dicho, cuando se le presentó, deteniéndole, D. Horóscopo, aquel que, segun las palabras del Custodio,

habia obtenido de Dios excepcionalmente el don de conocer lo porvenir.

Horóscopo:—Buenos dias ó buenas tardes, señor don Póstumo Sisebutado.

Póstumo:—No le conozco á V., caballero.

Horóscopo:—No lo extraño, puesto que no tiene V. el don de ver en lo invisible. Yo, por el contrario, sé leer en lo porvenir: me llamo Horóscopo.

Póstumo:—¡Ah! ¿es V. aquel señor de que me habló mi Custodio?

Horóscopo:—No sé á qué Custodio pretende V. referirse; pero si le ha dicho á V. alguien que tengo el don de saber lo que debe acontecer á todos y á mí, durante la vida, de la cual me quedan por desgracia tan solo veinte años, le han informado á V. bien.

Póstumo:—Que le haga á V. buen provecho su sabiduría. No anhelo conocer lo futuro; mejor es ignorarlo.

Horóscopo:—Precisamente tendria un gran placer en revelarle á V. lo que ha de sucederle.

Póstumo:—¿Para qué, toda vez que no podria impedirlo?

Horóscopo:—Por ejemplo. V. está enamorado mortalmente de la esposa de su cuerpo doña Elisa de Doble-Anzuelo.

Póstumo:—(*Sobresaltado y queriendo aparentar serenidad.*) ¿Quien ha dicho á V. tanto?

Horóscopo:—V. pretende huir de ella, y sin embargo.....

Póstumo:—(*Intentando disimular su curiosidad.*) Y qué?...

Horóscopo:—Acabará V. por caer en sus brazos.

Póstumo:—No, mentira; no quiero saber nada. Es V. un hombre perjudicial.

Horóscopo:—Caerá V. en sus brazos, y ella le engañará esposo, como le engañó amante.

Póstumo:—Es V. un intruso que se mete en lo que no le importa. V. responde á lo que no le preguntan... y si no calla pronto...

Horóscopo:—Será V. lo que tantos; no lo dude V.

Póstumo:—¿Cómo? ¡Insolente!

Horóscopo:—Es la verdad.

Póstumo:—Tambien será verdad este bofeton que le aplico por su insolencia.

Póstumo ejecuta lo que dice.

Horóscopo:—No me espanta: veia venir ese sopapo. Sé siempre lo que está por venir.

Póstumo:—Entónces habrá V. visto venir ese otro.

Horóscopo:—Lo esperaba igualmente; pero tambien veia llegar este para V.

Y así diciendo encajó á Póstumo tan brusca y terrible puñada, que le bañó en sangre las narices.

Este trompazo valia por los dos anteriores, como que habia sido desquite predestinado.

Horócopo:—Ya vé V. que estaba preparado para recibir y para dar.

Y al decir esto, marchóse, dejando á nuestro hombre aturdido y bamboleándose.

—¡Insolente!—gritó Póstumo; pero tuvo que resignarse.—¡Venir á anunciarme—continuó—cosas tan desagradables!... Pero no será... Yo haré por que no se cumpla semejante prediccion. Torceré ese vulcánico destino que parece amenazarme. No; ya no voy á reunirme con Elisa.

Y así pensando, llegó al Palacio de las Córtes. Habia gran tropel en la puerta que conduce á la tribuna pública. La sesion prometia sin duda ser interesante.

Nuestro magullado héroe, ya por distraer sus penas, ya por pura curiosidad, resolvió colarse en aquel recinto, y oir tambien.

—Esto me orientará, se dijo, en la marcha de las cosas, ya que pienso dedicarme al servicio de la pátria por medio de algun empleo lucrativo. Todo empleado cesante ó activo, ó todo pretendiente, debe hallarse bien orientado en el movimiento de la política, que es madre entre nosotros de todo medro personal.

Limpióse la nariz, procurando enjugar con el pañuelo la sangre que de ella habia brotado, y se puso á la cola del grupo que esperaba la señal de pasar adelante. Era una testa más en aquel cuadro de ánimas.

CAPÍTULO XX.

Póstumo trata de orientarse en los asuntos políticos y vé cómo un ministro, en un cerrar y abrir de ojos, se encuentra ex.

Llegó la hora de penetrar en las tribunas, y al traves de mil choques, empellones y prensaduras, en que no pocos dejaron los botones y áun parte de las levitas; pasó Póstumo por encima de otros, como otros pasaron por cima de sus costillas, y despues de convertir en escalones á otros ménos listos ó no tan felices, logró llegar jadeante á la tribuna mencionada. Apoderose allí de una silla, que no era de las últimas, gracias á su agilidad, ó mejor dicho á la de Sisebuto, y pudo hallarse muy bien situado para ver y oir lo que habia de suceder en el salon de los legisladores.

La sesion, como se verá, iba á ser en efecto borrascosa.

Hallábase la Cámara en aquella época en que, por

haber trascurrido ya sus Pascuas, el turron que quedaba era escaso y no de lo más fresco. Arrebatábanse la palabra unos á otros en medio del tumulto y las interrupciones. La oposicion era formidable. Tratábase nada ménos que de un voto de censura al ministerio, cuyo Júpiter Tonante era D. Cósmico.

En medio de tanto alboroto y de mil llamadas al órden, tomó éste la palabra, no sin que el presidente de la Cámara tuviese que imponer silencio, y áun emplear toda su autoridad para conseguirlo.

Comenzó el dicho rey del Olimpo ó del gabinete, que es lo mismo, por defender su administracion, como era natural, fulminando rayos á más y mejor. En seguida, y como no hay sermon sin San Agustin, lanzó los apóstrofes más furibundos á las ambiciones y al espíritu anárquico que dominaba en la oposicion, y domina, segun dice, siempre que él gobierna.

Trazó elocuente la apología de sus hechos y su persona en todos tiempos, y en especial ahora, que, como ántes y siempre, habia salvado, en union de sus honorables colegas y su benemérito partido (él era modesto), el país y sus venerandas instituciones. Lanzó de paso, y con aquella ductilidad que le hacia tan ducho en el oficio, un par de caricias como amante quejumbroso (sin duda recordaba que fué coqueta en otro tiempo) á algunos miembros descarriados de la ántes mayoría ministerial, por ver de atraerles; trató de sembrar, con habilidad superior á todo elogio, la division entre las fracciones oposicionistas; habló y celebró y cantó las excelencias del principio de autoridad; proclamó al gabinete paladin del órden y apóstol de las más patrióticas aspiraciones, y trató en más de una ocasion de desprestigiar, con el sarcasmo alusivo y el epígrama directo, á los que

le eran contrarios; logrando producir alguna hilaridad que ponia de su parte á los veleidosos; aunque, sea dicho en honor de la verdad, esta arma del ridículo, que tan bien esgrimia, hubiera herido mejor en otro tiempo en que una mayoría complaciente, dispuesta á celebrar su gracia y su habilidad, estaba pronta á llamarle el rey de los parlamentarios.

Todo ministro es un Demóstenes en lo elocuente y un Pitt en lo estadista, para la mayoría que ha formado y que le escucha boqui-abierta, esperándolo todo de su *talento* y *energía*. De este modo está aquella más en aptitud de recibir las barritas de Nochebuena.

Todo marchára bien, sin embargo, si para fatalidad del ministerio, no hubiesen evocado de repente y en el momento ménos oportuno, el espíritu de D. Cósmico desde algun otro de los mundos en que habia existido.

Fué la evocacion tan potente y perentoria, que hubo de terminar su discurso entre bostezos, ó, mejor dicho, no pudo terminarle, quedándose completamente aletargado.

Acaso este discurso hubiese producido el efecto que el orador y el gabinete se prometian, á haberle podido dar cima D. Cósmico con su acostumbrada elocuencia y los conmovedores efectos musicales, de tan buen resultado en gente meridional y artística, que todo lo perdona á virtud de un brillante desenlace; pero como la conclusion fué desatentada y floja, nada de lo que habia dicho ántes el orador valió para el caso, borrándose con la impresion poco favorable de lo último el brillante efecto de lo primero.

Una vez dormido el orador Cósmico, sucedió lo que debia, y el gabinete, que todo lo esperaba de aquel discurso, contándole como su única tabla salvadora, quedó

á merced de la numerosa y engreida oposicion. La Cámara, dominada al fin por aquella, acabó por votar la propuesta censura del ministerio.

Dejaron los asientos los señores del banco azul, indignados contra su dormido colega.

En cuanto á Cósmico, no hubo ruido que lograra despertarle. El salon de sesiones quedó vacío; iban los conserjes á cerrarle, sin advertir que roncaba allí su señoría; pero, éste, terminada su escursion por lejanos mundos, volvió en sí, encontrándose ministro ya pretérito.

Verdad es que esto no debia atormentarle, ya que tantas veces habia pasado de pretérito á futuro. La política, para ciertas personas y en ciertos tiempos y lugares, es una simple y fácil conjugacion. Se dormia ministro y despertaba ex; realizando aquel vulgar adagio de que *el camaron que se duerme, se lo lleva la corriente.*

CAPÍTULO XXI.

Esperanzas desvanecidas por un Cerbero ministerial.

Salió nuestro desvalido Póstumo del palacio de las Córtes sin saber qué partido tomar. Aquella crísis le ponia en la necesidad de guardar una política espectante. Sin embargo, creyó oportuna alguna tentativa. Dirigióse al ministerio. Los porteros le tomaron por Sisebuto, y le trataron como á cesante; es decir, como á muerto: no hubo paso.

—¡Malo, malo!—se dijo.—Necesito recomendaciones; y ¿quién me reconocerá por Póstumo? ¿quién me las otorgaria por tal, bajo la forma de Sisebuto, de ese maldi... bendito rival?

Se conoce que estaba decidido á vivir en armonía con su nueva carne.

Echóse á andar otra vez de calle en calle, *flaneur* por la fuerza de las circunstancias.

Pero luego observó algunos grupos, sorprendió ciertas palabras subversivas, aunque dichas por lo bajo, advirtió misteriosos movimientos y exaltadas fisonomías. Eran, sin duda, síntomas de tumulto.

Iba á armarse la gorda. El ministerio de transicion que funcionaba, no podria tal vez contrarestar el movimiento que se estaba preparando.

Los disidentes querian prevalerse del carácter poco decisivo de aquel gabinete, para impedir que se fortaleciera ó diese paso á otro más acentuado y contrario á sus miras.

Los caidos querian trepar de nuevo, y beneficiaban los elementos tumultuosos, alentando en su favor á los indecisos.

—Aquí habrá cosecha—se dijo nuestro hombre.—¡Qué bueno está ahora el terreno para sembrar! Pero sólo cosecharán los que sean hábiles labradores. Unos aran y siembran, y otros cogen.

Eso no reza conmigo; yo amo el órden, y todo lo quiero por el camino regular.

En esto oyó lo siguiente detras de sí.

—¡Andate por el camino regular, y ya verás lo que te pasa!

Volvió Póstumo la cabeza, y vió á D. Horóscopo.

—¿Todavía V., miserable?—le dijo.

Horóscopo:—Déjese V. de apóstrofes y palabrotas. Tome V. ó no parte en la jarana que va á armarse, nada conseguirá. Vaya V. á ver á Elisa; ella tiene su credencial con una buena ganga.

Póstumo:—¡No le he pedido á V. parecer, insolente!
Horóscopo se marchó encogiéndose de hombros. Su interlocutor quedó abismado en serias reflexiones.

CAPÍTULO XXII.

Encuentro de Elisa con un pez gordo y paquidérmico.

Inconsolable se hallaba Elisa desde que la dejó Póstumo. Buscábale desalentada por todas partes, y en su dolor se juzgaba demasiado infeliz por no hallarle.

Corriendo de aquí para allá, tropezó con un caballero de apariencia sobrado vigorosa. Era D. Perpetuo Paquidermo, aquel señor invulnerable de que habló el custodio de Póstumo, como condenado á perdurable vida en este mundo.

Como habia asonada, Elisa corria para su casa en pos de refugio. Las gentes iban y venian apresuradas; los carruajes partian á escape, temerosos sus conductores de que los motineros los embargasen para servir de parapetos. Comenzaban á levantarse barricadas, y áun sonaban ya algunos tiros. Por parte del gobierno aprestábanse tropas; fortificábanse los puntos más estratégicos; los contrarios se agrupaban á su vez; tomábanse posiciones por ambas partes.

Perpetuo (á Elisa):—Señora, va V. muy presurosa.

Elisa:—Perdone V., caballero, no le conozco.

Perpetuo:—Soy un caballero dispuesto á servirla de apoyo.

Elisa:—Gracias; no lo necesito.

Perpetuo:—Va V. muy asustada.

Elisa:—El lance no es para ménos.

Perpetuo:—A mi lado no tema V.

Elisa:—¿Y por qué no?

Perpetuo:—Soy la Eternidad ambulante, la inmortalidad en carne y hueso.

Elisa le miró sorprendida; pero continuó andando con presteza. Paquidermo seguia á grandes trancos el paso menudo de la dama.

En esto sonó un tiro muy cercano, y aunque Elisa era animosa, no pudo ménos de dar un grito.

Paquidermo la abrazó galantemente en la via de reanimarla.

Elisa (*rechazándole con enfado*):—Caballero, vea V. que peor es el remedio que la enfermedad. V. se prevale de la anarquía que reina para subvertir todas las leyes del decoro y de la cortesía.

Perpetuo:—No, señora: quiero tan sólo protegerla. Me parece V. digna de particular proteccion.

Elisa:—No es este el lugar de los hombres. Deje V. á una pobre mujer que no solicita su amparo ni la proteccion particular de que V. habla, y vaya á tomar parte en la lucha, por el Gobierno ó por quien quiera. Invierte V. ociosamente el tiempo.

Perpetuo:—Para cualquiera de los dos bandos que se aprestan á la batalla, seria yo apoyo sobrado formidable. Soy un Aquiles sin talon; un Orlando sin ombligo.

Elisa:—No comprendo esos enigmas.

Perpetuo:—Soy invulnerable.

Elisa:—¡Vaya un prodigio!

Perpetuo:—Si es V. *espiritista*, convendrá en que la cosa es posible, por portentosa que parezca.

Elisa:—Pues bien, váyase V. á servir con tan mágico don á los que están lidiando.

Perpetuo (*con sorna*):— El lugar de un caballero cumplido como yo, es este; junto á una hermosa á quien pueda servir de amparo.

Elisa:—Desde Don Quijote acá, los hombres no hacen otro tanto sino cuando les conviene.

Perpetuo:—Pues cuente V. con que soy un perfecto Amadis.

Resonó entonces una descarga, y Elisa, aterrada, ganó de un salto su casa, que estaba próxima, asiéndose al aldabon de la puerta con ansia tal, que el pobre Camueso, su criado, corrió á abrirla todo afligido, no sin reconocer ántes la voz de su ama.

Camueso (*asustado*):—¿Está V. ilesa, señorita?

Elisa (*colándose dentro de la casa*):—Sí...

D. Perpetuo se coló tras ella sin cumplimientos.

—¡Caballero!—gritó el mozo tratando de impedirlo; pero recibió de Paquidermo un empellon que le tendió patas arriba.

—¡Señor mio!—gritó á su vez la dama.—Tal osadia; semejante violencia son imperdonables.

Paquidermo trató de aplacar las furias de Elisa, hablándola de su adhesion y sanas intenciones.

Elisa:—¿Pero qué busca V. en mi casa? Sin duda tiene V. miedo, como una mujer, y busca tambien amparo, aunque dándosela de Amadis.

Perpetuo:—Señora, ya se convencerá V. de que sólo la simpatía que me ha inspirado es la causa de mi insistencia.

Resonó una nueva descarga, y el tumulto se sintió más próximo.

Resignóse Elisa á dar hospedaje al caballero, aunque con sumo desagrado.

—¡Ah, si le viese Póstumo aquí!—se decia.—¡Si su-

piera que tengo un hombre en mi casa, no querria persuadirse de lo que ha pasado!

¡Él que es tan vidrioso! Hallaria pretexto en esta ocasion para huir de mí á mayor distancia!

¡Y ahora que tengo su credencial del empleo, pues D. Cósmico me ha cumplido su palabra!... Caballero,—añadió en voz alta,—es preciso que V. se marche: su presencia me compromete.

Perpetuo:—¡Cómo!

Elisa:—Para con mi marido.

Perpetuo:—¿Es V. casada? ¿Tiene V. quien pueda oponerse á mis pretensiones?... ¡Tanto mejor!

Elisa:—¡Caballero!...

Paquidermo, sin darse más por entendido de lo que decia Elisa, asomóse al balcon, y, sin duda para distraerla, llamó su atencion hácia lo que estaba ocurriendo en la esquina de la calle.

Alzábase allí una barricada á toda prisa. Cósmico, encaramado en un barril, peroraba.

El ex-ministro, defensor dos dias ántes del principio de autoridad, campeon severo del órden desde el banco azul, se habia pasado con toda su severidad, no sólo á la oposicion, sino á la revolucion armada.

Ostentábase ahora campeon de la libertad, y apostrofaba el órden como «palabra hueca, que sólo sirve á los que mandan (así decia en aquel momento) para encubrir su ambicion, su codicia y su nepotismo.» ¡Con qué gracia pasaba de la epopeya á la bucólica, para trazar el idilio de la sociedad política que ofrecia realizar cuando volviese de nuevo al poder! Su propia administracion pasada era enjambre de errores, que ahora reconocia, como amaestrado por los acontecimientos, prometiendo enmendarlos, si tornaba á ocupar el potro de la omnipotencia.

La antorcha del progreso, en cuya senda se lanzaba con todo su corazon, habia de ser en adelante su única guia. Los sucesos recientes le habian mostrado las verdaderas aspiraciones y las apremiantes necesidades del pais. ¡Parecia otro hombre! Sin duda en aquellos momentos recordaba que fué tribuno y liberal en alguna otra parte.

Para liberalizarse, no hay como caer del ministerio.

Póstumo, que se hallaba por allí, hambriento y vacilante, murmuró: «Eres turco y no te creo. ¡Para quien se deje llevar de palabras y promesas seductoras!... No; no soy ya el Póstumo de ántes, que soñaba aquí abajo con cosas celestiales y, por lo tanto, irrealizables.

»En aquel tiempo hubiera dado mi sangre por mis principios; es decir, por mis ensueños; ahora ya que soy más ducho, me pago ménos de palabras y promesas.»

Así reflexionaba Póstumo, persuadiéndose de que no debia tomar parte en aquel motin.

Pero no contaba ni con los restos de su candidez primitiva, ni con la elocuencia del elástico D. Cósmico; y al cabo fué tanto lo que habló aquel tribuno, tan halagüeño lo que dijo y tan entusiastas las aclamaciones de los circunstantes, quienes, dejando á un lado las veleidades del ex-ministro, sólo veian en él al caudillo del momento, que Póstumo vacilaba en sus propósitos.

Por otra parte, la gritería, los vítores, los tiros, el olor de la pólvora, las protestas de libertad, palabras siempre felices y de éxito seguro ante las multitudes y en momentos dados, y acaso hasta su misma desesperacion y desamparo, concluyeron por escitar su sangre y sus nervios. Era, como meridional, impresionable, y un tanto artista como individuo de raza latino-arábiga: aquello era obra maestra en el efecto, y así, vencida su

reflexion moribunda, dejóse arrastrar por su carácter romántico, entusiasta.

—¿Quién sabe,—se dijo,—si mis sueños de mejoramiento social van á realizarse con este terremoto político? No; para mí no quiero nada, aunque estoy hambriento y desamparado: no debo fijarme en quien habla, sino en la verdad de lo que dice.

Cobardía fuera abandonar mi causa porque haya en mi bando un campeon más ó ménos traidor y veleidoso. ¿En qué causa no hubo Judas?

Los principios, no los hombres, deben ser mi guia. Aquellos, cuando son buenos, no mueren ni hacen traicion. Sí: pelearé por el Bien y de buena fé.

Hecha esta, que él llamaba reflexion, y que sólo era arrebato de su fantasía; tranquilizada su conciencia en cuanto al desinteres, lanzóse al grupo pidiendo armas. Apoderóse de un fusil, y comenzó á hacer fuego con el frenesí del entusiasmo.

Todo esto lo vieron Elisa y Paquidermo al traves de los cristales de un balcon, con gran sobresalto de la primera.

Elisa:—¡Ay, mi Póstumo! ¡Me lo van á matar!

Perpetuo:—¿Quién es Póstumo, señora?

Elisa:—Aquel que está allí batiéndose; aquel que apunta ahora.

Perpetuo:—¿Y por qué se interesa V. tanto por su suerte?

Elisa:—Porque es mi esposo. ¡Ay! ¡me lo van á matar!

Perpetuo:—Entónces no se apure V. Aquí estoy yo para sucederle.

Elisa:—¡Qué insolencia! Calle V., caballero; me indignan sus palabras.

Póstumo disparó.

Elisa:—¡Ay! ¡me voy á quedar viuda otra vez!

Perpetuo:—Señora, ¿por cuántas veces?

Elisa:—Déjeme V., caballero; no sea V. importuno. ¡Ah! (*cambiando de tono*) V. que es invulnerable, segun dice, vaya y sáquele de allí.

Perpetuo:—No, señora; él cumple con su deber y con sus convicciones. Aquel es su puesto y este el mio. Allí cumple su destino, y si muere, yo le reemplazaré junto á V., como amante ó como esposo; lo que usted quiera.

El don de eternidad habia convertido á D. Perpetuo, como dijo el Custodio, en descarado, cínico, inmoral. No debe, pues, sorprendernos semejante lenguaje.

En esto silbó una bala y cayó Póstumo. Elisa dió el grito no sabemos número cuántos de su vida, y se desmayó por la centésima ó milésima vez durante la misma.

Don Perpetuo, por no estar ocioso ó por interesar á la bella, haciendo alarde de su don de paquidérmico, corrió á la calle.

La madre de Elisa, que desde el principio de la lucha se habia escondido en lo último de la alcoba, al oir el grito de su hija, acudió á la sala. Al verla tendida en un sofá creyóla muerta; pero tranquilizóse luego, al notar que sólo era uno de tantos accidentes crónicos en las mujeres de la familia de Doble-Anzuelo. Le venia de padres la propension.

Paquidermo bajó presuroso y abrió de un solo empellon la puerta de la calle, con asombro y contra la voluntad del portero de la casa.

Camueso salió tras él, y divisó á Póstumo caido en tierra detras de la barricada; pero su heroismo retroce-

dió ante el silbido de una lluvia de proyectiles que bañaba aquel parapeto. No así el invulnerable, que, seguro de su paquidérmis, se lanzó á la barricada, rechazando su cuerpo la granizada de plomo y hierro. Los que atacaban, al ver aquel hombre sereno é invulnerable, se detuvieron estupefactos. Era aquel un fenómeno incomprensible para unos y otros; y no faltó quien, gritando «¡el diablo!» pusiese en fuga á los que atacaban y á los que defendian el parapeto en alas de un temor supersticioso. Esto quizá contribuyó á que, repuestos los amotinados, consiguiesen la victoria en aquel punto, que, como de estratégica importancia, hubo de producir igual resultado en los demas. Cósmico, pues, debió á la invulnerabilidad de D. Perpetuo, ó al diablo, como decian todos, su nuevo ascenso al poder. Resonaron los gritos de victoria. El motin habia triunfado.

Cuando Elisa volvió en sí, y se asomó trás los cristales, vió venir á D. Perpetuo trayendo en brazos á Póstumo, con quien no tardó en aparecer en la sala. Tranquilizóse al ver que áun daba señales de vida.

La herida de nuestro héroe ofrecia alguna gravedad por el sitio: la bala, completamente roma, dándole en la frente, habia resbalado hácia la sien izquierda, aunque sin dañar el cráneo; extravagancia bastante comun en las heridas ocasionadas por aquella clase de proyectiles.

Don Perpetuo, que estudió cirugía, pues tiempo de sobra habia tenido para cursar tantas cosas en este mundo, declaró que la herida era grave, pero no mortal. La desconsolada esposa, que mandó conducir al malaventurado caballero á su alcoba y propio lecho, hubo de recibir alguna esperanza de no enviudar, á lo ménos por entónces.

Por lo demas, ¿quién sabe si preparaba ya un tercer

anzuelo para el héroe paquidérmico, cuyo valor, ó cuya invulnerabilidad mejor dicho, la tenia toda suspensa y admirada? Ella, que como sabemos era de natural novelesco, tenia el órgano de la maravillosidad muy desarrollado. Sin embargo, haciéndola justicia, debemos confesar que no dió indicios de pensamiento alguno censurable; antes bien, mostraba el mayor afecto hácia Póstumo y el más esquisito interes por su existencia.

CAPITULO XXIII.

Nuevas esperanzas anubladas por nuevos vaticinios.

Algunos dias habian pasado tras las ocurrencias que acabamos de contar en el capítulo precedente.

Restablecido de nuevo el órden, estaba otra vez don Cósmico en la presidencia del Ministerio.

Póstumo se hallaba convaleciente. La bala no le habia sido extraida, ya por lo delicado del sitio, junto á la sien, cuanto porque él, resuelto más que nunca á pretender la gratitud de la patria; es decir, un empleo oficial, queria mostrar en su frente, como merecimiento, el testimonio de sus esfuerzos en pro de la misma.

Aquella protuberancia constituia para él un heróico blason que sentia orgullo en mostrar, si bien no dejaba de causarle algun estorbo. Esto hacia que su sombrero no calase muy bien, teniendo que dejarse de fuera aquel chichon patriótico.

En vano Elisa puso en sus manos la credencial del empleo: él estaba resuelto á no aceptar ni su amor, ni sus oficiales influencias.

Sólo despues de mil súplicas de aquella, bañadas en llanto que hacia más bello su rostro, condescendió nues-

tro héroe en ocupar una habitacion de la casa; pero más como huésped agradecido, que como esposo; pues en este punto su decision era, al parecer, irrevocable. Y no dejaban ciertamente de poner en peligro su entereza tales ruegos y lágrimas; pero aunque á duras penas, se mantenia inflexible en sus propósitos. Creia que sus esfuerzos en favor del nuevo gobierno deberian valerle; y teniendo méritos propios á su vez suficientes, ¿para qué doblegarse á pasar por su odiado rival, aceptando su nombre y personería que siempre habia rechazado?

Echóse, pues, á la calle en pos de su destino, ó mejor dicho, de un destino, resuelto á debérselo todo á sus propias fuerzas; pero, cual si D. Horóscopo fuese su genio malo, á pocos pasos que en la calle diera, tropezó con él. No parecia que estaba allí aquel fatídico agorero sino para atajarle en su marcha.

Horóscopo:—Veo que va realizándose mi pronóstico. Ya vive V. en la casa.

Póstumo: — ¡Otra vez! *(Con turbacion más qne con ira, aunque pretendiendo aparentar esta última.)* Señor mio: es V. incalificable, y al fin tendremos que vernos las caras formalmente.

Horóscopo:—Cuando V. guste, aunque creo que no sólo nos las hemos ya visto, sino que nos las hemos palpado.

Póstumo:—¡Siempre la misma insolencia!

Horóscopo: — ¡Eh! ¡insultos y nada más! Esas son vulgaridades.

Póstumo (enfurecido):—¡Vulgaridades!

Horóscopo:— Y no otra cosa.

Póstumo:—¿Qué merece esa insistencia de salirme siempre al encuentro para decirme cosas desagradables, que no pretendo saber?

Horóscopo:—Yo soy lo porvenir. V. viene de lo pasado por la senda de lo presente. Si viene V. en busca mia, ¿quién busca á quién? ¿No debe V. agradecerme que por ahorrarle pasos le salga al encuentro? En fin, veamos: ¿por qué enojarse por mis vaticinios, cuando V. mismo los está realizando?

Póstumo iba á descargar de nuevo la diestra sobre el intruso; pero recordó sin duda la agilidad con que este le habia ensangrentado las narices, y hubo de contenerse.

Horóscopo.—Ahora va V. á ver al ministro...

Póstumo (tratando de separarse):—No es cuenta de usted... Vaya; déjeme en paz.

Horóscopo.—Nada conseguirá V. El destino lo tiene usted en su casa.

Póstumo:—¡Eh! ¡Vaya V. á paseo.

Y Póstumo se libró al cabo del importuno, no sin que dejasen de producirle cierta mortificacion y terror las palabras del que pretendia apellidarse Porvenir.

Horóscopo.—Ya lleva V. su chichoncillo: por algo se empieza.

Nuestro amigo apretó el paso para no oir estas palabras, que cayeron sobre su corazon cual otras tantas balas rojas.

—Ya te dejaré por embustero, infame, murmuró; y aplaudió nuevamente su conducta desdeñosa para con Elisa.

Despues de no pocos dias de espera, de desaires y ansiedad, habia conseguido una audiencia de D. Cósmico, para lo cual tuvo al fin que aceptar la recomendacion de D. Perpetuo, quien, como todo lo habia sido en este mundo, gracias á su eternidad, era muy conocido en aquellas regiones y en todas partes. D. Perpetuo

hacia para con Póstumo el papel de su salvador. A no ser por su arrojo, ¿no habria sido tal vez pisoteado ó mal muerto el dia de la refriega?

Dicho Sr. Paquidermo continuaba visitando á Elisa, más ó ménos frecuentemente; pero ella, empeñada entónces en la reconquista de su Póstumo, rechazaba siempre con indignacion, aunque mediana, los homenajes del hombre eterno; y si toleró sus visitas, fué porque aparecian dirigidas á su pretendido esposo en el interes de su salud. Y ¿qué podia negarse á quien sin conocerle y por ella le habia salvado? Paquidermo beneficiaba su papel de salvador. Las repulsas de Elisa daban algun cebo á su esperanza. El hastío vendria despues; pero su corazon gastado se hallaba bien con las contrariedades.

En cuanto á nuestro héroe, ¿qué hubiera sido de sus pretensiones oficinocráticas sin la recomendacion de Paquidermo? ¡Cuántos sinsabores y antesalas ántes de ser introducido! Ni en el Paraiso le costó tanto penetrar, pues si no pasó allí de la portería, por lo ménos el santo Apóstol no le habia desdeñado, ni hablado mal, ni mucho ménos despedido con cajas destempladas, como ántes de presentarse con la paquidérmica recomendacion le habia acontecido en las antesalas ministeriales. No faltó ocasion en que se viese á punto de violar el respeto debido á una elevada oficina del Estado, estrangulando al conserje, cuya insolencia le habia despedido de mala manera, sin tener en cuenta su benemérita herida, ni su chichon recomendable.

Pero al fin llegó el dia, que tambien ha de llegar el del Juicio y fin del mundo: sonó la hora en que debia oírsele, y fué introducido en lujosisima sala, al traves de otras no ménos brillantes y *confortables*. Aún

esperó allí; al cabo de algun tiempo se presentó D. Cósmico, y pasó entre ellos lo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIV.

Un gran camaleon recibe en audiencia á nuestro amigo.

D. Cósmico recibió á Póstumo de pié para que este no se sentase.

—Bien, se dijo nuestro ex-difunto, eso es, ni áun siquiera le brindan á uno asiento, cuando es el que paga esta magnificencia. Reflexionó en seguida, que habiendo él pertenecido siempre á las clases consumidoras, poco podia haber contribuido al sostenimiento de aquel auge. —Pero en fin, se dijo, este vestido que no he pagado y el mezquino puchero que me permite tenerme en pié, aunque en menor escala, no han dejado de valer para el Estado. Cada cual da lo que puede. Y ademas, ¡siquiera por cortesía, por mis servicios últimos, por esta honrosa herida que muestra mi frente!

Al decir esto, pasóse la mano por aquella, y al tropezar con el chichoncillo, apartóla como del fuego, recordando las socarronas palabras del intruso don Horóscopo.

Cósmico (con grávedad oficial):—¿Es V. el recomendado del Sr. de Paquidermo?

Póstumo:—Servidor de V. E.

Cósmico:—Pues bien, lo siento mucho; pero por ahora nada es posible. No hay plaza para V. Veremos más adelante. Se le tendrá presente.

Póstumo sudaba.

Póstumo:—Si V. E. se digna escucharme... Yo me hallé á su lado en la barricada, y de allí saqué esta modesta herida, de que no quiero hacer gran mérito, pues la recibí desinteresadamente y siguiendo mis convicciones. Sólo digo esto para recordar á V. E. que he secundado sus palabras.

El ministro frunció el ceño.

Póstumo tenia hipo.

Cósmico:—Motin desgraciado, incalificable; manera de proceder que hace despues difícil el restablecimiento del órden y la buena marcha de la administracion. Anarquía y demagogia que no deben mencionarse nunca; sistema ilegal que arruina al país.

Póstumo le escuchaba con asombro, con estupor. ¡Qué cambio! Sospechó que se habia equivocado, y balbuceó algunas frases por via de rectificacion.

Póstumo:—Yo he sido siempre amigo del órden; y si he recordado semejante hecho, ha sido porque V. E. tambien...

Cósmico:—Yo entónces no era ministro; y aunque como particular tengo mis opiniones, en este lugar debo tratar de merecer la confianza del pais, y defender el órden á todo trance.

Póstumo:—Perdóneme V. E., pero yo creia que el hombre debia ser siempre uno mismo: el público y el privado. Es esa una dualidad que pretende dividir lo indivisible: el individuo.

Cósmico (con enojo):—¿Ha venido V. aquí para darme lecciones? Muchos hablan de la gratitud de la patria para vivir á su costa. Si un hombre se bate por darla mejor gobierno, segun su conviccion, debe hacerlo con desinteres. Llenas están esas antesalas de hombres que piden á la patria el pago del amor que la profesan. To-

dos ellos sufrieron persecuciones; todos se batieron ayer, y piden por paga un puesto en el Estado.

Póstumo:—Pero, señor, V. E. ha sido recompensado con su reposicion y con esa gran cruz que le ha concedido S. M.

Cósmico:—¿Me viene V. con indirectas? Las rechazo. He sido repuesto, porque esta plaza que ocupo es de confianza y aptitud, y más que recompensa, es corona de espinas. ¡Cómo se conoce que V. no sabe lo que son estas cosas! En cuanto á la gran cruz, ¿es nada haber asegurado el órden y las instituciones? Pero desciendo de mi lugar dando á un pretendiente semejante explicacion. Pídala V. al país que me paga y al trono que me ha honrado con su confianza. ¡Ingratos! ¡Cómo desconocen el mérito y las vigilias empleadas en su bien!

Póstumo:—Perdone V. E. si he sido inoportuno. Yo pensaba, muy léjos de censurarlo, que todo ello era justo; pero como parecia que V. E. no apreciaba mis servicios...

Cósmico:—Esos servicios se los ha prestado V. á sí mismo; pues si por batirse V. y hacer triunfar esta situacion ha mejorado la patria, V., que es parte de ella, ha mejorado tambien.

Póstumo:—Pero yo me encuentro lo mismo que ántes, y á juzgar por ello, no debe la patria haber ganado mucho.

Cósmico:—Eso es; ¡siempre el interes particular!... Trabaje V. Busque oficio. La patria no es el Estado. Este no debe hacer otra cosa que dar á V. franquicias y seguridad. El Estado, como simple administrador, no debe ser agradecido; la gratitud se la debe la sociedad en que V. vive, y tal sentimiento habrá de ser voluntario, como todo sentimiento, sea cualquiera la forma en

que sepan ó quieran expresarlo los individuos. Para unos será V. un gran patriota, para otros un gran malvado, segun que haya V. servido ó vulnerado sus respectivas opiniones. Los unos no tienen derecho para imponer á los otros el censo de una gratitud con que no estén de acuerdo. Debia V. haber aprendido esto ántes de venir aquí. Valgan á V. mi bondad y la recomendacion de mi apreciable amigo D. Perpetuo para haberme detenido sobrado tiempo en escucharle, con mengua de mis numerosas, graves y perentorias ocupaciones.

Póstumo comprendió, aunque tarde, que habia tomado mal rumbo, y trató de enmendarlo.

Póstumo:—Yo era empleado con 30.000 rs.; me morí, y cuando resucité hallé mi destino ocupado.

Cósmico:—¿Y qué quiere V. que yo le haga?

Póstumo:—Me llamaba Póstumo, aunque ahora no me parezco á mí mismo.

Cósmico:—En efecto, juzgo haberle conocido en otro tiempo. V. ha servido á mis órdenes, segun creo.

Póstumo (con alegría infantil):—¡Oh! ¡sí, señor!....

Cósmico:—¡Tengo tantas cosas en la memoria!....

Póstumo:—Sí, señor; en Bienes Nacionales.

Cósmico:—¡Pero está V. muy cambiado!

Póstumo:—Acaso la muerte...

Póstumo temia ver caer de los labios del ministro el nombre de Sisebuto. La menor alusion de esta especie le ponia frio; y sin embargo, aquel nombre, ó mejor, el de su esposa Elisa, hubiera cambiado el órden de las cosas; le habria salvado.

Cósmico:—Por ahora, repito, á pesar de mis mejores deseos, no es posible hacer nada por V. Más adelante...

Póstumo:—Pero, señor, me muero de hambre, y no sé hacer otra cosa.

Cósmico:—¿Qué quiere V.? No puedo remediarlo Ni áun figura V. como cesante, sino como muerto.

Pós umo:—Sin embargo, estoy vivo.

Cósmico:—¿Y cómo lo acredita V? ¡Ni áun trayendo del otro mundo certificacion de resucitado! ¿Qué Escribano podria aquí legalizar la firma del Eterno, que no es conocida, por más augusta que sea, puesto que Su Divina Majestad no acostumbra firmar sus actos en la forma y papel que lo hacemos los humanos?.... En fin, vaya V. con Dios.

Y el ministro, diciendo esto, le volvió la espalda. Supóngase el lector cómo quedaria Póstumo de mal parado y triste. La última esperanza huia, su única áncora le faltaba.

CAPÍTULO XXV.

Desencantos y circunstancias que pusieron finalmente á Póstumo entre las garras de Elisa.

Afligido y cabizbajo salió nuestro buen amigo del despacho de D. Cósmico, y dirigióse maquinalmente á su casa, ó, mejor dicho, á la del antiguo dueño de su carne. Entró y fuése á su cuarto. Elisa, que le esperaba, le vió arrojarse en su lecho, llorar á mares, y por último, levantarse febríl, empuñando una de las pistolas que habia allí de Sisebuto.

La dama corrió á detener su brazo.

Elisa:—¡Póstumo mio, esposo de mi alma! ¿Qué vas á hacer? ¡Maldito Sisebuto, que me ha puesto en mal contigo, que es á quien he amado siempre!—Veamos: ¿qué intentas? ¿Por qué quieres matarte?

Póstumo callaba y la miraba estupefacto.

Una idea luminosa hirió con gran viveza el finísimo ingenio de Elisa.

Elisa:—¿Quieres dar gusto á Sisebuto? ¿Quieres matarte para no ser mi esposo, cuando eso es lo que precisamente le tendrá rabioso de celos en el otro mundo?... Oye bien.

Póstumo continuaba callando y como insensato.

Elisa:—Volviste á la tierra para vengarte de mí y de tu infiel amigo. Pues bien; hasta ahora sólo de mí te has vengado, y bastante ¡ay! desoyendo mis súplicas y lastimando mi corazon, con gozo del miserable que al fin te ve separado de mí. ¿Es esa la manera de vengarte de él? Responde, responde...

Póstumo hallaba cierto encanto en escuchar á Elisa expresarse así; pero no sabia qué contestar.

Elisa:—¿No seria mejor que, por lo mismo que no debe agradarle, me recibieses por esposa, como ya lo soy, pasando tú por él en el mundo? Eso habria de mortificarle ciertamente, y mucho más al ver que utilizabas su cuerpo para un empleo y demas conveniencias sociales de que él está privado muy contra su gusto.

Póstumo (pasándose la mano por la frente, que le sudaba á mares):—No; tu esposo, nunca. ¡Antes la muerte!

Elisa:—Mira, santo varon, Postumito mio; ¿estás resuelto á matarte ántes que tomarme por esposa?

Póstumo:—Sí.

Elisa:—Pero si pudieras vengarte de Sisebuto, ¿cambiarias de resolucion?

Póstumo (despues de meditar un instante):—Sí. El es la causa de mis desgracias.

Elisa:—¿Te vengarias en cualquiera forma?

Póstumo (colérico):—Sí.

Elisa:—Pues mira: vamos á cuentas. Consultemos á los Espíritus, asunto en que soy maestra. ¿Quieres?

Póstumo callaba.

Elisa:—Veremos lo que dicen. Evocaremos al mismo Sisebuto, y vas á oir sus propias palabras. Haremos lo contrario de lo que él quiera. ¿No te parece? ¿Me lo prometes?

Póstumo consintió sin responder. Érale penoso el hablar en este caso, porque temia que la venganza fuese para él más lejos de lo que desearia. Si en aquel momento se hubiese presentado D. Horóscopo, fracasáran quizá por entónces los proyectos de la dama.

Elisa:—A ver; consultemos á esta mesa: pon en ella tus manos... junto á las mias... Ahora, evoquemos el espíritu de Sisebuto...

A poco rato la mesa comenzó á moverse de tal modo, que parecia picada de la tarántula.

No sabemos qué trazas se dió la bella para conseguirlo; pero es lo cierto que Póstumo se convenció de que el mueble se estremecia y se agitaba, como si le quemase el contacto de aquellas cuatro manos.

Póstumo sintió despues de tanto, y por primera vez en su segunda vida, el placer y la alegría. ¡Cuán dulce era para él esta venganza, recordando la burlesca evocacion que le hicieron sus amigos en el café del Teatro Real! ¡Qué gozo el de tener bajo sus dedos (así lo creia, gracias á Elisa) el medio de mortificar á su falso amigo, á aquel rival odioso, por cuyo mal seria capaz de aceptar... hasta á Elisa!

Sus escrúpulos cedian, y con tal de hacer rabiar á Sisebuto, se resignaria á todo.

Elisa:—¡Ya anda la mesa!... ¡Ya da vueltas!

Póstumo:—¡Y cómo salta! Rio y gozo como nunca.

Elisa:—Preguntémosle. Pregúntale tú.

Póstumo:—¿Estás ahí? ¿Eres Sisebuto?

La mesa dió un golpe y se movió furiosamente.

Elisa:—Dice que sí, y lo dice contra su gusto.

Póstumo (gozoso):—¡Ah!

La mesa se movia de una manera convulsiva.

Póstumo (con gozo febril):—¡Cómo rabia! ¿Quieres que me case con Elisa?

La mesa no respondia.

Aquel preguntó de nuevo.

La mesa se movió con grandes vaivenes.

Elisa:—Ya ves. No quiere responder. No le agrada la pregunta.

Póstumo:—¿Quieres que me mate y te deje tu cuerpo?

La mesa dió al momento un golpe bastante fuerte.

Elisa:—¡Afirmativamente! ¿Lo ves, caro bien mio?

Póstumo (al Espíritu de Sisebuto):—Eso es lo que tú quisieras. *(Medio loco de alegría.)* ¿Sí? Pues mira, rabia, rabia como me hiciste rabiar á mí. Ahora es mio tu cuerpo, y ella es tambien mia: quítamela si puedes. *(Cayendo en brazos de Elisa.)* Sí, me caso; por contrariarle, serás mi esposa.

La dama se desmayó otra vez: ahora era de contento al ver realizados sus planes. El anzuelo estaba tragado y el pez en tierra; mejor dicho, en la sarten.

La mesa dió dos volteretas furiosas, y cayó patas arriba.

. . . .

A los pocos dias de lo que acabamos de contar, se revalidó la boda, aunque en secreto, porque estando casados para el mundo (que no veia en Póstumo sino á Sisebuto), lo hicieron sólo por escrúpulos de conciencia. De suerte que fueron las tales nupcias, segundas para un cuerpo y primeras para un alma.

Elisa presentó ante Cósmico al pseudo Sisebuto, su esposo, restablecido de su locura, quien tomó posesion del empleo. Habia ascendido, pues ahora tenia 40.000 reales y buena perspectiva.

En cuanto á Cósmico, se contentó por entónces con la amistad de Elisa; nueva Lucrecia en su virtud. Confiaba aquél, sin embargo, en que algun dia se acordaria de que habia sido Fiametta.

Paquidermo recibió tambien por entónces un par de revolcones de la dama, y se marchó á Francia á tomar baños por puro recreo, pues no los necesitaba. Fiaba en el tiempo, su gran aliado en la materia.

Pasaron dos meses, ó más, que á la precision de este tiempo no andan ajustadas las crónicas que consultó el Espíritu revelador de estas historias.

CAPÍTULO XXVI.

De cómo Sisebuto se empostuma á su vez.

Sírvase el lector dar un breve salto á la Eternidad ó region de los Espíritus. Allí verá como el de Sisebuto llegó poco ménos que lloroso y enfurecido, de rechazo de su evocacion por Elisa y Póstumo.

Cayó en brazos de su Custodio, quien procuró consolarle, prometiéndole una pronta resurreccion, bajo forma conveniente á sus miras de venganza.

Veamos lo que el Custodio se prometia, visto el matrimonio de Elisa y Póstumo.

Pasaron dos meses de consumado éste ante la Iglesia, y, como no debe sorpendernos, Elisa sintió las leves indisposiciones del estado interesante. Esto era lo que es-

peraba el Custodio de Sisebuto. Para la Eternidad fueron los dos meses sólo un instante.

Llegó el momento en que uno de los acomodadores de almas comenzó á pedir á son de trompeta un Espíritu para la nueva concepcion. El dicho Custodio, que estaba dia y noche observando el telégrafo, vió que los trompetazos provenian del siguiente telégrama: «Madrid. —Carrera de San Jerónimo, tantos, cuarto tal.—Elisa de Doble Anzuelo.» Entónces llamó presuroso á Sisebuto, y díjole *soto voce*: «¡Listo!»

Sisebuto, impaciente y enojado hasta la punta de sus alas espirituales, quiso saber del ángel su nuevo destino, y éste le replicó mostrándole el telégrama. Brillaron de alegría los ojos inmateriales de Sisebuto, y comprendió que la ocasion se le presentaba. El jefe de acomodadores llamó al que por turno correspondia la encarnacion; pero el Custodio de Sisebuto vió que no habia tiempo que perder, y dió á su ahijado un empellon tal, que le puso en la Tierra y en el lugar correspondiente. El Espíritu á quien tocaba aquella plaza, por de prisa que quiso andarse, la halló ocupada por Sisebuto, quien casi le sacára los ojos á haberlos tenido, en la breve pero encarnizada lucha que se armó en el interior de Elisa. Por su parte esta señora, resintiéndose, como era natural, del atropello que en ella estaba pasando, convertido su vientre en campo de Agramante, fué presa de tales convulsiones y mareos, que juzgábase á punto de morir.—¡Ay!—gritaba ella,—parece que tengo una riña de canes en el vientre.—Tales eran los escarceos y pellizcos y revolcones que los competidores la ocasionaban.

En aquel duelo formidable entre el espíritu intruso y el de número, perdia el que habia llegado tarde; quizá

porque encontró ocupadas por el enemigo las mejores posiciones. Recordó aquello de *beatus qui posidet*, pues Sisebuto se habia colocado en el claustro materno á sus anchas, como quien está dispuesto á no ceder el campo, y el legítimo hubo de proponer al intruso una transaccion:—«Seremos gemelos,» le dijo.

—Nada, fuera de aquí,—replicó Sisebuto, lacerándole de tal modo, que el espíritu de turno ó propietario hubo de darse por vencido, y dejar al aventurero el lugar y encarnacion que de derecho le correspondian.

Volvióse, pues, al otro mundo corrido y amostazado; y sabido esto por el jefe de acomodadores, propuso el arresto del usurpador.

El Custodio del Espíritu desposeido entabló querella contra el de Sisebuto, y al cabo hubo de sobreseerse por ser hecho consumado; si bien se condenó al desposeedor á la pérdida del turno que pudiera corresponderle en lo sucesivo, y al Custodio del mismo á un apercibimiento para en adelante.

Por lo que atañe á Elisa, se dice que sintió tal desazon con aquella revolcadura interna, que estuvo enferma de peligro por muchos dias, durante los cuales Póstumo no sabia si alegrarse ó entristecerse respecto del posible resultado mortal.

Así continuó la preñez de la bella, tan penosa, que á veces creia tener al mismo diablo en el cuerpo, á juzgar por lo inquieto y revoltoso de la criatura.

Llegó el dia feliz, y al cabo de tantas desazones maternales, Elisa dió á luz un robusto niño, tan parecido á Sisebuto, que era por demas, y de tanta precocidad, que era un portento: no sólo venia al mundo con pelo, sino hasta con dientes.

Póstumo sintió el escozor que era de esperarse, al

ver que el nene era tan semejante á su rival, pues parecia hijo de su cuerpo. De este modo, la paternidad era para él nuevo tormento, si bien calló como lo hizo cuando le amortajaron, de puro filósofo y porque no habia otro medio.

CAPÍTULO XXVII.

Infancia y precocidad de Postumito.

Como Sisebuto, al volver al mundo, habia bebido, como todos los que nacen, las aguas del Leteo, no recordaba su vida anterior ni reconocia á su amada y su rival en los séres que la naturaleza le habia dado, ó, mejor dicho, que él se habia tomado, por padres; pero como se hizo engendrar con malas intenciones y fines de venganza, sus instintos aparecian perversos, y era de índole malévola y de condicion ingobernable.

Bautizóse al niño y se le puso por nombre, á indicacion de su madre, Postumito, con alguna repugnancia por parte de Póstumo, que no las tenia todas consigo.

Paquidermo, vuelto de su excursion, concurrió á la fiesta, y estuvo tan galante con Elisa, que no parecia sino que ésta, apreciando el beneficio que habia hecho á su marido salvándole en la barricada, le estimulaba con su esquisita gratitud.

Cósmico se habia dignado asistir tambien al bateo, compitiendo con Paquidermo en galantes demostraciones respecto de Elisa, en quien veia siempre á su amiga Fiametta, más amable que nunca. ¿No le debia ésta la posicion oficial de su marido?

Póstumo, ligado por tantos motivos de reconocimiento para con uno y otro, agradecia y callaba; si bien

las palabras de Horóscopo, cual si fuesen emponzoñadas saetas, le estaban atravesando el corazon.

Crecia Postumito: la lactancia fué tormentosa para la madre. ¡Cuántas veces estuvo á punto de sacarla los ojos con sus manecitas cariñosas!

Despues de la denticion, que fué rápida, pues recordará el lector que el nene vino al mundo *colmilludo*, comenzaron las travesuras de la infancia, llegando á ser un verdadero *enfant terrible*.

Hé aquí la muestra:

—Papá, decia á Póstumo, dándole un doble tiron de los bigotes; esos bigotes no son tan bonitos como los del caballero que suele venir aquí cuando tú no estás.

Esto, como podrá comprenderse, causaba entre los esposos una discordia difícil de aplacar.

—Papá, ese baston tampoco es tan grueso como el del caballero que ayer se lo dejó olvidado aquí.

Las tempestades de celos acababan con el cuitado Póstumo.

—Papá, esta tarde vino el caballero acompañando á mamá, y me dió confites.

Póstumo era ya un terremoto en lo convulso.

—Papá, anoche el caballero salió corriendo cuando la criada avisó que tú venias.

Póstumo estaba ya próximo á estallar.

Esto era de todos los dias, y mientras tanto, se multiplicaban las discordias matrimoniales. La madre, que ya no sabia qué hacer con el terrible niño, concluia por darle á solas sendos mojicones, que él contestaba con arañazos y mordiscos.

Pero cada vez era peor, y Póstumo llegó á conocer con evidencia su desgracia.

Los celos, la ira, todas las pasiones de un condenado

hervian en el corazon del pobre marido; sentia vértigos y fiebre. ¿Qué hacer? Paquidermo era invulnerable. ¿Qué hacer? se repetia.

Lanzóse fuera de su casa, sin saber qué partido adoptar, ardiendo en deseos de vengarse.

Horóscopo pasó por su lado sonriendo, y él le corrió detras para estrujarle. Horóscopo le hizo una mueca y puso mayor distancia entre los dos.

CAPÍTULO XXVIII.

Sesion espiritista entre Cósmico y Elisa, viniendo esta en conocimiento de lo que fué en este mundo algunos siglos ántes.

Sospechaba Elisa, y no sin fundamento, que Póstumo trataria de vengar en ella su conyugal ultraje, siéndole imposible verificarlo en el indañable Paquidermo: por lo tanto fuese á ver á Cósmico, á quien halló más afectuoso que nunca con la que juzgaba su ex-Fiametta.

Elisa:—¡Amigo mio, un suceso terrible!

Cósmico:—¿Qué acontece, Fiametta hermosa? ¡Ah! ¡qué tiempos aquellos! No sé si consiste en el aire que hoy circula, pero en estos momentos recordaba con sumo placer aquellos dias y aquella noche de Játiva.

Elisa:—Déjeme V. contarle.

Cósmico:—Sí, cuénteme V. ¿Qué ha sucedido?

Elisa:—Mi marido tiene celos, y sin duda trama algo contra mi persona. Sálveme V., si es que me estima.

Cósmico:—¿Y qué datos?... puesto que apénas la he visto á V...

Elisa se guardó muy bien de mencionar á Paquidermo, ni mucho ménos le contó la escena ocurrida.

Elisa:—Es preciso alejarle.

Cósmico (*tiró de la campanilla. Vino un portero*):— Al Sr. Bucólica. (*A Elisa.*) Se hará cuanto ántes.

Elisa:—Sólo así podré yo tener alguna tranquilidad.

Cósmico:—Ya ve V. que estoy siempre dispuesto á servirla. Tal es la vivísima inclinacion que siento hácia usted, y que por desgracia tan sólo ha sido pagada hasta hoy con desdenes.

Elisa:—(*Con coquetería.*) ¡Yo desdeñosa con V.!

Cósmico:—Y sin embargo, V. ha sido mi amada en otra vida, ¡y nos queriamos tanto!

Elisa:—¿Niego yo que haya podido ser?

Cósmico:—Con todo, rehusa V. continuar aquella existencia tan dulce, ya que la suerte nos ha vuelto á unir. Todo eso que acontece á V., es fruto de no haber querido reconocer en mí su media naranja. ¡Yo, el único hombre capaz de amarla como merece, y de ser digno de su amor! ¡Yo, que estoy loco por V.! Sí, Elisa; sí, Fiametta, porque no puedo llamarla de otro modo.

Elisa callaba pudorosa, dando vueltas á su abanico.

Cósmico:—Ahora mismo vamos á interrogar aquí á los espíritus.

Disponíanse á hacerlo cuando entró el Sr. Bucólica. Cósmico le habló aparte, y aquel salió diciendo: *Está bien.*

Luego que volvieron á quedar solos, situáronse al rededor de un veladorcillo, en la forma que acostumbran los espiritistas.

Elisa:—¿A quién evocaremos? ¿Qué quiere V. saber?

Cósmico:—Evoquemos los espíritus de Jocondo y de Astolfo, aquel rey de Lombardía.

La mesa comenzó á moverse.

Elisa:—Ya acuden; pregúnteles V.

Cósmico:—¿Sois Jocondo y el rey Astolfo?

La mesa dió un golpe.

Cósmico:—¿Recordais aquella jóven hija del posadero de Valencia, que fué vuestra querida?

Otro golpe de afirmacion.

Cósmico:—Se llamaba Fiametta, ¿no es cierto?

Otro golpe y vaivenes de aprobacion.

Cósmico:—¿Recordais la noche de Játiva con el mozo aquel que llamaban el Griego, y que ella misma os confesó ser su anterior amante?

Un golpe y varias convulsiones de parte de la mesa.

Elisa:—Parece que se irrita al recordarlo.

Cósmico:—Y Fiametta y el Griego están en este mundo y os hablan ahora aquí; ¿no es cierto?

La mesa no sólo dió otro golpe, sino que se inclinó hácia Elisa y hácia Cósmico sucesivamente.

Cósmico (queriendo abrazar á Elisa):—Ya lo ves, Fiametta mia, yo soy tu Griego.

Elisa (dándola de ruborosa):—Poco á poco, Griego mio, que no estamos en Játiva, ni me pertenezco. En Játiva era libre por ventura mia. Entónces no era sino la pobre moza que su padre vendió á la brutalidad de Jocondo y Astolfo. Hoy soy dama casada y me debe V. más respeto.

Cósmico perdia la paciencia.

Elisa, para dulcificar su enojo, exclamó:

—Mi situacion en la actualidad es harto embarazosa. Creo que una mujer prudente debe sólo pensar en librarse de ella.

Cósmico tradujo aquellas palabras como esperanza, y apresuróse á salvar á Elisa del compromiso en que se hallaba.

CAPÍTULO XXIX.

Un puntillazo paquidérmico hizo á Póstumo pensar en la Eternidad, poniendo por obra su pensamiento.

En tanto que pasaba la escena que se acaba de contar, vagaba Póstumo sin saber cómo ejecutar su venganza. Fuése en busca de Paquidermo, diciéndose:

—Aunque me mate, debe pagar la injuria que me ha hecho. ¡Valerse de mi gratitud para!... ¡qué infamia! No, la gratitud no podria ligarme hasta ese punto vergonzoso. Sí; primero con él y luego con ella. La mataré; lavaré en su sangre mi deshonra.

Llegó á casa de Paquidermo en son de desafiarle.

Póstumo;—Caballero, V. me ha ofendido y me debe una satisfaccion.

Paquidermo:—V. está loco. ¿En qué he podido ofenderle?

Póstumo:—Demasiado conoce V. su sinrazon, y no logrará que se la precisen mis labios. No los mancharé con mi deshonra.

Paquidermo:—Ignoro á lo que intenta V. referirse.

Póstumo:—Y qué, ¿pretende V. burlarse de mí con esa afectada ignorancia? Pues tome V.

Dijo, y dióle en el rostro un terrible bastonazo capaz de romper las narices de otro cualquiera. El palo se hizo pedazos, y sin perder la calma su contrincante, asió de Póstumo, púsole fuera de la puerta, y aplicóle tal puntillazo debajo de los faldones de la levita, que el pobre Póstumo bajó la escalera de un solo salto.

Quedó descuadernado, y casi arrastrándose por la calle llegó á su casa y hasta su lecho.

A poco entró Camueso y le entregó un pliego. Tomóle Póstumo, y despues de enterarse de su contenido, exclamó:

—¡Me alejan; bien, me alejaré; pero para region más distante y para siempre! En cuanto á esa infame... su muerte será precursora de la mia. No la dejaré aquí deshonrando mi nombre... Yo tengo la culpa de todo... por haber querido volver á este maldito mundo. Y ¿á qué matarme y dar gusto á mis enemigos? ¿Por ventura el mundo es sólo Madrid? Pero estoy tan hastiado de él, que aunque me aguardasen flores y paraisos en esta vida, renunciaria á ellos por no soportarla una hora más.

Y esto diciendo, levantóse como pudo y corrió á buscar á Elisa para darla fin con sus enfurecidas manos; pero sólo encontró un billete concebido en estos términos:

«Me he puesto en salvo, pues conozco tus sanguina- »rios proyectos para conmigo. Me acojo á la proteccion »de quien puede. Tu vida guarda la mia.—Elisa.»

Al leer estas líneas, y viendo que no podia dar con su esposa, que así burlaba sus proyectos, acabó de desesperarse, y resolvió salir de este mundo para no volver jamás. Pero salir protestando, dejando con su trágica muerte una mancha sobre la reputacion de aquella mala mujer: una muerte que fuera sonada... ¿Qué más ruidosa que arrojarse de un segundo piso?... Así lo pensó, y así lo llevó á cabo... Segundo Claudio Frollo, cayó á la calle, aunque no de tan alto, y casi á su gusto.

Sobre su muerte se habló mucho. Horóscopo pasaba por allí cuando él se lanzaba, y si al dar su triste voltereta en los aires hubiera podido verle, quizá se arrepintiera de haber desoido sus pronósticos. Acaso al es-

pirar, ó tal vez desde el otro mundo, pudo oir de boca de Horóscopo esta exclamacion: «Bien le decia yo, que al cabo moriria de chichones.»

Los gacetilleros de Madrid tuvieron pasto por algunos dias. ¡Cuántos comentarios!

Se cuenta que Postumito le vió caer desde el balcon, indiferente. ¡Aquel niño era terrible!

En cuanto al cuerpo de Póstumo, quedó como él deseaba cuando escogió aquel género de muerte; no podia servir para otro: ignoraba que su hijo fuese la transmigracion de Sisebuto.

En cuanto á su espíritu, llegó de una cabezada al otro mundo, protestando no volver más á este ni á ningun otro; y abrazando á su Custodio, pidióle lo que debió pedirle ántes: el don de olvidarlo todo.

¡Ilusos é inexpertos los que resucitan por su gusto!

EPÍLOGO CASI NECESARIO.

Cuando vieron á Póstumo otros espíritus tan dolorido y desengañado, se acercaron á consolarle.

Uno de ellos le dijo: «Tú dejaste en el mundo la traicion, y querias vengarte; pero ¡yo que dejé la lealtad, y por querer tornar á él hallé la traicion!... Éramos dos hermanas y nos amábamos entrañablemente; parecian gemelas nuestras almas, ya que no lo habian sido nuestros cuerpos, pues yo era la menor. Amaba yo á un hombre que, aunque pobre, hubiera hecho mi ventura. Mi hermana se oponia á nuestros amores, so pretesto de que el jóven, por no convenir á nuestra familia, no podria labrar mi felicidad. Esta en nosotras no seria posible sin el gusto de nuestros padres. Comprendia yo que mi hermana hablaba con sinceridad, puesto que me amaba con locura, y esto hizo en mí tanta fuerza, que desencanté á mi amador, terminando las inocentes relaciones que tan feliz me hacian. La pesadumbre me trajo una enfermedad y morí al poco tiempo.—Yo anhelaba tornar al mundo para consolar á mi hermana y á mi amado. Me consta que ellos no se amaban ni creian amarse durante mi vida. Apiadado el Eterno de mis lágrimas, quizá para mi desengaño, concedióme la vuelta al mundo; y ¿qué hallé? Gran contento en ambos por verme otra vez viva; pero ¡ay! ¡no me esperaban! ¡Como los muertos no acostumbran volver allá!—Á poco advertí en ambos la tristeza y emba-

razo que les causaba mi presencia, y al cabo descubrí que, creyéndome muerta para siempre, ella le amó porque yo le habia amado, y él la pagó con igual cariño porque se me parecia. El nuevo amor entibió el antiguo, y yo estaba de más. Desde entónces conocí que era obstáculo en el mundo á la felicidad de dos séres que por amarme eran infelices... y volvíme á la tumba. ¡Oh! no; á tomarme consejo, no tornáras á la tierra. ¡Y tantos casos habrá idénticos!—Bien se está el muerto en la Eternidad, como lo pasado en la Nada.»

Calló el Espíritu, y vino hácia el de Póstumo otro, que habló así:

«Me llamé Cervantes: asaz desgraciado fuí; ¿quién no lo sabe? Mi ventura la guardaron los hombres para despues de mi muerte; pero como no me juzgo tan soñador como mi héroe manchego, no quiero tornar á un mundo que reserva sus loas y favores para los muertos. ¿Qué encontraria de sus conquistas este que ves aquí, que no es otro que Alejandro el Macedon? Lo que tantos otros que han muerto, por fortuna, ántes que su obra: una corona sobre un poco de polvo; un aplauso en el vacío, y acaso algunas maldiciones!—Aquí estoy riendome de la tierra ingrata, y sólo llega á mis oidos el eco de la apoteosis que me tributan. Si viviera, oiria entónces lo que ahora no llega á mí, ó que quizá no dicen porque mi sombra no les hace sombra, ó porque no ven esta sonrisa que me inspira su inconsecuencia!—Si es preciso que la carne sea atormentada, bien se está en la tumba. Si hay en ella gusanos, no son como aquellos que se llaman hombres, que roen algo más que la carne: ¡el honor y la ventura!»

En esto llegaron, dando de calabazadas contra las aéreas paredes de los Limbos, los Espíritus de Sisebuto,

de Elisa, de Cósmico y de Horóscopo. Como en la Eternidad todo pasa en ménos de un instante, habian pasado los años que debian vivir aquellos en la Tierra.

Sisebuto habia sido desgraciado, como lo son los seres malignos, sin saber por qué. Verdad es que se habia vengado haciendo infeliz á Elisa; pero ¿era aquello vivir?—Elisa, atormentada por su hijo, despreciada de Cósmico, que la trató como á Fiametta, y de Paquidermo, que la trató paquidérmicamente, renunciaba á la gloria de su apellido Doble-Anzuelo, que siempre la dió por presa peces ciguatos.—Cósmico le suplicaba á su Custodio le ocultase en un rincon para no tener más vidas, que ya no podia llevar acuestas, siendo poco más ó ménos todas iguales.

Horóscopo habia agonizado, que no vivido, los veinte años que le faltaban á la muerte de Póstumo, llorando cada hora con lágrimas de sangre. Los últimos diez se le escaparon como un soplo, á pesar de que contaba los momentos. Cuando llegó á la Eternidad, hablaba muy mal de la ciencia del Porvenir, y juraba no querer saber, si volvia á vivir, ni áun lo pasado.—Todos estaban conformes en que las cosas bien están como están hechas; y todos se consolaron volviendo los ojos al Mundo, y viendo rabiar á aquel que no podia ni lograba morir: Don Perpetuo.

FIN